



*«¿Y si la vida te
diera una segunda
oportunidad?»*

Kris L. Jordan
**Y, de pronto,
llegaste tú**



Y, de pronto, llegaste tú

Kris L. Jordan

¿Cómo un jugador profesional de football americano termina viviendo en un pueblecito de la sierra de Madrid? Dean Woods, es de los mejores Quarterbacks del mundo. Conoce la fama y el lujo, muchas mujeres han pasado por su cama y la mayoría de sus compatriotas le adoran

como si fuese un Dios. Pero eso no le hace feliz y, tras la muerte de su padre, cae en una depresión. Su vida cambia radicalmente cuando, gracias a su único amigo Pedro, acaba en un avión camino de España huyendo de la prensa. Allí conocerá a Marta, una mujer única y muy especial, con una pintoresca y atípica familia •

Todos los derechos reservados.

Twitter: @Kris_L_Jordan

Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com

www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan

Portada Alexia Jorques

Fotografía Alba Ortiz @chaos_core

Corrección y maquetación: María Elena Tijeras

Copyright © 2014 Safe Creative

All rights reserved.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográfico) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE

Dedicatoria

Nota del autor. Vivir la vida

Prólogo. Dean Woods

Capítulo 1. The Paradise

Capítulo 2. Cambio de vida

Capítulo 3. España

Capítulo 4. En casa

Capítulo 5. Conociendo a la familia

Capítulo 6. Una promesa por cumplir

Capítulo 7. Despertar

Capítulo 8. Una lección de equitación

Capítulo 9. La chimenea

Capítulo 10. Entre conservas

Capítulo 11. La confesión de Alba

Capítulo 12. El secreto de Alba

Capítulo 13. La caída

Capítulo 14. Lo que nunca haré. (Alba)

Capítulo 15. Me esperarás

Capítulo 16. Mia está en casa

Capítulo 17. Descubriendo a Mario

Capítulo 18. Un baño en el embalse. (Mario)

Capítulo 19. La segunda cita (Alba)

Capítulo 20. Te he echado de menos

Capítulo 21. Lacarlo

Capítulo 22. No existen barreras

Capítulo 23. El momento de la partida

Capítulo 24. El quarterback

Capítulo 25. El regreso

Capítulo 26. Un café contigo. (Alba)

Capítulo 27. La sorpresa. (Mia)

Capítulo 28. Cabalgando hacia el sol

Agradecimientos

Dedicatoria

Este libro es para todos y cada uno de vosotros, amigos del pasado, del presente y del futuro. No voy a decir nombres, pues no quiero dejarme a ninguno. Si al leer esto te sientes aludido es que te encuentras entre mis amigos, así que va por ti.

Para los amigos del presente y del pasado.

Para los que me cuidan y a los que cuido.

Para los que me cuentan sus problemas y a los que les doy la tabarra con los míos.

A aquellos que acuden cuando los necesito y a los que ayudo sin preguntar.

A los que me escuchan y a los que me gusta escuchar.

A ese que me pide que le acompañe y el que me acompaña sin que yo se lo pida.

Para mis amigos que ya no están y para los que están por llegar.

A los que me acompañan en las fiestas y los que lo hacen en las penas.

Los que bailan a mi lado y los que lloran conmigo.

A los que no conozco en persona y a los que tengo siempre cerca.

Con el que me entiendo con una sola mirada y el que no necesita mirarme para entenderme.

El que camina a mi lado y el que me espera con paciencia.

Ese que aunque pase mucho tiempo sin verle, cuando nos encontramos, parece que tan solo han pasado unos minutos.

El que me hace reír y el que se ríe conmigo.

A todos y cada uno de ellos, gracias por estar ahí.

Nota del autor

Vivir la vida

La vida nos pone obstáculos, muchas veces los logramos sortear nosotros mismos, otras, necesitamos la ayuda de una mano amiga que nos dé el empujón y en otras ocasiones nos paramos y decidimos dar la vuelta.

Muchos de esos obstáculos los produce nuestra propia mente, ella nos hace ver cosas que no son ciertas y nosotros ingenuos, la obedecemos. Nos susurra al oído: no lo hagas, fracasarás, tú no puedes, nunca lo conseguirás... y la creemos con fe ciega.

Otras veces ese obstáculo se ha formado hace años y ha ido creciendo con el tiempo. Nos anclamos en el pasado, nos torturamos por algo que ya no se puede cambiar, en vez de olvidar, seguir caminando y vivir el presente.

Cuando los obstáculos nos los imponen otras personas, muchas veces nos aferramos al pensamiento de que eso puede cambiar, que podemos cerrar los ojos y dejarnos caer, pues la otra persona estará preparada para recogerlos antes de que lleguemos al suelo, pero hay que ser realista y saber que eso no ocurrirá, esa persona dañina, que te obstaculiza el camino hacia la felicidad, no te va a sostener, no, se apartará y te dejará caer estrepitosamente.

Uno de los mayores obstáculos es el miedo. Dicen que el miedo es libre, pero libre ¿para qué? Libre para atraparnos en sus redes, para llevarnos por el camino equivocado, para impedirnos crecer, para romper nuestros sueños. Si le escuchas, si le dejas meterse dentro de ti, poco a poco te va aplastando y va consiguiendo separarte de todos y de todo.

Rompe con el miedo, rompe con el pasado y *“vive el presente como si no hubiera un mañana”*. No le dejes al miedo ganar la partida. No dejes que nadie ordene tu vida. Salta alto todos y cada uno de los obstáculos que te impidan ver el sol.

Sí se puede.

Sí puedes.

Tú puedes.

Prólogo

Dean Woods

Dean tenía tan solo 34 años, pero para su profesión era ya casi un anciano. Jugador profesional de fútbol americano, se aficionó a ese deporte en el instituto y con el tiempo lo convirtió en su profesión. No sabía hacer otra cosa y temía el momento de retirarse, que cada vez estaba más próximo.

Llevaba ya siete años con el equipo *New York Yankees*[1] y en muy poco tiempo se había convertido en uno de los mejores *quarterbacks* de toda la historia. Pero no todo era de color de rosa, aunque profesionalmente había llegado a lo más alto, en el tema personal su vida era un auténtico desastre. Dean había pasado por distintos periodos y a pesar de ser un hombre joven tenía en su haber muchas y distintas experiencias que le habían marcado y hecho de él un hombre de fuerte carácter.

Nació en Manhattan y allí pasó una infancia feliz. Pero cuando solo contaba con 11 años, su madre falleció en un accidente de coche. Su pérdida fue un duro golpe tanto para él como para su padre, que desde entonces se dedicó en cuerpo y alma a su hijo. Gracias a su insistencia, Dean entró a formar parte del equipo del instituto y descubrió que había nacido para eso. También allí conoció a Audrey, ella sería su primer y único amor. Con tan solo 16 años la dejó embarazada y ambos tuvieron una preciosa niña, Mia, que desde entonces se convirtió en el centro de su vida. Pero la felicidad duró poco. Audrey decidió abandonarle después de solo un año de convivencia y se llevó a su hija con ella. Aunque tenían muy buena relación, eran tan solo unos críos jugando a ser papás y Dean pasó largos periodos de tiempo sin ver a su hija. Hasta que decidió que ya se había perdido mucho de Mia y que a partir de ese momento su tutoría sería compartida.

En cuanto al terreno profesional, en muy poco tiempo pasó a despuntar como gran jugador y todas las universidades se lo disputaban. Finalmente se decidió por *Columbia University*, en pleno corazón de Manhattan, incapaz de alejarse mucho de su padre y de su hija. Necesitaba pasar tiempo con ella, verla crecer se hizo tan imprescindible como el respirar. Allí jugó con los *Columbia Lions* y consiguió llevarlos al triunfo durante todos los años que estuvo con ellos. Pero hacía 7 años que uno de los equipos más importantes de la liga se había fijado en él y le hizo una propuesta tan sustanciosa que no la pudo rechazar.

Su padre, que se había convertido en su manager y encargado de llevar todos sus asuntos, le aconsejó firmar el contrato y desde entonces Dean llevó a su equipo a lo más alto de la clasificación, y durante tres años consecutivos ganaron la *Super Bowl*.

Sus muchos triunfos lo convirtió casi un héroe nacional. Todo el país le conocía y le adoraba. Aunque durante un tiempo le encantó todo ese poder que ejercía sobre las masas, la fama comenzó a ser una losa pesada que no le permitía salir de su casa sin disfrazarse para no ser reconocido.

Comenzó a odiar su vida, siempre sometida y esclava del deporte. Rodeado de gente que tan solo le quería por su dinero y popularidad. Las mujeres no se fijaban en Dean Woods, si no en el *quarterback* de los *New York Yankees* y aunque nunca faltaba una en su cama, el amor no formaba parte de su vida. Para él lo único importante era pasar todo el tiempo posible con Mia y seguir haciendo lo que mejor sabía, jugar al fútbol y cosechar premios.

Toda su vida dio un giro radical cuando su padre murió de un ataque al corazón. Desde entonces todo cambió para él. Su muerte fue un mazazo tan duro, que le sumió en una depresión. Sabía que le quedaba muy poco para retirarse y se dedicó única y exclusivamente a disfrutar de los placeres que le daba la vida. Entró en una decadencia que le llevó a caer del pedestal donde lo subieron sus seguidores. El entrenador cansado de su deterioro físico y su falta de disciplina, le dejaba siempre en el banquillo y el dueño del equipo intentaba por todos los medios que abandonase.

La época de héroe americano había terminado, había entrado en un declive que, de continuar así, le llevaría a su final, pero él no era consciente, tan solo deseaba paliar su dolor.

Capítulo 1

The Paradise

El club *The Paradise*, era el local de moda por excelencia. Todo el mundo lo conocía y deseaba entrar, pero solo unos pocos afortunados lo conseguían. Las largas colas de gente esperando en la puerta eran interminables cada sábado por la noche. Muchos se desesperaban y después de horas de espera desistían.

Dean no tenía esos problemas, él era cliente V.I.P y como tal, siempre entraba el primero y por la puerta grande, bajo la atenta mirada de todos los que esperaban fuera. Muchos le reconocían y gritaban su nombre, pero él ni siquiera les miraba.

Entraba en la discoteca, como era su costumbre, pisando fuerte y muy seguro de sí mismo. La gente se volvía a mirarle porque exudaba poder y sexualidad todos los poros de su piel. Su traje de Armani, hecho exclusivamente para él, le sentaba tan bien, que las miradas tanto femeninas como algunas masculinas recorrían todo su cuerpo con deseo. Pero él estaba tan acostumbrado a eso, que no se dejaba impresionar, no miraba a ninguno de ellos y seguía su camino como si se tratase de un Dios y el resto del mundo tan solo fuese sus súbditos.

El local era una enorme sala, con una gran pista central, donde gran cantidad de personas se movían al ritmo de la música más actual y conocida del momento. A su alrededor los cómodos asientos de cuero, estaban ocupados por los que preferían pasar una velada tranquila entre copas y charlas.

—Buenas noches señor Woods. ¿Desea lo de siempre? —Una preciosa pelirroja con un enorme escote que permitía ver sus suntuosos pechos, le sonrió.

Era la encargada de recibir a los clientes V.I.P. y acompañarles a la zona

del local donde nunca pisarían ninguna de las personas que ocupaban la pista, ni siquiera sospechaban que existía. Era una zona privada, a la que solo accedían los elegidos. Muy pocas personas tenían permitido el paso y todos eran multimillonarios, gente poderosa con ganas de salir de su rutina y hacer realidad sus fantasías sexuales incluso las más extrañas y extravagantes.

Para pisar la zona secreta de *The Paradise*, tenías que tener un padrino que te recomendara, pues todo se mantenía en secreto, nadie excepto sus miembros y unos pocos empleados conocían de su existencia. Dean había obtenido su pase especial de manos de Richard Pert uno de los actores más famosos del momento y compañero de juergas, y este lo consiguió de John Carter, el magnate dueño de toda una cadena de tiendas de ropa de marca.

Allí se movían ingentes sumas de dinero; drogas, mujeres, juegos ilegales. Todo era posible, no existía nada que el club no proporcionara a sus clientes.

—Sí, lo de siempre. —Dean sonrió a la pelirroja y le guiñó un ojo. Ella suspiró y pensó lo mucho que le gustaría ser por una noche la elegida para ocupar su cama.

Caminó delante de él moviendo las caderas con descaro y consiguió su objetivo, que él no le quitase ojo a su trasero. Sus altos tacones resonaban en el suelo como una llamada a cumplir sus más fervientes deseos. Llegaron al final de la sala y tras mostrar el carnet de socio, el matón de la puerta le dejó entrar a la que era la trastienda del local.

—Que se divierta señor. Enseguida mando a un camarero con su pedido.
—La pelirroja iba a salir por la puerta cuando Dean la cogió de la mano y la hizo volverse.

—Quizá mi pedido de esta noche seas tú —le dijo con tono grave y muy sensual.

—Estaría encantada —se lamió los labios excitada. Estaba muy satisfecha, su reclamo había hecho efecto en el jugador más importante y sexy, quizá esta noche probaría lo que tanto ansiaba desde hacía mucho tiempo.

Se soltó de la mano que él tenía cogida y salió por la puerta de nuevo.

Esa noche la sala estaba llena, pero no del mismo tipo de personas que la pista de baile, estos eran gente de dinero y poderosa.

Parejas de todo tipo ocupaban los asientos. Una mujer con su torso desnudo y sentada a horcajadas sobre uno de los banqueros más ricos, se dejaba manosear en público sin importarle ser observada por todos los presentes. Dos hombres se besaban con pasión, Dean reconoció en uno de ellos a un importante senador, que

nunca en público se declararía gay. Una orgía tenía lugar en los asientos del fondo, los gemidos y demás ruidos procedentes de la pasión de los integrantes del festín quedaban amortiguados por el sonido de la música.

Pero a Dean no le gustaba que nadie le mirase cuando follaba, así que siempre ocupaba “el apartado”, así denominaban a el cuarto cerrado y privado donde muchos de los clientes practicaban el sexo en intimidad.

Entró en *el apartado* y cerró la puerta. Todo estaba preparado como siempre. Una enorme cama presidía la sala, al lado una pequeña barra donde el cliente tomaba todo el alcohol que deseaba y en la esquina opuesta, un enorme butacón que muchos clientes usaban para contemplar lo que ocurría entre las sábanas de la cama. Dean se sirvió un vaso de whisky y se sentó a esperar. Llamaron a la puerta y un camarero le trajo una cajita pequeña y la depositó sobre la barra.

— ¿Ya sabe lo que va a tomar?

— Sí.

En ese momento entró la pelirroja acompañada de una rubia menudita, pero con un cuerpo de escándalo.

— Dile al jefe que estaré ocupada —le ordenó la pelirroja al camarero.

— Sí, señora —contestó él y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Cuando se quedaron solos los tres, Dean abrió la cajita y sacó la cocaína que repartió en tres finas líneas sobre la barra.

— ¿Queréis? —Las dos negaron con la cabeza—. Bien, más para mí. — Sonrió feliz. Tomó un fino tubo plateado que sacó de su bolsillo se lo llevó a la nariz y aspiró con fuerza una de las perfectas rayas que había trazado con el blanco polvo—. ¿Cómo os llamáis, preciosas? —preguntó. Aunque no le importaba en realidad, pues en cuanto saliesen de ese cuarto las olvidaría para siempre, pero era bueno conocer sus nombres, así todo sería mucho más coordinado.

— Linet —dijo la pelirroja.

— ¿Y tú? —le preguntó Dean a la rubia mientras acariciaba de forma provocativa su cabello.

— Nora —contestó soltando un suspiro.

— ¿Queréis tomar algo? —El *quarterback* se metió detrás de la barra y les sirvió lo que ellas pidieron.

Bebieron un trago largo y ya impacientes por comenzar Linet se acercó

insinuante a Dean, le desabrochó la corbata y la tiró al suelo como si fuese un trapo viejo y no un complemento que le había costado a su dueño una ingente suma de dinero. Colocó sus manos sobre las solapas de su chaqueta y sin apartar la mirada de sus ojos se la quitó. Entonces centró toda su atención en la cremallera de su pantalón, la bajó despacio y, sin perder el contacto visual con sus ojos, Linet se mordió el labio sensual e introdujo la mano dentro de su bragueta y acarició su pene ya erecto y preparado para la acción.

—Despacio, no tenemos prisa, ¿verdad? —dijo Dean obligándola a sacar la mano. La pelirroja lloriqueó. Para callar su protesta la agarró fuerte de la melena y tiró de ella hacia atrás, entonces se lanzó a capturar su boca. Linet gimió al sentir la invasión de su lengua. Sus labios le apretaban con tal fuerza que el placer se mezcló con el dolor. Parecía que Dean quería jugar duro y ella estaba encantada.

Nora se sentó sobre la cama mirando la escena como si fuese una espectadora, mientras bebía de su copa.

Cuando se cansó de besarla, se separó de ella y la obligó a darse la vuelta. Se colocó a su espalda y le bajó la cremallera del vestido. Enganchó sus dedos en los tirantes y los deslizó por sus brazos hasta que el vestido cayó al suelo. Comprobó lo que ya sospechaba desde que la vio en recepción, no llevaba sujetador, sus pechos firmes y seguramente operados, no lo necesitaban. Un jadeo salió de su garganta cuando él en un rápido movimiento la giró, la puso frente a su boca y succionó uno de los pezones, mientras que con sus manos acariciaba sin descanso el otro pecho. La pelirroja se dejaba hacer y gemía satisfecha. Dean sonrió, esa noche disfrutaría con esas dos mujeres, perfectas para lo que él necesitaba.

Nora, cansada de ser una mera espectadora del espectáculo, se quitó ella misma la ropa, empujó a Linet y se plantó delante de Dean reclamando su atención. Era toda una belleza y él fijó entonces su interés en los pechos de la rubia, que aunque más pequeños, también se veían apetecibles.

Entonces fue ella quien lo besó con pasión y con su mano acarició su erección palpitante de deseo. Mientras, Linet buscaba también su espacio, quería participar en el juego. Consiguió acceder a su cuello y con codicia pasó su lengua por él.

Linet empezó a arrepentirse de haber traído a su amiga, podía haber disfrutado ella sola y ahora tenía que compartir. La lanzó una mirada de odio que no pasó desapercibida para Dean.

—Tranquilas, habrá para las dos —dijo Dean entre jadeos. Para compensarla le besó y acarició sus nalgas.

Dos pares de manos le acariciaban sin descanso, dos bocas le besaban y lamian su piel. Tendría que sentirse en el paraíso, pero no era así. Hacía ya muchos años

que Dean, no sentía tanto placer con el sexo. Tenía sus orgasmos, pero nunca eran tan intensos como los de su vida anterior. Ninguna mujer le llenaba por completo, solamente era sexo puro y nada más; una manera de satisfacer sus necesidades. No quiso continuar pensando en el pasado, su erección se iba haciendo más y más pequeña y eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

Linet se introdujo el pene en la boca y lo hizo resucitar.

Mientras la pelirroja se ocupaba de su erección, tumbó a Nora en la cama y se colocó entre sus piernas. Le pasó la lengua por su clítoris y ella lanzó un fuerte grito.

La pelirroja continuaba con su pene en la boca, moviéndolo de tal manera que conseguiría que se corriese.

—Despacio... despacio —le dijo y frenó sus movimientos con la mano sobre la cabeza de ella.

Dean continuó dándole placer a la pequeña rubia lamiendo su sexo, hasta que la escuchó gritar de placer al llegar al clímax, y él consiguió el suyo gracias a la maestría que Linet tenía con la lengua.

Soltó a Nora, que permanecía tumbada y relajada después del orgasmo y miró a Linet.

—Ahora te toca a ti —le dijo.

Necesitaba otra erección y para conseguirlo guió la mano de Linet hacia su pene, ella entendió al instante lo que quería y le acarició con gran habilidad.

—Eso es pequeña, sigue así y te haré tocar el cielo.

Cuando estuvo preparado, entró dentro de ella sin pararse ni un solo momento. Ella gritó tanto por la sorpresa de sentir su gran erección dentro, como por lo que comenzaba a sentir.

— ¡Oh, Dios mío! —exclamó asombrada.

Dean comenzó a moverse primero con lentitud y poco a poco más y más rápido, hasta que los dos alcanzaron el orgasmo.

Ambas mujeres estaban saciadas, pero él no se sentía así. Se sentía sucio e insatisfecho. Se había corrido dos veces, pero no habían significado nada. Estaba vacío por dentro, como si fuese la cascara de una nuez. Su corazón se encogió y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Las dos mujeres estaban tumbadas en la cama con los ojos cerrados. Él se levantó y se acercó a la cocaína, necesitaba un poco más. Esnifó otra raya y se dejó caer

sobre la butaca que había frente a la cama. Observó a las mujeres, tan bellas y exquisitas, pero que a él no le provocaban ningún tipo de sentimientos.

Un nudo se instaló en su garganta al recordar lo que era el amor, lo que era tener a alguien especial. Hacía años que no sentía esa sensación.

Sonrió con ironía al recordar la que fue su última pareja. Caitlin Fray, era una de las modelos más cotizadas del momento. Su belleza era legendaria, tenía un cuerpo de infarto y un armario plagado de ropa cara que los diseñadores le regalaban, todos la querían en sus desfiles y le pagaban enormes sumas de dinero.

La conoció en una fiesta durante la época en la que Dean era la figura más destacada. Ambos se gustaron desde el primer momento y comenzaron una relación que duró lo que Dean tardó en dejar de ser el mejor jugador y pasó a quedarse en el banquillo.

Caitlin solo amaba la fama y el poder y ahora la había encontrado en los brazos de un cantante famoso.

No es que para Dean esa ruptura fuese especialmente dolorosa, pero el sentirse utilizado y el no haberse dado cuenta hasta entonces, le afectó más de lo que él reconocería nunca.

La única persona que llenaba los vacíos de su vida era su hija. Ella era su razón de ser y la única que le mantenía en pie cada día. De no ser por Mia quizá hubiese tomado la decisión de dejar este mundo varios años atrás.

Aún recordaba el día que tomó la pistola entre sus manos y apuntó con ella su sien. Hubiese disparado, pero recordó los preciosos ojos verdes de Mia, su dulce voz llamándole papá y lo triste que se quedaría si él se suicidara. Apartó la pistola y la guardó en el cajón. Ese día Mia, sin saberlo, le había salvado la vida.

Pero ya no era suficiente, se sentía al borde de un precipicio y la única mano que le sujetaba con fuerza para que no cayese en él era la de su hija. Si al menos continuase su padre con vida, todo sería diferente. Él le obligaba a ser mejor hombre de lo que era, le guiaba en su vida y en su carrera como futbolista. Pero ya no estaba y por una parte daba gracias porque no pudiese ver en lo que se había convertido.

Se miró en el espejo que había sobre la cama. Estaba desnudo sobre el sofá con la cabeza recostada en el respaldo. En la mano un vaso lleno de whisky y su nariz blanquecina, señal inequívoca de que había consumido cocaína. Se pasó el dorso de la mano furioso por ella para borrar cualquier resquicio de la droga y fijó su mirada sobre sus ojos.

—¿Qué es lo que haces? —Se preguntó a él mismo en voz alta—. Me das asco.

Se levantó del sofá y notó como los estragos del alcohol y la droga le habían hecho efecto, pues se balanceó un poco mareado.

De pronto sintió una fuerte necesidad de salir corriendo de esa habitación. Deseaba aire porque le costaba respirar. Se sentía como si estuviera debajo del agua y una mano invisible le sujetara la cabeza impidiéndole salir a tomar una bocanada de aire fresco. Una gran presión le apretaba fuerte el pecho y le provocaba unas inmensas ganas de gritar.

Se vistió tan rápido como pudo y salió del cuarto tropezando con los muebles.

—¿A dónde vas? —le preguntó la pelirroja que se había despertado por el ruido.

Pero él no la contestó, simplemente abrió la puerta y echó a correr hacia la salida del club.

Ya en la calle tomó aire con fuerza y sintió como sus pulmones se llenaban por fin, era aire sucio y contaminado de ciudad, pero a él le pareció tan puro y limpio que los ojos le lagrimearon.

El aparcacoches le miró con recelo. Estaba a medio vestir con la camisa desabrochada y la corbata suelta colgando a ambos lados de su cuello. Tenía aspecto de estar completamente borracho.

—Señor, ¿necesita algo?

Dean no había reparado en el muchacho aunque lo tenía a su lado, hasta que le habló. Le miró con sorpresa.

—Quiero mi coche —dijo dándole el ticket de aparcamiento.

El muchacho se dirigió al parking y condujo el flamante *Porsche* rojo hasta las escaleras de salida del club, lugar donde lo esperaba el futbolista.

Dean trastabilló al llegar al final de los peldaños, el aparcacoches le sujetó del brazo para que no callera al suelo y le entregó sus llaves.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—Sí..., sí.

Se sentó en el coche y abrió la ventanilla. Trató de introducir la llave en el arranque, pero le costó varios intentos conseguirlo.

—Señor. Quizá debería pedir un taxi —dijo el muchacho inquieto al ver el estado de embriaguez en el que se encontraba.

—No me pasa nada..., estoy bien.

Arrancó y salió a toda velocidad.

Capítulo 2

Cambio de vida

Iba a demasiada velocidad pero no le importaba, la calle estaba desierta y un coche que se le puso delante le obligó a frenar. Estaba fuera de sí y el corazón le latía fuerte y rápido. Una fina capa de sudor cubría su piel. Sentía como sus sienas palpitaban de dolor y por un breve instante cerró los ojos. Cuando los abrió había chocado contra una farola y el airbag había saltado para atenuar el golpe.

Todo su cuerpo había sentido el fuerte impacto. Pero gracias a que había disminuido la velocidad, el golpe fue menos contundente. Ese coche al que le había soltado improperios por su lentitud, le había salvado la vida.

—¿Está usted bien? —le gritó una voz que no conocía a través de la ventanilla bajada.

Dean volvió la cara para mirar de donde procedía esa voz, pero lo único que consiguió fue marearse. Todo le daba vueltas y unas fuertes arcadas sacudieron su estómago. Intentó abrir los ojos y lo logró tras mucho esfuerzo. Las manos le temblaban y su corazón latía tan rápido que pensó que se le saldría del pecho. Sabía que la nariz le estaba sangrando pues notaba como el espeso y caliente líquido resbalaba por sus labios.

—No se preocupe, llamaré a una ambulancia. —La voz le habló de nuevo, pero él no podía nada más que distinguir la silueta.

De repente todo se volvió negro. Sintió como si cayese en un pozo profundo y oscuro. Cerró los ojos con fuerza desesperado porque todo fuese un espejismo y que al abrirlos de nuevo la luz hubiese regresado, pero al hacerlo comprobó que continuaba sin ver nada. Desesperado intentó gritar, pero su garganta estaba tan seca que no le permitía emitir ningún sonido. Cuando pensó que ya no podía ser peor la sensación de total desesperación y angustia, perdió el conocimiento por completo.

Cuando despertó se encontraba en una habitación de hospital. Le dolía todo el cuerpo, pero respiró tranquilo y comprobó que al abrir los ojos podía ver nítidamente.

—¿Cómo se encuentra? —le dijo con tono cantarín una enfermera mostrando una enorme sonrisa.

—Mal—contestó. Su voz sonó ronca.

—Se puede. —En la puerta de la habitación estaba Pedro, su manager desde que murió su padre. Se había convertido en su mejor y único amigo. Él era el único conseguía llevarle por buen camino, aunque a veces se le escapaba de las manos.

—Pasa, como si estuvieses en tu casa. —Sonrió y lo que le produjo un fuerte dolor en la mandíbula.

—Les dejo solos —dijo la enfermera—. Dentro de poco vendré a tomarle la tensión y la temperatura. Si necesita algo no tiene más que apretar este botoncito rojo.

Salió de la habitación y los dos hombres se quedaron a solas.

—Bueno... bueno. Esta vez la has cagado. —La voz de Pedro sonaba contenida, pero Dean le conocía muy bien y sabía perfectamente que estaba muy enfadado, tanto que la yugular se le marcaba en el cuello y sus ojos parecían inyectados en sangre.

—No me des el sermón, no me encuentro bien...

—Normal que no estés bien. Te has chocado con tu coche contra una farola. Estabas bebido y no quiero saber qué otras cosas habías tomado, aunque me lo puedo figurar.

—Me he metido en problemas, ¿verdad?

—¿Lo dudas?

—No. Creo que la he cagado.

—Eso ya te lo he dicho yo. —Pedro caminaba de un lado al otro de la cama con las manos agarradas a la espalda. Parecía un profesor regañando a su alumno más golfo y descarado—. Llevo un tiempo advirtiéndote que esto pasaría. ¿Pero tú me haces caso?, no, claro que no. ¿Por qué ibas a hacerme caso a mí? Al fin y al cabo tan solo soy tu amigo —utilizaba un tono irónico y cínico—. ¡Eres un jugador de fútbol profesional!

—Ya lo sé...

—Pues parece haberlo olvidado.

—Pagaré lo que sea y ya está.

—Esta vez no basta con eso. La prensa se ha enterado y gracias a mí. Dame las gracias —le dijo mirándole a los ojos y se quedó callado esperando su contestación.

—Gracias —respondió obediente.

—Así me gusta. —Continuó paseando de un lado a otro—. Como te decía gracias a mí y a tú dinero el periodista que tiene las fotos del incidente, porque como puedes suponer hay imágenes, las ha guardado, pero durante unos días, luego todo explotará en tu cara como una gran y potente bomba de mierda. —Según iba hablando se exaltaba más y más y su tono se volvía duro—. No habrá forma humana de que esas fotos no vean la luz. He conseguido que nos den tiempo, unos días y después saldrán en todos los periódicos. Pero cuando salgan tú ya no estarás aquí.

—¿Cómo?

—Te vas a marchar muy lejos. En donde ningún periodista te pueda encontrar. Pasarás unos meses fuera, hasta que se calmen las cosas y a tu regreso volverás a ser el de antes. Un jugador disciplinado que no olerá el alcohol, ni las drogas.

Dean suspiró, todavía parecía que había esperanza de evadir a la prensa.

—No, amigo, no, no respires tranquilo. —Como de costumbre parecía que podía leerle la mente. En muchas ocasiones como esa, esto le ponía los pelos de punta, porque ese hombre debía de tener poderes telepáticos. Pedro se paró de nuevo y en sus ojos se apreciaba la furia que por todos los medios intentaba contener—. No quedarás impune. Tendrás tu castigo y bien merecido. ¡¿Qué es lo que quieres, terminar con tu carrera?! —gritó con ira.

—Mi carrera ya está casi terminada.

—¡No! —Se pasó las manos por el cabello y se restregó con fuerza la cara—. Todavía te quedan un par de años y después podrás retirarte con honores. Dedicarte a dar clases a niños y jóvenes..., o a criar cachorritos de raza o..., no sé, hacer punto. Pero no, tú estás buscando que te echen por la puerta trasera y de una fuerte patada en el culo. ¿Cómo quieres que le explique esto a Robert? Ya no eres un niño pero te comportas como si tuvieses quince años.

Robert era el dueño del equipo y a pesar que desde un principio confió en Dean, poco a poco esa confianza se había convertido en recelo ya que había pasado de ser la figura más importante del equipo a chupar banquillo la mayoría de los partidos.

—Lo siento...

—¿Crees que con un lo siento vale? Las cosas no se arreglan así.

—Está bien. ¿Qué quieres que haga?

—Así me gusta. Porque tu vida va a cambiar a partir de ahora. No puedes continuar así. Robert ha dado un ultimátum o aceptas lo que voy a proponerte o estás fuera del equipo inmediatamente. Te quedan dos años, como mucho tres de seguir jugando, aprovéchalos.

—Cuéntame que es lo que tengo que hacer. —Dean se sentía como un niño pequeño al que había que castigar porque se había portado mal.

—Mañana mismo te darán el alta y en cuanto salgas del hospital partirás a España.

—¿Tan lejos?

—Mira amigo, no estás en posición de discutirme nada. Irás a España y ya está.

—Está bien..., iré a España.

—Bien, así me gusta. Comienzas a entender. No le dirás a nadie a dónde vas. Te alojarás en la granja que tiene mi hermana Marta en la Sierra de Madrid.

—Vale.

—Allí pasarás unos meses. Las vacaciones están a la vuelta de la esquina, así que tan solo perderás tres partidos.

—¿Robert está al corriente de todo?

—Por supuesto.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió de golpe y Mia entró como un vendaval.

— ¡Papa, papá! —corrió hasta la cama y se lanzó a los brazos de Dean que la recibió encantado. Soltó el aire de golpe de sus pulmones al impactar el cuerpo de Mia contra el suyo y sin poder evitarlo de sus labios salió un quejido de dolor.

—¿Te hice daño? —Mia se separó preocupada.

—No, no ha sido nada. —Mintió y tiró de ella para volver a abrazarla con mucho cariño.

—He estado muy asustada. ¿Qué te pasó?

Dean meditó mucho, no sabía si mentirle o decirle toda la verdad. Sabía que tarde o temprano se enteraría de todo, pero se sentía tan avergonzado que de momento decidió omitir parte de lo ocurrido.

—Choqué contra una farola.

Pedro soltó un fuerte resoplido que fue correspondido con una mirada

furiosa de Dean.

— ¡Oh... papá! —Estaba al borde de las lágrimas y esto fue lo más terrible para Dean. No había pensado en ningún momento en lo egoísta que había sido exponiéndose a un accidente y haciendo sufrir a la persona que más quería en este mundo.

—Estoy bien, no llores cariño —Le acarició el cabello y la besó en la frente.

—¿Qué dicen los médicos?

—No tiene nada grave, tan solo unas magulladuras que curarán pronto — contestó Pedro, pues Dean no sabía nada de su estado, aún no había hablado con el médico—. Tuvo mucha suerte. Iba despacio y el airbag le protegió.

—¿De verdad que estás bien? —Preguntó angustiada.

—Mírame. —Obedeció sin decir nada y le escrutó—. Tan solo estoy dolorido y magullado, pero estoy seguro de que pronto saldré del hospital.

—Mañana le darán el alta —agregó Pedro.

Mia le abrazó de nuevo y posó su cabeza contra el pecho de su padre. Dean le acarició el cabello con ternura y decidió que no volvería a comportarse de una forma tan egoísta e irresponsable.

—Siento tanto haberte asustado así. Te prometo que no volverá a pasar.

—Sabias palabras... —replicó Pedro con tono burlón y recibió otra mirada asesina de Dean.

—Mia..., cariño.

—¿Pasa algo malo papá? —Levantó la cabeza de su pecho asustada.

—No, que va. Es solo que tengo que contarte algo. —Lo mejor era afrontarlo todo y ser sincero con su hija.

Mia le miró con angustia y se sentó en una silla que había al lado de la cama a la espera de lo que su padre le tuviese que contar. Para Dean fue lo más difícil que había hecho en toda su vida. Confesarle a su propia hija, que había conducido bajo los efectos del alcohol, le costó tanto que cuando terminó de contarle todo se sintió agotado. Le habló sobre los planes que tenía de partir a España para huir de la prensa y que mañana mismo tomaría el avión.

—En cuanto tenga las vacaciones yo iré a verte —le prometió Mia, después de echarle una charla hija-padre sobre los peligros del alcohol.

Dean se sintió tan mal que decidió que jamás volvería a probar ni una sola gota e hizo una promesa a su hija que se propuso mantener pasase lo que pasase.

Capítulo 3

España

Dean había salido temprano del hospital e iba en un taxi camino del aeropuerto. Le dolía todo el cuerpo, pero lo peor de todo era el terrible sentimiento de culpabilidad y el pesar por haberse comportado tan egoístamente con la persona que más quería. Le había costado mucho despedirse de Mia, ella no quería dejarle solo y entre Pedro y él la convencieron para que regresase a la universidad y cuando tuviese sus vacaciones volaría a España para reunirse con su padre.

Miró por la ventanilla del taxi y suspiró cansado. Pedro no había venido a buscarle por miedo a que le prensa, siempre pendiente de sus movimientos, les siguiera.

Se ajustó la gorra que se había colocado y que junto con unas gafas de cristal oscuro utilizaba intentando tapar al máximo su cara para que nadie le pudiera reconocer.

El aeropuerto a esas horas estaba atestado de gente y él procuró pasar desapercibido. La mirada siempre baja para no enfrentar los ojos de ningún fanático del fútbol, que al verle montaría tal revuelo que todos sus intentos por salir del país a escondidas serían en vano.

Facturó sus maletas y subió al avión. Tenía billete en primera clase y tomó el asiento que tenía indicado.

El viaje era largo y aprovechó para dormir y descansar todo lo que pudo, pero le resultó casi imposible, en su mente la mirada dulce de Mia y sus palabras de reproche por su comportamiento, no dejaban de aparecer, como un fantasma decidido a impedirle descansar. Decidió después de dar muchas vueltas en su asiento, en un vano

intento por dormir, leer una revista que Pedro le había puesto en su equipaje de mano.

Cuando el comandante les informó que tomaban tierra, Dean suspiró. Nunca había estado en España y no sabía nada sobre la hermana de su amigo y su granja.

Al tomar tierra sintió todo el peso de lo que había hecho sobre sus hombros. Había defraudado a su hija, a su equipo y a su único amigo, que a pesar de todo le estaba ayudando a salir del atolladero en el que él solito se había metido.

Salió del avión y fue a buscar su equipaje. La cinta daba vueltas y en cuanto localizó sus maletas se lanzó a cogerlas.

Con su *Samsonite* y su bolsa de viaje colgada sobre el hombro se encaminó a la salida. Pensó en quitarse su disfraz, en España nadie iba a reconocer a un jugador de fútbol americano. Se quitó la gorra y las gafas y las guardó en su bolsa de viaje.

Pedro le había dicho que su hermana iría a buscarle, pero él no tenía ni idea de cómo era ella. La había visto en una foto que Pedro tenía en su cartera, pero era de hacía muchos años. Miró a su alrededor para localizarla. Había mucha gente esperando a los pasajeros de su vuelo, gente que se abrazaban al volver a ver a sus seres queridos y otros caminaban solos hacia la salida.

Durante un buen rato buscó a Marta y ya había comenzado a desesperarse cuando la vio sentada en un banco. La reconoció porque no había cambiado mucho con respecto a la foto antigua de Pedro y porque llevaba un cartel escrito con tinta roja donde ponía su nombre en letras grandes. Sostenía un libro en una mano y apoyado en su brazo, el cartel.

Estaba tan inmersa en la lectura que no se había dado cuenta de que el avión, donde llegaba la persona que estaba esperando había aterrizado.

Estuvo un buen rato contemplándola. Una gran sonrisa brillaba en sus labios. Llevaba el cabello negro recogido en una gruesa trenza que reposaba sobre su hombro. Unos *jeans* desgastados, una camiseta en la que se podía leer: "Sonríe, es gratis" y una gran chaqueta de lana, completaban su indumentaria. Una enorme mochila se apoyaba en su pierna y Dean sintió una gran curiosidad por saber que sería lo que llevaba en ella, pues era tan grande que parecía que la que regresaba de viaje era ella y ese era su equipaje.

Era bastante atractiva, llevaba un poco de rímel en los ojos y brillo rosa en los labios, nada de maquillaje y la verdad que su belleza natural le impresionó. Sus labios sonreían y movía la cabeza al compás de la música que salía por sus auriculares que estaban conectados a su móvil.

—Hola —le dijo. Pero ella ni se inmutó. —¡Hola! —Levantó más la voz.

Marta continuó sin escucharle. Tenía la música tan alta que se podía oír sin necesidad de los auriculares.

Dean la tocó en un hombro.

—¡Hola!

Se sobresaltó, el libro salió volando y ella pegó un grito fuerte.

—Tranquila..., no voy a hacerte nada.—Le enseñó las manos vacías en son de paz y ella con la mano sobre el pecho intentó recuperar el aliento, se quitó los auriculares y le sonrió.

—Oh... perdona —se disculpó por lo exagerado de su reacción—, estaba tan metida en mi libro que..., no te oí llegar.

Dean se agachó y recogió el libro del suelo, se lo entregó y señaló el cartel que ella arrugaba en la mano en un acto reflejo.

—Yo soy Dean Woods.

—Oh... Encantada. —Marta le tendió la mano a modo de saludo—. Yo soy Marta.

Durante un breve instante se quedaron mirando el uno al otro con las manos apretadas. Marta fue quien rompió el contacto, retiró su mano y dejó de mirarle a los ojos.

—¿Qué tal fue el viaje? —le preguntó intentando romper el incómodo silencio que se había instalado entre ellos.

—Muy largo.—Mascó fuerte su chicle y trató de parecer cómodo con la situación de encontrarse con una persona que no conocía de nada y con la que iba a pasar un largo espacio de tiempo.

—¿Tienes ya todas tus maletas?

—Sí.—Le enseñó su equipaje.

—Oh... claro. —Marta se puso colorada—. Qué tonta. —Soltó una risa nerviosa—. Ya veo... Bueno, pues nada—. No sabía el por qué pero ese hombre la ponía muy nerviosa—. ¿Nos vamos?

—Cuando tú quieras.—Sonrió de oreja a oreja.

Marta comenzó a caminar hacia la salida del aeropuerto con su pesada mochila al hombro seguida muy de cerca por Dean.

—Allí está mi furgoneta —le dijo señalando una *Volkswagen* t1 pintada en un rosa chillón.

—¡Vaya, es preciosa! —Dean acarició el morro de la furgoneta—. Tiene que tener ya unos cuantos añitos.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Marta estaba gratamente sorprendida, no a todo el mundo le gustaba su furgoneta. Casi todos le decían que estaba muy anticuada y que era demasiado llamativa, pero a ella no le importaba la tenía hacía ya diez años. Le había cogido mucho cariño y no pensaba desprenderse de ella por nada del mundo. Siempre le recordaba a su padre.

—Cuando me la regaló mi padre ni siquiera andaba, estaba para el desguace. Pero yo la arreglé y la puse a punto.

Dean la miró boquiabierto.

—¿Tú sabes de mecánica?

—Sí, mi padre me enseñó.—Dean pudo ver tristeza en sus ojos, el recuerdo de su padre era doloroso. Habían pasado ya cinco años de su muerte, pero Dean sabía por propia experiencia, que por mucho tiempo que pasase nunca se curaría la herida que había dejado su fallecimiento.

—El color no es cosa mía, yo prefería algo más discreto. Pero mi hija fue la que lo eligió y en aquella época el rosa era su color preferido.

—No está nada mal, un poco llamativo, pero me gusta.

—¿De veras? —Marta estaba totalmente atónita.

—Te lo juro, me encanta. —Parecía sincero y ella le sonrió agradecida por los piropos que le estaba echando a su querida furgoneta.

Abrió la puerta trasera para poder dejar el equipaje. Ella lanzó la pesada mochila y se restregó el hombro dolorido.

Se subieron y arrancó.

—El motor suena muy bien.

—¿Entiendes de coches?

—Sí, a mí también me enseñó mi padre.

Se miraron y sonrieron. Por desgracia era algo que tenían ambos en común, algo que en cierto modo les unía, pues los dos habían pasado por esa terrible experiencia y podían comprender a la perfección lo que se sentía.

—¿Cómo es que hablas también el español? —Marta decidió cambiar de

tema, el recuerdo de su padre siempre la ponía triste y estaba claro que a él le sucedía lo mismo.

—Estudié tu idioma en el instituto y luego con tu hermano lo practiqué. — Dean sonrió al recordar las largas conversaciones con Pedro y cómo se enfadaba cuando no pronunciaba correctamente las palabras—. Siempre pensé que algún día necesitaría hablarlo perfecto y ese momento ha llegado.

Por un breve instante retiró la mirada de la carretera y le lanzó una dulce y tierna sonrisa.

—Me alegro. —Suspiró aliviada—. Pensé que tendría que tirar del poco inglés que aprendí en el colegio y te aseguro que es tan restringido que nuestras conversaciones se limitarían mucho.

—Pedro siempre insistía en que le hablara siempre en español.

—Pues te compadezco, porque mi hermano no tiene paciencia.

—Dímelo a mí, menudas broncas me llevaba cuando no lo hacía bien.

—Los dos rieron.

—Pedro puede estar orgulloso, lo hablas muy bien.

—Gracias —dijo él.

Capítulo 4

En casa

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Pinilla del Valle está como a unos 55 Km, así que más o menos dentro de una hora estaremos allí.

Durante gran parte del trayecto charlaron sobre cosas sin importancia. Aunque rehuía el tema, Dean necesitaba saber qué le había contado Pedro sobre los motivos de su estancia en España durante unos meses, se sentía tan avergonzado que no era capaz de preguntar.

—Pedro me dijo que necesitabas unas vacaciones.—Fue ella quien sacó el tema, parecía poder leerle la mente. Dean la miró asombrado, ¿tendría el mismo don que su hermano?

—Sí, estaba un poco saturado. Ya sabes la prensa te persigue..., los fans no te dejan... —Aunque esa no era la verdadera razón, de momento esperaría para decirle toda la verdad y mentalmente le dio gracias a Pedro por no contarle nada sobre su comportamiento.

—La verdad es que debe ser un incordio.

—No puedes salir de casa sin esconder bien tu rostro. Es el precio de la fama. —Miró el horizonte y suspiró con tristeza, hacía años que se sentía solo entre la multitud. Mia estaba en la universidad, lejos durante casi todo el año, tan solo la veía en Navidades y un mes en vacaciones de verano. Pedro estaba siempre a su lado y sabía que podía contar con él para todo, pero había llegado un momento que esto no era suficiente. Necesitaba algo más, algo que llenara su vida vacía. Pero el camino que

había buscado para encontrarlo no era el correcto. Todo lo contrario, era una senda que le llevaba a la total decadencia y a un final, casi con total seguridad, nefasto.

—Pedro te aprecia mucho. —El cambio de tema le hizo respirar tranquilo.

—Es mi mejor y único amigo.

—¿El único?

—Sí. —Esa sería su única respuesta, no quería ahondar en su vida, al fin y al cabo acababan de conocerse—. Pedro habla también mucho de ti. Me contó que vivías en una gran casa de campo con tu hija y un montón de animales.

Marta sonrió y le miró por un breve instante.

—También están Mario y Alba. ¿No te habló de ellos?

—Me dijo que tenías un corazón tan grande, que recogías en tu casa a todo el mundo que necesitaba un techo bajo el que vivir.

—Y por eso te envió a mí, sabía que no te iba a dejar en la calle. —Su risa cantarina le acarició los oídos y le hizo estremecer.

Se volvió en su asiento para poder mirarla mejor. Sabía por Pedro que tenía treinta y tres años, pero por su aspecto no le echaría más de veinte. Miraba al frente, pendiente de la carretera y su larga trenza estaba apoyada en su hombro. Su nariz era pequeña y un poco respingona, sus ojos de un bonito castaño oscuro, aunque en esos momentos no podía verlos pues tenía la vista fija en el coche que iba delante de ellos, sabía que brillaban con intensidad. Sus mejillas sonrosadas y unos labios carnosos. Era sin lugar a dudas una mujer muy hermosa, pero no de esas exóticas y voluptuosas mujeres a las que Dean estaba acostumbrado. Ella era de una belleza delicada, sutil y con un encanto especial, no solo por su aspecto físico sino por su personalidad que le envolvía y le hacía sentirse como si se conociesen desde hacía años y no tan solo unos minutos.

—Nunca me habló del padre de tu hija. ¿No vive con vosotras?

Se movió inquieta en el asiento del coche. Parecía que ese tema no le agradaba y Dean se arrepintió de haberlo sacado, pero le pudo la curiosidad pues Pedro jamás hablaba de su cuñado y siempre cambiaba de tema cuando le preguntaba por él.

—Me separé hace ya nueve años. Patricia tenía tan solo un año. Lo dejé todo, el piso en Madrid, el trabajo en una tienda de ropa, los pocos amigos que teníamos y me lancé a la aventura. Me compré una casa vieja y muy deteriorada que poco a poco he ido arreglando, tres caballos y unas cuantas gallinas. Lo que más tengo son deudas, pero no me importa porque soy feliz. Vivo rodeada de paz, tranquilidad y

aire puro. Cultivamos nuestra fruta y verdura y sacamos algo de dinero dando clases de equitación. Tu dinero también me vendrá muy bien para tapar algún que otro agujero. Pero ya le dije a Pedro que no hacía falta que me dieras tanto. Ha sido muy generoso por tu parte pagarme esa suma tan grande y además ofrecerte a trabajar en la granja.

Dean perdió el color. Estaba al corriente de que le iba a costar mucho dinero, ya que Pedro se lo exigió. «No vas a estar tres meses en casa de mi hermana sin pagar por ello. Ella tiene muchos gastos y no es millonaria como tú», le dijo y él estaba totalmente de acuerdo. No era justo que por su error una buena persona como Marta perdiese dinero. Lo que sí le sorprendió fue lo de ayudarle en la granja. ¿Hacer labores de granjero?! él, que ni siquiera había visto a una gallina de cerca.

— ¡Faltaría más! —dijo entre dientes. En cuanto llegara a la casa y estuviese solo llamaría a Pedro a ver qué narices le había dicho a su hermana.

—Ya estamos llegando.

Dean miró por la ventanilla y el paisaje le pareció hermoso. Un pequeño pueblo se veía en el horizonte. Destacaba el alto campanario de una iglesia que sobresalía sobre todas las casas. El pueblo se encontraba en un gran valle entre el embalse de Pinilla y las montañas.

—Es muy bonito.

—No es por presumir, pero muchos turistas vienen a nuestro pueblo — dijo Marta muy orgullosa—. Yo no he nacido aquí, pero lo considero mi hogar. Soy muy feliz rodeada de buena gente y un paisaje tan bonito que consigue dejarte sin aliento.

Hablaba con tanta pasión de su pueblo que Dean se sintió fascinado por ese bello paraje y por un breve instante al contemperarlo, se quedó como ella le dijo, sin aliento. Miró por la ventanilla y tomó una fuerte bocanada de aire puro y limpio. Pensó que no le costaría nada adaptarse a vivir en un lugar así; paz, tranquilidad y total silencio por las noches. Sin coches ni polución, sin estrés y calles atestadas de gente. Sin preocuparse de la prensa, ni de tener que ocultar su cara para poder pasear sin que un ejército de fans le asediara. «El paraíso», pensó.

Tomaron una carretera que no estaba asfaltada y recorrieron unos cuantos metros. Dean vio una gran casa de piedra, con tejas rojizas y una enorme chimenea. A unos pocos metros había unas cuadras, un picadero y más adelante una cerca con un pequeño huerto y un gallinero.

— ¡Vaya, increíble!, tienes una casa enorme.

—Hemos trabajado muy duro. Si hubieras visto cuando la compré, estaba toda derruida.

Se la veía muy orgullosa y a Dean le dio cierta envidia. Marta había encontrado su sitio en el mundo, su rincón donde ser feliz. Dean llevaba toda su vida buscando un lugar así, pero lo único que había conseguido, aún con todo el dinero que disponía, era una mansión fría y totalmente impersonal. Decorada al gusto del mejor decorador de Manhattan, con los mejores muebles, cuadros, cortinas... pero sin calor de hogar, sin nadie que le esperara cuando regresaba de alguno de sus viajes.

—Tienes que sentirte muy orgullosa, has construido un verdadero hogar.

Paró el coche frente a la puerta de entrada, bajó, abrió la parte trasera de la furgoneta y sacó su equipaje. Marta caminó hacia la casa seguida muy de cerca por Dean.

—Bienvenido a el que será tu hogar los tres próximos meses.

Abrió la puerta y entraron en un descansillo. Una gran puerta de cristal le separaba del salón. Marta la abrió y los dos entraron en la estancia.

Era muy acogedora y cálida. Destacaba una chimenea frente a un sofá de rinconera estampado con alegre tela de flores amarillas, el respaldo estaba cubierto con dos grandes mantas de *patchwork*. Las cortinas hacían juego con la tela del sofá y aportaban mucho color a la sala. Una enorme mesa de comedor estaba situada frente a una cristalera que daba a un jardín plagado de flores y árboles frutales, que en esa época estaban cargados ya de frutas; un par de naranjos, un peral y tres manzanos.

—Precioso jardín —le dijo maravillado.

—Es cosa de Alba, es la que lo cuida. Luego te la presentaré. Te enseñaré tu habitación.

Subieron por una hermosa escalera, el pasamanos era una auténtica obra de arte. Dean deslizó su mano sobre la madera. Le recordó a la escalera que tenía en casa de sus padres. Cuando era niño le gustaba deslizarse por ella, más de un día se había golpeado al caer. Una sonrisa asomó a sus labios al recordar lo feliz que se sentía en esa época de su niñez, cuando lo único que tenía importancia era a qué jugar y cuántas horas podía pasar dándole golpes a un balón junto con sus amigos en el parque cercano a casa.

Anduvieron por un largo pasillo a cuyos lados estaban las habitaciones. Marta se paró en la tercera puerta.

—Esta es tu habitación.

La abrió y los dos entraron en la estancia. Un fresco aroma a limón inundó sus fosas nasales. Aspiró con fuerza, le gustó, era muy relajante.

La habitación era enorme. Una gran cama se encontraba en el centro,

adornada con una colcha gris Pegada a un gran ventanal había una mesa de escritorio, sobre ella un jarrón con un hermoso ramo de flores silvestre. Dean se acercó a el y aspiró su aroma.

—Esas flores las ha recogido mi hija, es su manera de darte la bienvenida.

Dean sonrió agradecido, le pareció un bonito detalle por parte de la niña.

—Te dejaré solo. Si necesitas algo no dudes en pedirlo.

—Muchas gracias por todo.

Marta sonrió y salió del cuarto.

Dean miró a su alrededor, a partir de aquel momento ese sería su hogar. Llamó a Mia y estuvo un buen rato charlando con ella, explicándole al detalle todos lo concerniente a la casa y a la hermana de Pedro. Ella le hizo tantas preguntas que por un momento se sintió saturado.

Vació las maletas y colocó todas sus cosas.

La siguiente llamada que hizo fue a Pedro, tenía que aclarar algunas cosas.

—Hola.

—Hola Dean. ¿Qué tal todo?

—Bien. Pero tengo una duda. ¿Qué narices le has contado a tu hermana?

—¿Qué quieres decir?

—Se que quedamos en darle una buena suma de dinero por las “molestias de aguantarme”—dijo con tono burlón. Pedro soltó una carcajada, recordaba esa conversación y lo molesto que se sintió Dean—. Pero ella me ha dicho que tengo que trabajar en la granja y tú sabes perfectamente que yo no tengo ni idea de cómo mantener viva a una planta, y menos de cuidar animales.

—No te preocupes, mi hermana te enseñará. Aprenderás cosas muy útiles e interesantes, como que los huevos no se fabrican en los supermercados —se rió de su propia ocurrencia—. No quiero que seas una carga para ella.

—No pienso ser una carga para nadie. —Su tono le dejó claro a Pedro que estaba muy enfadado—. Estoy harto de que me trates como si fuese un niño y se perfectamente de donde salen los huevos.

—¿Sabes una cosa?, si no quieres que te traten así, no te comportes como si lo fueses. Nadie te metió en ese coche borracho, fuiste tú solito.

Se hizo el silencio, Dean no tenía ningún argumento a su favor. Era cierto

se había comportado de una manera egoísta sin pensar en las consecuencias y de eso se arrepentía una y otra vez.

—Ahora tendrás que afrontar las consecuencias de tus actos. —Pedro continuó con su reprimenda y Dean pensó que nunca se cansaba de restregarle por la cara esa noche fatídica—. Si tienes que ordeñar una vaca, lo harás; si tienes que dar de comer a las gallinas, lo harás. Piensa que es eso o una celda.

— ¡Joder, está bien! Voy a colgar antes de que me regañes horas y horas. Ya he tenido bastante, ¿no crees?

Apretó la tecla del móvil para colgar la llamada, no antes de escuchar la risa de Pedro. La oprimió con tanta fuerza que la yema del dedo se le quedó blanca.

— ¡Joder, joder, joder! —Estaba furioso, pero no con Pedro si no consigo mismo. Lo había estropeado todo, su carrera, su futuro; había hecho daño a su hija y a su único amigo.

Lanzó el móvil contra el colchón y este rebotó con fuerza y cayó al suelo. En ese momento entró en su cuarto una niña de unos diez años, muy rubia y con una sonrisa tan enorme que iluminaba su cara. Llevaba su cabello trenzado y sus ojos de un intenso verde le miraron con curiosidad. Su pequeña nariz, salpicada de infinidad de pecas, le daban un aspecto travieso y gracioso.

Corrió hacia el móvil y lo cogió.

— ¡Has tenido suerte! —sonrió y se acercó a Dean con el móvil en la mano, este lo tomó con brusquedad—. ¡No se ha roto!

— ¿No te han explicado nunca que antes de entrar en una habitación que tiene la puerta cerrada, hay que llamar? —reprendió severamente a la niña.

Ella no se enfadó muy al contrario trotó hasta la cama y se tumbó boca abajo, puso sus manos bajo su barbilla mientras sus pies se elevaban y danzaban alegremente.

—Pensé que todavía no habías llegado. Entré para ver si estaba todo preparado.

—Y tú, ¿quién eres? —Dean sabía que debía de tratarse de la hija de Marta, pero quería que fuese ella quien se presentase.

La niña se puso de pie de un salto y poniéndose frente a él, extendió su mano y le dijo:

—Soy Patricia y estoy encantada de conocerte.

Dean le tomó la mano y se la estrechó sin hacer mucha fuerza, pero ella no

se amedrentó y apretó con toda la fuerza que tenía. Su sonrisa radiante, mostraba una dentadura perfecta.

En ese momento Marta asomó la cabeza por la puerta abierta.

—Patri, ¿qué haces aquí? Te estaba buscando por toda la casa. —Se acercó a Dean con cara de preocupación—. ¿No te habrá molestado verdad?

Dean miró a la niña y esta le hizo un claro gesto de súplica, pidiéndole ayuda para que su madre no la reprendiera.

—No... no..., solo estábamos conociéndonos.

Marta cogió a su hija por los hombros y sonrió.

—Bien, me alegro. Bajemos, los demás están esperando en el salón.

Capítulo 5

Conociendo a la familia

Dean fue el último en entrar en el salón. Allí, sentadas frente a la mesa, encontró dos personas; una mujer de unos cuarenta años y un muchacho que no tendría más de veinte. Los dos estaban muy serios y al verle entrar se levantaron con tanta rapidez que la silla del muchacho cayó estrepitosamente al suelo.

—P-p-perdón —dijo y su cara se tiñó de un rojo intenso.

—No pasa nada, cariño. —Marta le ayudó a levantarla y le sonrió con amor—. Este es Mario—. Le presentó y ambos hombres se estrecharon la mano.

—Encantado de conocerte —le dijo Dean.

Mario hizo un gesto afirmativo con la cabeza con el que quiso dar a entender que él sentía lo mismo, pero Dean pudo ver en sus ojos que era todo fingido.

Entonces la mujer se aproximó a él. Vestía de negro con unas ropas que no le favorecían. Una camisa de manga larga, que a Dean le produjo escalofríos pues hacía bastante calor, y unos pantalones largos y sueltos, más propios de una mujer de más edad de la que aparentaba tener.

—Yo soy Alba—. Dean intentó acercarse y darle dos besos en las mejillas, pero ella se alejó de forma brusca y le tendió la mano a modo de saludo.

Aún con su ceño fruncido y su boca cerrada en una línea inexpresiva, Alba era una mujer bonita. Pero hacía todo lo posible por restar belleza a sus facciones. Llevaba su pelo negro recogido en un discreto moño que le daba un aspecto de institutriz de película de terror. Sus ojos eran de un intenso marrón pero triste y apagado. Miró a Dean con gran frialdad, y éste sintió como ella levantaba una gran barrera que se interponía entre ellos. Sin mover sus labios ella le decía: «prohibido

terminantemente cualquier intento de acercarte a mí». Dean comprendió perfectamente sus señales y desde luego las acataría sin poner ninguna objeción.

El muchacho tampoco parecía muy simpático; se le veía tímido y apocado. Era muy alto y de complexión fuerte. Su cabello rubio le llegaba hasta los hombros y en muchas ocasiones utilizaba su flequillo para ocultar sus ojos. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba ver sus fuertes, pero delgados brazos curtidos por las horas de trabajo. Unos jeans oscuros y unas botas altas de montar a caballo.

Los dos le miraban expectantes y con el semblante serio. «Menudo recibimiento», pensó Dean.

—Creo que Patricia ya se presentó ella solita. —Marta estaba intentando romper un poco el hielo.

—Oh, sí, sí—dijo Dean sonriendo a la niña. Ella era la única que parecía estar feliz de que ese extraño fuese a pasar unos meses en su hogar. El resto de los habitantes de la casa se mostraban molestos e incómodos con la nueva presencia que se les había impuesto sin darles opción a opinar sobre ello.

— ¿Sabes qué móvil tiene? —preguntó Patricia a su madre—, un iPhone 5c —dijo sin dar opción a que Marta contestase a su pregunta.

—Perdona a mi hija. —Marta se dirigió a Dean—. Es una fanática de los móviles. Como ya nos conocemos todos, será mejor que empecemos a comer. Por favor Dean, siéntate aquí—. Le señaló un sitio entre Patricia y Mario.

Todos obedecieron. Comieron casi en total silencio, si no hubiera sido por la constante cháchara de Patricia que solo callaba para meterse la comida en la boca, se podría haber escuchado el batir de las alas de una mosca. Puso a Dean al día de todo lo concerniente a la granja, le habló de todos los caballos, de las notas que había sacado en el colegio, de su mejor amiga María y de muchas más cosas hasta conseguir que Dean se sintiese abrumado por tanta información.

—María estaba hablando con Toño. —Dean la miraba atentamente, pero hacía un buen rato que había perdido el hilo de la larga historia—. Yo le dije que no lo hiciese. —Se acercó al oído de Dean, como para contarle un secreto—. Ya sabes por qué. —Él asintió, pero en realidad no tenía ni idea—. Entonces yo...

—Creo que ya es suficiente —Marta acudió al rescate de Dean, cuya cabeza iba a explotar de un momento a otro.

—¡Jo, mamá! Aún no he terminado. —Miró a su madre, haciendo un gracioso puchero que a Dean le pareció encantador.

—Ya está bien por hoy. Dean ha tenido un viaje muy largo y seguramente

tenga ganas de descansar.

—Sí, la verdad es que estoy agotado. —Le pellizcó la nariz a la niña—. Ya me contarás mañana que pasó con... con...

—Toño y María. —Otra vez Marta acudió en su rescate.

Dean se levantó y todos clavaron sus ojos en él. Se encaminó hacia su habitación bajo la atenta mirada de seis pares de ojos, que seguían todos y cada uno de sus movimientos. Se sentía torpe y muy incómodo, trastabilló en varias ocasiones y tropezó con el borde de la alfombra. «Dios, ¿dónde me he metido? Joder qué bien me vendría un trago», pero Dean había hecho una promesa a su hija antes de irse, una que jamás rompería por nada del mundo. Nunca volvería a beber nada de alcohol y lo cumpliría a rajatabla.

Cuando desapareció de la vista de la familia todos intentaron hablar a la vez.

—¿Qué os parece? —interrogó Marta.

—No me gusta. —Alba dio su opinión.

—¿V-va a q-queudarse m-mucho t-tiempo? —preguntó Mario.

—Me lo voy a pasar pipa. —Patricia era la que se sentía más cómoda con el nuevo habitante de la casa.

Marta bajó la mirada, estaba un poco decepcionada.

—Sabéis que necesitamos el dinero. —Su reproche iba dirigido tanto a Alba como a Mario.

—Lo sabemos, pero eso no quiere decir que nos guste que ese hombre ande por aquí.

—Alba, no me lo pongas difícil.

—Prometo que haré todo lo que esté en mi mano porque todo vaya bien.

—Eso es lo que espero. —Marta se levantó y comenzó a apilar los platos para llevarlos a la cocina—. Tenemos muchas deudas y con lo que él nos va a pagar nos libraremos de ellas.

Se encaminó a la cocina y todos la siguieron cada uno cargado con parte de la vajilla que habían utilizado para cenar.

—A mí me gusta —le dijo Patricia a su madre, en un intento por animarla.

—Gracias, cariño. —La besó en las mejillas y colocó sus trenzas tras la

espalda.

—Tenemos que aceptarlo como uno más. Es amigo de mi hermano y necesita nuestra ayuda.

—¿Qué es lo que le ha pasado? —preguntó Alba con mucha curiosidad. No podía ni imaginar que le había traído a un pijo forrado de dinero a perderse en un pequeño pueblo de la Sierra de Madrid.

—No tengo ni idea. Pedro no me quiso contar nada. Tan solo me dijo que necesitaba alejarse de todo y que le hiciera trabajar duro y sin ningún tipo de compasión.

—S-s-será un e-e-estorbo.

—Mario, no seas injusto. —Marta le reprendió con severidad—. Tenemos que darle una oportunidad. Ya sabéis que es jugador de fútbol así que estará en forma y podrá hacer el trabajo duro junto a ti. Nos viene muy bien dos manos más.

Marta fregaba los platos, Patricia los enjuagaba, Mario los secaba y Alba se dedicaba a recoger la cocina. Todos colaboraban y cada uno ponía su granito de arena. Vivían juntos desde hacía ya tres años y nunca habían tenido problemas serios, tan solo alguna que otra discusión entre Patricia y Mario sobre sus tareas, ya que Patri intentaba escaquearse y él se cargaba con su trabajo. Eran una familia, un tanto peculiar, pero una familia feliz y unida. Cada uno tenía su historia y su pasado; en el caso de Alba y Mario cargado de traumas y malos momentos, pero desde que Marta entró en sus vidas todo había cambiado. Vivían felices, sin miedo y con un futuro por delante. Para ellos, Marta era su salvadora, una mujer que sin apenas conocerles les había abierto las puertas de su hogar, les había dado alimento, ropa y un trabajo que les gustaba y con el que disfrutaban.

Mario y Alba tenían una conexión especial, pues los dos venían de una familia desestructurada y sus vidas habían sido muy duras y difíciles. Sabían que le debían mucho a Marta y la apoyarían en todo lo que emprendiese. Se miraron entre sí y con sus ojos se prometieron que iban a ayudarla con ese hombre, aunque a ellos no les gustase nada en absoluto.

Capítulo 6

Una promesa por cumplir

Dean cayó rendido en la cama, el viaje había sido muy largo y pesado. Todavía estaba dolorido por las contusiones del accidente y el encontrarse en un lugar extraño donde dos personas le miraban como si fuese un bicho raro al que iban a diseccionar, no ayudaba nada a relajarse.

El sueño le atrapó de inmediato y durante dos horas durmió a pierna suelta. Sobre las cuatro de la madrugada despertó temblando como una hoja y sudoroso, un gruñido escapó de su garganta sin poder contenerlo. Cuando abrió los ojos se sentía desubicado, no sabía dónde estaba, que día de la semana era o si era de noche o de día. Una sensación de angustia le atrapó y su respiración se hizo pesada y costosa. Intentaba que un poco de aire entrara en sus pulmones pero era casi imposible, aún con la boca abierta. Un sudor frío comenzó a resbalar por su espalda. Se incorporó de golpe y se sentó en la cama. «Calma, calma... » se repetía una y otra vez. Tenía que controlarse, todo había sido una pesadilla. Poco a poco logró recuperar el aliento y su respiración se fue haciendo rítmica y acompasada. Los latidos de su corazón también comenzaron a disminuir y volverse regulares.

Suspiró con fuerza y salió de la cama. La ventana estaba abierta y por ella entraba una brisa agradable y fresca. Se asomó y tomó una fuerte bocanada de ese aire puro de campo al que no estaba acostumbrado.

Empezó a recordar su sueño, ese que había conseguido ponerle al borde de un ataque de ansiedad. Iba en su coche y de pronto su hija estaba parada frente a él. Intentaba frenar pero el coche no respondía, su angustia iba creciendo y entonces supo que el coche no iba a parar hasta que no estuviese sobre el cuerpo de Mia. Intentó

cambiar el rumbo, le gritó a pleno pulmón, piso el freno una y otra vez, pero nada daba resultado, el vehículo continuaba su camino imperturbable como si tuviese vida propia y su único fin fuese atropellar a la persona que más amaba en el mundo. Todavía podía sentir como si lo estuviese viviendo en la realidad, el choque del cuerpo de Mia contra el morro del coche. Pudo escuchar como los huesos se partían y como ella gritaba al sentir el fuerte impacto contra su pequeño cuerpo. Dean no era un hombre muy dado a las lágrimas y al dramatismo, pero sin saber cómo sus ojos se anegaron. Se los secó con furia. Todo era por su culpa, había tirado su vida por la borda y estaba haciendo tanto daño a su hija que su subconsciente le estaba mostrando todo lo que Mia había sufrido gracias a él.

«Nunca más..., te lo prometo», cerró fuerte los ojos y pensó en Mia. Sus preciosos ojos verdes, su pelo rubio y su sonrisa. No volvería a hacerle daño.

Su boca estaba seca y sus manos temblaban sin poder contenerlas. Necesitaba una copa, un trago..., con tan solo un sorbo se conformaría.

«NO, —se gritó—. Nunca más volveré a beber..., nunca más»

Salió de su cuarto, necesitaba agua para intentar calmar su sed. Bajó las escaleras despacio y sin hacer ruido. Cuando llegó a la cocina buscó un vaso en los interminables armarios.

«Dios, como es posible que tenga tantos muebles. Maldita sea... joder»

Estaba muy nervioso y el hurgar en todos los muebles y no encontrar un simple vaso le estaba poniendo furioso. Sin querer golpeaba las puertas al cerrarlas y soltaba tal cantidad de tacos que sonrojarían a cualquiera que le escuchase.

—¿Necesitas algo? —Marta estaba en el umbral de la puerta mirándole con atención. Llevaba un bonito pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes blanca con un estampado de diminutas rosas. Su cabello suelto caía en cascada sobre su espalda.

—¡Sí, ¿dónde cojones tienes los putos vasos?! —le gritó enfurecido, mirándola con odio. Al instante se dio cuenta de su brusca contestación e intentó disculparse. —Lo siento... perdona...

Marta ni siquiera le miró, soltó un suspiro y se acercó a uno de los muebles, abrió la puerta y sacó un vaso. Lo dejó con un fuerte golpe sobre la encimera y sus ojos le miraron con furia.

Se dio la vuelta para regresar a la cama, pero él la tomó de la mano con suavidad.

—¡Suéltame! —le dijo dándose la vuelta para enfrentar su mirada.

—Espera..., no te marches. Lo siento mucho. No pretendía... No quería...

Marta sintió como temblaba, como su frente estaba perlada de gotas de sudor y unas grandes y oscuras ojeras acentuaban su mirada triste.

—Necesito... necesito —pronunciaba las palabras como si le costara mucho trabajo hacerlo. Marta identificó los síntomas rápidamente, por desgracia los conocía muy bien.

—En esta casa no hay nada de alcohol y si piensas beber te rogaría que hicieras tus maletas y te marchases de inmediato. Te devolveré todo tu dinero. ¡Suéltame! —Más que sus palabras lo que a Dean le dolió fue su mirada de asco.

—Espera. —No la soltó si no que tiró de su mano intentando retenerla—. No quiero beber... Necesito ayuda —dijo con tono lastimero y a Marta se le encogió el corazón. Entendió muy bien su lucha y decidió ayudarle con todo lo que estuviese en su mano.

—Ven, siéntate aquí. —Le guió hacia un taburete y le obligó a sentarse en él—. Te voy a preparar un té. —Sabía que eso no era lo que el necesitaba, pero intentaría por todos los medios distraerle y ayudarle a olvidarse del alcohol.

Dean tomó aire con fuerza por la nariz y centró su mirada en ella. Todos sus sentidos se concentraron en Marta; sus ojos la seguían a donde fuesen, su oído escuchaba con atención todos los ruidos que hacía, su respiración, el roce de la ropa sobre su piel. Su olfato podía captar el aroma natural de su piel. Cerró los ojos por un instante centrándose en él y le recordó al campo, a la hierba fresca recién cortada, a la brisa de verano. Notó como se iba relajando poco a poco. Los temblores cesaron y se sintió mucho mejor.

Marta había puesto a calentar una tetera. Intentó no mirarle ni una sola vez, sabía que él la estaba observando y se sentía un poco incómoda. Ese hombre tenía un problema con el alcohol y Pedro a pesar de saber lo que ella opinaba sobre el tema y lo que le afectaba, se lo había enviado a su casa. Tendría que tener una larga charla con él. Se sentía traicionada, pero por otra parte pensaba que si su hermano le había mandado allí, era porque sabía que no supondría ningún peligro para ella y su familia.

«Más le vale», pensó.

La tetera comenzó a silbar y Marta sacó dos tazas. Sirvió el té y se sentó junto a Dean.

Los dos bebieron en silencio y sin mirarse.

—Siento de verdad haber sido tan desagradable —dijo Dean.

—No te preocupes, ya está olvidado. Deberías buscar ayuda.

—Ya lo hice. —La señaló con un movimiento de cabeza.

—Ayuda de un especialista. Yo no creo que sepa...

—Pues lo has hecho.

El silencio les atrapó de nuevo. Dean se masajeó la frente, un fuerte dolor de cabeza le invadió de improvisto.

Marta abrió un cajón y sacó una pastilla.

—Tómatela, te quitará el dolor.

—Gracias.

Se miraron a los ojos durante largo rato, sin decirse nada. Marta se sentía cómoda con él, era como estar frente a un amigo de toda la vida. Era una sensación muy extraña, pues solo lo conocía de hacía unas horas.

Dean por su parte también podía sentir la conexión que entre ellos se había establecido.

—He jurado a una persona a la que amo, que jamás volveré a beber. Así que puedes estar tranquila.

«Seguro que será su novia, o su mujer», sin saber por qué Marta se sintió mejor, pensar que él tenía pareja le hacía descartarle como posible conquista. Nunca se entrometería en una relación. Suspiró, por fin, relajada. Le sonrió con cariño.

—¿Quieres que salgamos al jardín?, a estas horas se está muy bien.

Dean asintió con la cabeza y juntos cada uno con su taza en la mano salieron fuera de la casa.

Estuvieron charlando animadamente casi hasta el amanecer. Les costó separarse, pero era hora de dormir un rato. Cuando decidieron subir cada uno a su dormitorio ya estaba saliendo el sol y para Marta tan solo quedaba dos horas de sueño. Pero no le importaba haber disfrutado de la compañía de Dean, hacía tanto tiempo que no charlaba con un hombre, hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Durante unas horas se habían conocido mejor, él había bromeado con ella y la había hecho reír. Era un hombre muy atractivo, que había tenido una vida muy ajetreada e interesante.

Subieron juntos las escaleras y se dieron las buenas noches en la puerta de la habitación de él.

El despertador sonó pronto para Marta, se desperezó y se levantó de un salto. Estaba cansada pero no le importaba. La noche anterior había sido muy especial.

Dean le gustaba, como amigo por supuesto, su hermano ya le había advertido que era un mujeriego, además tenía pareja y ella jamás se fijaría en un hombre así. Esa mañana le dejaría dormir, seguramente no se encontraría muy bien después de lo que había pasado por la noche, pero solo tendría piedad ese día, porque al siguiente se levantaría como todos los demás y trabajaría como lo hacía ella y su familia todos los días.

Capítulo 7

Despertar

Patricia entró como un torbellino a la habitación de Dean y por supuesto sin llamar a la puerta.

—Dean, Dean, despierta, son más de las once del mañana.

Dean se tapó la cabeza con la almohada después de soltar un fuerte improperio que por suerte la niña no pudo entender, pues lo dijo en su idioma.

Patricia se acercó a la cama y le movió el hombro con brusquedad.

—Despierta dormilón.

—¿No te dije que llamaras a la puerta antes de entrar?

«Dios, a partir de ahora cerraré con cerrojo»

Dean se tumbó boca abajo y de nuevo se escondió tras la almohada.

—Déjame en paz.

La niña no hizo ningún caso a su súplica. Se sentó a su lado en la cama y comenzó a cotorrear.

—Mamá dijo que hoy te deja dormir hasta tarde, pero que mañana trabajarás como los demás. Dijo que estás malito y que no te molestemos por nada del mundo.

—Entonces, ¿por qué no le obedeces y me dejas tranquilo? —Dean temía que se iba a enredar en su charla y su cabeza estallaría en mil pedazos, así que decidió interrumpirla.

Se hizo el silencio y Dean se sintió en la gloria. Notó como la niña se bajaba de la cama. Un suspiro de alivio salió de su boca. Decidió cambiar de posición y se puso de lado para continuar durmiendo un poco más.

Al cabo de unos minutos la puerta se abrió de nuevo.

—Ya estoy aquí —dijo Patricia con tono cantarín.

— ¡Oh, por Dios!

Caminó a paso lentos hacia la cama de Dean y este abrió los ojos con curiosidad. No venía corriendo a su cama como era su costumbre y eso le extrañó.

Se quedó con la boca abierta por la sorpresa. La niña caminaba hacia él con una bandeja con comida.

—Cuando yo estoy malita, mamá me trae una sopa caliente.

Dean se sentó en la cama y la niña dejó la bandeja sobre sus piernas.

—Como no sé hacer sopa, te traje leche con mis galletas preferidas.

Dean se quedó sin palabras. Desde niño nadie le había traído el desayuno a la cama. Esa niña se estaba ganando su corazón a marchas forzadas.

—Yo..., gracias. —no tenía más argumentos. Con sus ojos enormes y brillantes y su preciosa sonrisa había conseguido desarmarle.

—Come, seguro que te pondrás bueno muy pronto.

Dean le sonrió con ternura y le acarició la nariz pecosa.

—Muchas gracias.

Patricia se sentó a su lado y le miró expectante, esperando a que empezase a comer.

Puso sus ojos sobre la bandeja, donde había un tazón de leche lleno casi hasta el borde, que se había rebosado, un paquete de galletas y una cuchara.

La niña no le quitaba los ojos de encima con una sonrisa de enorme satisfacción. Le alentaba con movimientos de su cabeza a que probara el succulento manjar que ella misma había preparado.

Dean tomó la cuchara en su mano y la sumergió en la leche, removió y bebió un largo sorbo. Un fuerte sabor dulzón le hizo toser.

— ¡Dios, Patri!, ¿cuánto azúcar has puesto? —dijo en cuanto recuperó el habla.

—No sé, unas cuantas cucharadas. —La niña se encogió de hombros y le

miró con tristeza—. ¿No te gusta?

Entonces puso esos ojitos que te derriten el corazón.

—No..., que va, está muy buena.

Se forzó a tomar otro trago y lo hizo casi sin respirar.

Patricia no le quitaba el ojo de encima y su cara brillaba de alegría al verle sorber. Para el pobre Dean era toda una tortura, pero por verla feliz haría lo que fuera. Esa niña había conquistado su corazón y estaba rendido a sus pies.

—Está muy buena.

—¿Te duele la tripa? —Le preguntó.

—No.

—¿La garganta?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa?

Dean le dio muchas vueltas a la contestación que le podía dar a una niña de diez años sobre cuál era su problema y decidió maquillar un poco la respuesta. Ya habría tiempo de comprender lo que entrañaba excederse con ciertos tipos de bebidas.

—Solo te diré una cosa; obedece a tu madre cuando te diga que el alcohol es malo.

La niña le miró y arrugó la nariz.

—No te entiendo —dijo.

—Ya lo entenderás.

En ese momento llamaron a la puerta, Marta asomó la cabeza en cuanto él le dijo que podía pasar.

—Vaya, ahora veo porque no te encontraba —miró a Patricia—. ¿No te dije que no le molestases? —la reprendió.

—No me molesta, todo lo contrario, me ha preparado un gran vaso de leche—. Dean le mostró su mejor sonrisa.

—Ahora vengo. —Patricia salió disparada bajo la atenta mirada de los dos adultos que quedaron sorprendidos por su reacción.

Cuando se quedaron solos en el cuarto Marta reparó en que él no llevaba camiseta y se puso colorada al apreciar lo musculado que estaba.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó mientras procuraba no mirarle al

pecho desnudo, pero sus ojos recorrían, sin quererlo, los pectorales y abdominales del fornido *quarterback*. Comenzó a sentir mucho calor y a ponerse nerviosa, hacía siglos que no veía a un hombre casi desnudo y menos uno con ese cuerpo.

—Mucho mejor, gracias.

Se levantó de la cama, tomó una camiseta y se la puso. Marta suspiró, no sabía muy bien si porque así se sentía mucho más cómoda o porque se había cubierto y ya no podía apreciar su perfecto cuerpo.

—Me alegro mucho..., bueno... creo que me voy. —Necesitaba salir corriendo.

Cuando llegó a la puerta se dio la vuelta para mirarle a los ojos.

—La comida estará a las dos en la mesa, siempre comemos a esa hora. — Abrió la puerta para salir, pero él la tomó de la mano y la obligó a volverse de nuevo.

—Yo..., quería... —carraspeó nervioso—. Quería darte las gracias por lo de anoche. Siento... —tosió de nuevo y meditó sus palabras—. No volverá a ocurrir —sentenció.

—No te entiendo, anoche no ocurrió nada de lo que debas avergonzarte. Tienes un problema, pero ¿quién no tiene alguno?

Estaba claro que esa mujer era excepcional. Dean le sonrió y por un instante deseó poder abrazarla, no de la forma que abrazaría a su amante, sino como lo haría con una amiga de toda la vida. Pero eso no era posible tan solo la conocía de unas pocas horas y no sabía cómo se lo tomaría ella, así que se limitó a lanzarle una radiante sonrisa a modo de agradecimiento por su apoyo y sus palabras de ánimo.

—Sé que tengo un largo camino que recorrer para recuperarme, pero te prometo que no ocasionaré ningún tipo de problema ni a ti, ni a tu familia.

Ella le apretó con fuerza la mano intentando reconfortarle, le sonrió y salió al pasillo.

Dean cerró la puerta y pensó que se daría una buena ducha. Comenzaría un nuevo día intentando superar todos sus problemas, que eran muchos, sin implicar a nadie más en ellos. Esa gente que le había acogido con tanto cariño no merecía caer en la vida de decadencia y vicios en la que él llevaba sumergido desde hacía ya mucho tiempo.

Capítulo 8

Una lección de equitación

El día transcurrió tranquilo y sin ningún contratiempo. Dean colaboró en lo que pudo y supo, con el resto de la familia. Pero no sería hasta el día siguiente que comprobaría lo duro que era el trabajo en la casa.

La noche se presentó de nuevo larga e inquietante para Dean. No dejaba de desear tomar un trago e intentaba por todos los medios centrar sus pensamientos en otras muchas cosas, pero le estaba resultando casi imposible e insoportable. Se levantó de la cama de nuevo sudoroso y con temblores. Decidió tomar una pastilla para poder dormir, el médico se la había recetado por sus problemas de insomnio. Regresó de nuevo a la cama y puso la televisión. A esas horas los programas eran muy aburridos. Después de pasar por todas las cadenas, que eran muchas, decidió dejar una película muy antigua y subtitulada, cuyo título no recordaba. Tenía pinta de ser un auténtico rollo, quizás así el sueño le venciera. Por supuesto él tenía la ventaja de que no tenía que leer los subtítulos, pero se entretuvo en ello. Descubrió con estupor que estaba muy mal traducida y en algunas ocasiones le dio la risa el comprobar el poco parecido entre lo que el protagonista decía en inglés y lo que estaba escrito en los subtítulos.

No sabía a qué hora el sueño le había atrapado, pero a eso de las siete alguien tocó su puerta. Dean abrió los ojos, la televisión continuaba encendida. Se restregó con fuerza la cara y la apagó con el mando.

—¿Sí? —preguntó a quien golpeaba su puerta a esas horas.

—Es la hora del desayuno.

Era la voz de Marta cantarina y alegre.

—Voy —contestó secamente.

Escuchó cómo los pasos de ella se alejaban de la puerta y se dejó caer sobre la cama.

«Joder, Dios...», no le apetecía nada levantarse después de pasar casi toda la noche en vela, pero lo hizo. Se duchó y se vistió con unos *jeans* viejos y una camiseta.

Bajó las escaleras a la carrera y cuando llegó a la cocina, estaba solamente Patricia y su madre sentadas frente a su desayuno.

—Buenos días —dijeron al unísono muy sonrientes.

—Buenos días —contestó con desgana.

—Tienes el café preparado. Sírvelo lo que te apetezca. —Le indicó con la mano la encimera de la cocina, repleta de comida.

«¿A qué hora se habría levantado para preparar todo eso?», pensó al contemplar la abundancia de alimentos.

Al verle, de nuevo, perdido buscando entre los armarios, Marta se levantó de la silla y le indicó donde estaba todo lo que necesitaba.

Con un café humeante y con un aroma delicioso, unos huevos revueltos, salchichas y dos tostadas, Dean se sentó junto a Patricia y degustó su desayuno con un hambre voraz.

—¿Estás preparado para un duro día de trabajo? —preguntó Marta con una de sus preciosas sonrisas.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Sabes montar a caballo?

—No, jamás he estado cerca de ninguno.

—No te preocupes, Patricia te enseñará.

La niña le miró con una sonrisa radiante.

—Nos lo pasaremos pipa —le dijo.

Dean sabía muy bien que no iba a ser para nada divertido. No sabía nada en absoluto de animales y en cierto modo le producían terror.

La niña cogió una bolsa de plástico en una mano, le tomó la otra y juntos salieron de la casa camino de las caballerizas.

—Ven, Dean, te los presentaré.

Los animales asomaban las cabezas por la puerta de sus cuadras e

intentaban llegar hasta él, Dean estaba un poco asustado, tenía la sensación de que les fueran a morder.

—Este es Duque, mi preferido. —La niña le acarició el hocico con mucho cariño y el caballo cabeceaba en busca de sus caricias—. Tócale, no te hará nada, es muy bueno.

Dean acercó su mano con mucha precaución, el caballo se quedó muy quieto esperando su contacto. Cuando posó su palma sobre el hocico de Duque se maravilló por la suave y agradable sensación que le estaba produciendo acariciar al animal.

Una sonrisa de radiante alegría asomó a su boca.

—¡Vaya! —exclamó entusiasmado. Patricia sonrió feliz.

—Si le das un trozo de pan duro te lo ganarás para toda la vida.

Entonces sacó de la bolsa de plástico un gran trozo de pan y se lo ofreció a Dean. Él se quedó mirando muy atentamente cómo la niña partía el pan en trozos. Con la palma abierta y el pan sobre ella acercaba su mano a Duque y este con mucha delicadeza tomaba los trozos de su mano.

—Ahora te toca a ti —le dijo a Dean.

Él hizo lo mismo que le había visto hacer a la niña. El caballo olisqueó su mano y movió sus labios sobre su palma para tomar el pan en su boca. Dean se quedó impresionado al sentir como los labios del caballo le hacían cosquillas, era una sensación agradable. Duque, agradecido por el manjar, resopló con fuerza sobre el cabello de Dean. Patricia rió estrepitosamente al verle con el pelo alborotado.

Uno a uno, la niña le fue presentando a todos los caballos. Los animales encantados asomaban las cabezas y parecían saludarle. Hubo pan duro para todos.

—Ahora te enseñaré a montar.

Ese era el momento más temido por Dean, una cosa era acariciar a un caballo y darle de comer con la mano y otra muy distinta subirse encima de él.

—Primero te enseñaré a ensillarlo.

La niña abrió la puerta de la cuadra y entró, el caballo se quedó muy quieto mientras ella le acariciaba el cuello.

—Primero tenemos que cepillarle. —Con mucha paciencia le enseñó a hacerlo—. Ahora le colocamos una manta y después la silla.

Continuó dándole todas y cada una de las instrucciones precisas para ensillar correctamente a un caballo y Dean no perdió de vista ninguno de los hábiles

movimientos que Patricia hacía. Cuando ya lo tuvo perfectamente ensillado, entraron en la cuadra de *Cariñoso* y fue él quien lo ensilló.

—Para ser la primera vez lo has hecho muy bien. —Parecía una profesora orgullosa de su mejor alumno.

Cada uno sacó al caballo que iba a montar. Dean no estaba muy seguro y el caballo notó su nerviosismo y se removi6 inquieto.

—Antes de subirte en el caballo, debes de darle un par de vueltas al paso. —Le mostr6 c6mo deb6 de hacerlo—. Apretamos de nuevo la cincha, ajustamos los estribos y subimos siempre por el lado izquierdo. —Subi6 con tal agilidad que parec6a f6cil—. Vamos ahora te toca a ti.

No fue hasta el tercer intento, que Dean logr6 subir a la grupa del caballo.

—Lo he conseguido —dijo con aut6ntica sorpresa y con una inmensa alegr6a.

—S6, claro, es f6cil. —Patricia puso los ojos en blanco quit6ndole importancia a su haza6a. Para ella era lo m6s normal del mundo—. Nunca, nunca metas el pie dentro del estribo, solo mete la punta. Es muy importante, porque si alguna vez te caes y llevas todo el pie metido, corres el peligro de que el caballo te arrastre.

—Vale, lo entiendo.

—Ahora, s6gueme.

Patricia era una amazona muy experimentada pese a su corta edad. Montaba con gran soltura, y el caballo le obedec6a sin dudar. Pero para Dean era diferente, tem6a caerse y el caballo pod6a sentir su inseguridad. Dudaba y en alg6n momento estuvo a punto de caer. Pero con insistencia y bajo la atenta supervisi6n de la ni6a, consigui6 poner el caballo al galope y disfrutar como hac6a mucho tiempo no lo hac6a.

Se sent6a libre. El viento golpeaba su cara, era una brisa c6lida de verano, pero muy agradable por la velocidad con la que el caballo galopaba. Re6a a todo pulm6n, su coraz6n lat6a fuerte y veloz como su montura. Nunca se imagin6 que cabalgar ser6a una experiencia tan sumamente gratificante.

Cabalgaron durante mucho tiempo, hasta que la profesora decidi6 que era hora de regresar y cumplir con sus labores. Dean protest6 como si fuese un ni6o peque6o y Patricia ri6 por sus pucheros y su “porfa se6o” que gritaba una y otra vez.

—Mam6 se enfadar6 si no limpiamos los establos —dijo intentando ponerse seria, pero viendo la cara c6mica con que le miraba Dean, resultaba casi imposible mantener un rictus severo.

Sabía que el recreo tenía que terminarse, toda ayuda era poca en la cuadra y ellos tenían asignadas unas tareas que debían de cumplir y siempre, aunque le costaba, cumplía con todos sus deberes.

Cabalaron de regreso a la casa, desmontaron y entonces comenzó el trabajo duro. Patricia enseñó a Dean como limpiar cada una de las cuadras y al final fue él quien terminó haciendo todo el trabajo. La pequeña amazona era una experta en el arte del escaqueo.

Después de una jornada de duro trabajo, Dean subió agotado a su habitación y se dio una larga y placentera ducha.

A la hora de la cena toda la familia estaba reunida en la mesa, charlaban amigablemente hasta que él llegó. Tanto Marta como Patricia le animaban a que comiese e intentaban incluirle en la conversación con los demás, pero Alba y Mario se lo ponían difícil, por lo que recibían de vez en cuando una mirada de reproche por parte de Marta.

—Hoy, fregaré yo los platos —dijo Dean en un intento de ganarse al resto de la familia.

Todos le miraron y Patricia dio un grito de alegría.

—Oh, no es necesario... —dijo Marta.

—Insisto —la interrumpió—. Será mi manera de agradecer vuestra bienvenida.

Marta casi se atragantó, «¿bienvenida?», mirando las caras de algunos de los miembros de la familia y su desagradable comportamiento nunca se hubiera imaginado que él lo llamara así.

—Está bien, pero yo te ayudaré —sentenció Marta.

—No les caigo muy bien, ¿verdad? —preguntó Dean en la cocina, con las manos enfundadas en unos guantes que le quedaban pequeños y usando con torpeza un estropajo, mientras él y Marta fregaban a solas. Todos se habían retirado a dormir, incluso Patricia, después de protestar e implorar a su madre que la dejara ver un rato la televisión.

—No es eso. Es solo que no están acostumbrados a tener gente extraña a su alrededor.

—Sus miradas son siniestras —lo dijo con tono de terror, y Marta no pudo evitar soltar una carcajada.

—Espero que los perdones, estoy segura que con el tiempo se acostumbrarán.

Dean sonrió travieso y con un rápido movimiento puso un poco de espuma sobre la nariz de Marta, que muy sorprendida por su juego le miró. Ambos se rieron a carcajadas cuando ella hizo lo mismo con la nariz de él.

— ¡Haya paz! —gritó cuando vio que él recogía con la mano un puñado enorme de espuma.

—Por esta vez te libras, pero la próxima vez....

Nunca habría pensado que Dean era tan juguetón y divertido, por su aspecto parecía más uno de esos jugadores cuya fama se les ha subido tanto a la cabeza que caminan por la vida con altivez.

Marta terminó de secar el último plato, lo colocó en su lugar y comenzó a preparar una tetera.

Ambos con su taza humeante, salieron al jardín y como la noche anterior se sentaron frente a frente en el balancín.

—¿Dónde está tu marido? —la pregunta de él la pilló desprevenida, pensó que lo mejor era contarle la verdad, ¿por qué mentir?, no era necesario.

—No estoy casada.

Dean tomó un sorbo largo de té.

—¿Y el padre de Patricia?

—Hace muchos años que no sé nada de él. —No le gustaba hablar de ese tema, le traía recuerdos muy tristes y desagradables.

—Perdona, creo que estoy metiéndome en lo que no me importa.—Dean notó su incomodidad—. Parece que la noche está fresca... —ella sonrió por su torpe intento de cambiar de tema.

—No te preocupes, ya lo tengo superado, es solo que... —cerró los ojos con fuerza e intentó recuperarse, no pensaba llorar delante de él por nada del mundo—. Cuando Patricia tenía tan solo un año, nos abandonó. Nos dejó sin nada; sin trabajo, sin dinero y sin un techo. Si no llega a ser por Pedro, no sé que hubiese sido de nosotras. Él me proporcionó el dinero para comprar esta casa y empezar una nueva vida.

—¿Nunca se ha puesto en contacto con vosotras?

—No, nunca.

Dean tomó otro trago largo.

—No puedo entender cómo un padre puede abandonar a su hija y no volver a saber nada de ella—. Sabía lo que era no estar junto a su hija, pues durante el tiempo que Audrey la alejó de él, sufrió tanto que jamás lograría olvidarlo.

—En realidad fue lo mejor que nos ha ocurrido, él era un borracho que tan solo pensaba en el alcohol.

A Dean se le secó la boca, ahora entendía su reacción cuando pensó que él estaba intentando encontrar algo de alcohol para llevarse a la boca.

—Lo siento —dijo con los ojos cerrados.

—No te sientas mal, tú no tienes la culpa y además cumples con tus promesas.

Recordó cuantas veces Juan le había jurado que no volvería a beber y siempre regresaba oliendo a alcohol. En cambio Dean era un hombre íntegro, dispuesto a cumplir lo prometido.

—Alguna vez... ¿os maltrató?

—No, nunca. Jamás nos puso la mano encima. —Dean suspiró aliviado—. Lo más curioso era que él nos quería, pero por desgracia su adicción le impedía estar con nosotras. Decidió dejarnos para no hacernos más daño. En el fondo, si lo piensas, hizo algo bueno por nosotras.

Durante un largo espacio de tiempo quedaron en silencio.

—Y tú, ¿qué opina tu pareja de haber venido a vivir a España? —dijo Marta incapaz de soportar más el pesado silencio.

—¿Mi pareja?, ¿quién te ha dicho que tengo pareja?

—¿No la tienes?

—No, ¿qué te ha hecho pensar que la tenía?

—Dijiste que le habías prometido a alguien a quién amabas no volver a probar el alcohol. —Dean rió estrepitosamente.

—Me refería a mi hija Mía.

—No sabía que tenías una hija. ¿Cuántos años tiene? —Deseaba saber de él, era como una necesidad que crecía conforme le iba conociendo más y más.

—Dieciocho.

—¿Con que edad la tuviste? —preguntó muy sorprendida, él no parecía tener más de treinta y cinco.

—Con dieciséis. —Al sentir como ella resoplaba, soltó una carcajada—.

Fue una auténtica locura. Pero si te soy sincero ahora, si miro atrás en el tiempo, no me arrepiento de nada. Sin mi hija no sé que hubiese sido de mí. Es mi salvavidas.

—¿Y la madre?

—Estuvimos juntos por un tiempo, pero éramos muy jóvenes y al final terminamos tirándonos los trastos a la cabeza.

—¿No has vuelto a tener pareja?

—Sí, durante un año. ¿Te suena Caitlin Fray?

—¡La modelo! —gritó con los ojos muy abiertos por el asombro.

—Sí, la modelo.

—¿Has estado con Caitlin Fray?

—Te aseguro que no era nada especial.

—Pero, si es la mujer más bella del mundo.

—No estoy del todo de acuerdo con esa afirmación, creo que hay mujeres muchísimo más atractivas que ella.

Por su mirada y el tono que usó, Marta entendió que se refería a ella, y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó intentando desviar su atención, le estaba mirando de una manera extraña, como si deseara besarla.

—Tan solo quería mi fama, cuando esta se terminó su amor se acabó.

—¡Oh...!

Marta sintió un repentino odio por esa modelo de curvas esculturales, pero con un corazón frío.

—Lo superé rápido. La verdad es que no sé por qué narices estábamos juntos.

Si ella supiera todas las mujeres que desde entonces habían pasado por su cama, seguro que le echaría a patadas de su casa, así que decidió dar por terminada la conversación.

—Creo que será mejor que nos vayamos a dormir —dijo Dean y se levantó de un salto del balancín.

Cada uno se fue a la cama sumido en sus pensamientos y a partir de ese momento todo cambió. Su incipiente amistad se consolidó de tal forma que se sentían más que dos extraños que se acababan de conocer, dos amigos juntos desde hacía años.

Una simple confesión de labios de Marta y conocer algo más de su vida, le había llevado a ver a una nueva mujer fuerte y capaz de empezar de cero. Una mujer con un corazón tan grande que acogía en su casa a un depravado con problemas con el alcohol, le ayudaba a superarlo y le ofrecía su amistad. Cada cosa nueva que descubría de ella, hacía que se sintiese más y más atraído.

Día tras día Dean se levantaba a las siete como el resto de la familia, hacía su trabajo y cuando tenía tiempo libre cabalgaba junto a Patricia, los dos se habían vuelto inseparables.

Con respecto al resto de los habitantes de la casa, las cosas no marchaban tan bien. Alba apenas le dirigía la palabra y cuando lo hacía era desagradable. Con Mario ocurría un poco de lo mismo, el chico apenas hablaba con él, se limitaba a ser cortés y responderle con monosílabos a sus preguntas.

En cuanto a Marta, era otro tema. Esa mujer le volvía loco, tenía algo especial que le atraía. Más de una vez le sorprendió mirándola embobado y conseguía lo que nadie nunca había logrado hasta entonces, ponerle colorado como un tomate. Le encantaba charlar con ella y la buscaba con la mirada constantemente.

Capítulo 9

La chimenea

Todas las noches después de cenar salían al jardín de la casa y se tomaban un té con sabor a fresas.

El aroma de las rosas frescas que cultivaba y cuidaba Alba les envolvía. Se sentaban en el balancín y Dean siempre les mecía mientras movía sus largas piernas. Ella se acurrucaba con las suyas sobre el asiento y se ponía frente a él para poder mirarle a los ojos, unos preciosos ojos verdes que cuando la miraban provocaban que cientos de mariposas se moviesen dentro de su estómago.

A Marta le encantaba que Dean le contase cosas de sus viajes y anécdotas sobre los partidos. Era un buen narrador; ameno, divertido y con un gran sentido del humor. Marta no podía parar de reír con sus historias, más cuando él se las contaba de tal manera que parecía que las estaba viviendo de nuevo.

A él le fascinaba como Marta le sonreía y más de una vez estuvo tentado de besarla. Deseaba sentir sus labios, ¿cómo sería su sabor?, seguramente de lo más exquisito y cautivador.

A ella le ruborizaba la manera en que él la miraba, parecía desearla y eso era algo a lo que no estaba acostumbrada. Para ella ese hombre estaba prohibido, no podía permitirse un desliz con él. Pero la gustaría tanto probarle, sentirle... Siempre intentaba desechar esos pensamientos y centrarse en la conversación y en las historias que él le contaba, pero de vez en cuando un dulce anhelo se apoderaba de ella, entonces miraba su boca e imaginaba que su lengua recorría sus labios probando su sabor. Cuando esto ocurría ponía fin a la conversación y se marchaba a la cama sumida en un deseo que cada día se iba haciendo más fuerte.

Todos los momentos que pasaban juntos eran especiales, tanto que en

algunas ocasiones permanecían callados mirándose a los ojos y sintiendo la conexión tan fuerte que había entre ellos.

Cuando se separaban y cada uno iba a su cuarto, noche tras noche aparecían el uno en los sueños del otro.

Dean se había adaptado sin problemas a la vida en la casa. Hacía su trabajo sin rechistar porque sabía que al final de la jornada tendría su recompensa, pasar unas horas con Marta y compartir con ella cosas que jamás había compartido con nadie. Se sentía integrado en una familia y por fin tenía lo que tanto había buscado, alguien en quién podía confiar todos sus pensamientos y sentimientos, alguien especial que le aceptase por quién era y no por lo que era.

Ya llevaba casi un mes en España, pero ese día había sido especialmente agotador. Dean y Mario estaban construyendo un cercado para los caballos y querían terminarlo, así que se tiraron toda la mañana y gran parte de la tarde trabajando en ello.

Era ya de noche cuando Dean subió a su cuarto para darse una buena ducha. Estaba exhausto, ni en los tiempos en los que había estado en plena forma y entrenado durante horas, se había sentido tan cansado. La vida en una granja era muy dura y él lo estaba sufriendo en sus propias carnes. Pensó que también se estaba haciendo mayor y ya no tenía la misma resistencia.

Se metió bajo el chorro de agua y puso una temperatura casi fría, necesitaba relajar los músculos doloridos y esa era la mejor manera de hacerlo. Se puso una camiseta blanca, unos pantalones oscuros y a la carrera bajó las escaleras y se asomó al salón. Estaba deseando verla y tener ese momento mágico que vivían juntos todas las noches.

Marta estaba sentada sobre la alfombra frente a la chimenea, Patricia y el resto de los habitantes de la casa ya estaban acostados. Necesitaba ese momento a solas para relajarse de la tensión del día, en los últimos días se sentía agotada, tener a Dean a su alrededor no le ayudaba a relajarse. Sonrió al pensar en él, tan sexy, tan guapo, tan..., sacudió la cabeza para sacárselo de dentro.

Dean se quedó absorto mirando como ella se cepillaba el cabello aún húmedo, por la ducha que se acababa de dar, mientras canturreaba una canción que él no había escuchado jamás. Ella miraba el crepitar del fuego de la chimenea como hipnotizada por las llamas y esto le dio la opción para observarla mejor sin ser visto. Sus ojos brillaban por el reflejo de las llamas y en su boca una leve sonrisa le indicaba que se sentía feliz. Dean tuvo un fuerte ramalazo de envidia, como le gustaría tener esa paz interior que ella mostraba sin pretenderlo.

Continuó observando como el cepillo recorría su cabello dejándolo liso y brillante, hechizado por sus movimientos suaves y precisos.

—Hola —dijo Marta sorprendida cuando le vio apoyado en el dintel de la puerta con las manos en los bolsillos y los tobillos cruzados. «¿Cuánto tiempo llevará observándome?», se preguntó.

—Hola.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Agotador... —Esa tarde, después de terminar el cercado, había montado a *Cariñoso*. Era una costumbre que tenía con la niña; al finalizar el trabajo montaban juntos a caballo. Habían trotado por el monte y disfrutado del anochecer. Dean se había convertido en un magnífico jinete y disfrutaba tanto de ello, que no le importaba el cansancio, ni el dolor que tenía en todo su cuerpo, sobretodo en sus posaderas.

Se acercó a ella con una gran sonrisa. Era una verdadera lástima que no sonriese más a menudo, pues se le formaban unos hoyuelos preciosos en la comisura de la boca que le hacía mucho más atractivo.

—¿Me dejas? —le preguntó señalando el cepillo.

Marta estaba totalmente sorprendida, él le estaba pidiendo el peine para cepillarle el cabello. Le pareció algo inusual entre dos personas que apenas se conocían, pero no fue capaz de decirle que no, deseaba sentir su contacto y se lo puso sobre la mano.

Él se colocó tras ella y con mucha suavidad comenzó a cepillarle el cabello. Lo hacía con tanta soltura que parecía que lo hubiera estado haciendo toda la vida.

Marta se movió inquieta, no quería que él se tomara confianzas y pensara que con eso le estaba dando vía libre para flirtear con ella. Dean notó su inquietud y quiso tranquilizarla.

—Me encantaba cepillar el pelo a mi hija. Lo hacía siempre que podía. Era nuestro momento, el que compartíamos todas las noches que yo estaba con ella. Los dos solos... juntos... —Al recordar esos momentos se le hizo un nudo en la garganta y carraspeó para liberarse de esa desagradable sensación.

Dean continuó su labor en el cabello de Marta. Pasaba el cepillo una y otra vez recreándose en su suavidad y en el perfume que le inundaba todos los sentidos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, de cómo la estaba acariciando, de que su corazón estaba latiendo con más y más fuerza sintiendo cada cabello sobre sus manos, decidió que era el momento de parar. Una gran erección comenzó a palpar en su pantalón, la cosa se estaba poniendo demasiado íntima y eso no podía ocurrir bajo ningún concepto.

—Bueno..., creo que ya está. —Carraspeó con fuerza pues sentía la boca

seca.

—Gracias —Ella se volvió para mirar sus ojos y le lanzó una perfecta y maravillosa sonrisa.

Marta se levantó del suelo y se sentó en el sofá, él tomó ejemplo e hizo lo mismo.

—¿Qué fue lo que te pasó para que mi hermano te enviara aquí conmigo? —pensó que era el momento idóneo para preguntarle. Llevaba ya más de un mes en la casa y no se había atrevido hasta ahora. Marta sabía que tenía que ser algo muy fuerte, pues su hermano le apreciaba mucho y cuando habló con ella le dijo que le ayudara, que necesitaba cambiar su vida y retomar los buenos hábitos—. Si no quieres no hace falta que me lo cuentes —dijo al ver su expresión un tanto apurada.

—Oh... no..., no hay ningún problema. Es solo que..., me avergüenza un poco.

—No te preocupes, no voy a censurarte, ni a juzgarte.

—Estrellé mi coche contra una farola estando borracho.

—Oh vaya...

—Veo que no te sorprende.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Por supuesto.

—Lo pensé. —Dean arrugó la frente y miró al suelo avergonzado—. No te molestes, pero después de tu comportamiento los primeros días supuse que algo así te debió de ocurrir.

—Siento de verdad haberme comportado como un auténtico imbécil.

—Lo hiciste.

—Sé que lo hice...

—Todos cometemos errores.

Los dos se quedaron en silencio viendo el crepitar del fuego, cada uno absorto en sus pensamientos.

—¿No eras feliz? —Le miró a los ojos y pudo ver la respuesta. Su mirada era triste y apagada.

—No.

—Pero lo tenías todo, fama, dinero y seguro que muchas chicas.

Dean suspiró y retiró sus ojos de los de ella, para regresarlos a las llamas que consumían poco a poco la leña. En cierto modo se sentía como esa madera consumida por el fuego. Con su vida estaba ocurriendo lo mismo, se extinguía por la fama, el alcohol y lo excesos que durante mucho tiempo llevaba cometiendo.

—Todo eso no es nada... No vale, no te hace feliz. —Quedó pensativo y al cabo de unos segundos rectificó—. Bueno, te hace feliz por un breve espacio de tiempo. La gente te admira, te idolatra... te piden autógrafos, se hacen fotos contigo. Las mujeres te desean..., los hombres quieren ser tu amigo. Pero un buen día te das cuenta que ellos no quieren a el hombre, ellos quieren al *quarterback*. Cuando dejas de ser tan famoso, cuando ya no eres la figura más destacada, todos los que decían ser tus amigos te van abandonando poco a poco y un día te levantas y te das cuenta de que estás solo. No hay nadie a tu lado y la angustia se apodera de ti, te hace intentar llenar tu triste vida con cosas que en un principio te dan paz, pero que con el tiempo te matan.

Quedaron en total silencio mientras los ojos de Marta contenían las lágrimas que pugnaban por salir.

—Eso es muy triste —dijo al fin, rompiendo el pesado silencio.

—Sí, lo es.

Se miraron a los ojos y descubrieron por un breve instante de tiempo que ambos estaban conectados en cierto modo. Él era quien requería ser salvado y ella era la salvadora de todas y cada una de las almas perdidas que llegaban hasta la puerta de su casa, al menos eso le decía Pedro cada vez que se enteraba que había recogido a alguien en su casa.

Marta era especial, un alma limpia y pura, llena de alegría, paz y buenos sentimientos y él era un alma perdida sin rumbo y sin razón de existir. Pedro sabía a la perfección lo que hacía cuando le mandó allí, quería salvarle y sabía que la única persona capaz de eso era su hermana pequeña.

—Eres increíble, jamás he conocido a nadie como tú —le acarició la mejilla y se recreó en su tacto suave. Por un instante pensó que ella le daría un manotazo, pero no fue así, todo lo contrario, apoyó su cara sobre la mano de él buscando más su contacto.

—Tan solo soy una mujer normal.

—No... No lo eres. Nunca digas eso, tú eres especial y única.

Se miraban con tal intensidad que podía sentirse en el ambiente como flotaba a su alrededor el deseo que tenían el uno por el otro.

Dean miró sus labios, jamás había deseado con tanta pasión a nadie. Sus

labios le atraían tanto que no se pudo resistir más y los tomó entre los suyos. Suspiró al sentir como ella le correspondía. Por un momento pensó que le abofetearía y le empujaría con desprecio. Pero todo lo contrario, ella buscó su lengua y gimió cuando estas se encontraron y se movieron dentro de su boca.

Sus besos eran calientes y deliciosos. Su boca se movía experta y ella, curiosa, intentaba seguir todos sus movimientos y aprender del maestro. Para Marta, por supuesto no era su primer beso, pero sin duda era el más placentero.

Sin ser consciente de lo que hacía, pues actuaba por puro instinto, acarició el suave cabello de Dean y le obligó a acercar más sus bocas al empujar su cabeza hacia la de ella.

Dean estaba en el paraíso, los labios de Marta eran muy suaves y su sabor delicioso. Podría pasar el resto de su vida besándola sin descanso. Pero sabía que lo que estaba pasando entre ellos no estaba bien, tenía que parar, tenía que hacerlo ya, no podían seguir. «A la mierda con todo», le dijo a su conciencia. La tomó por la cintura y la ayudó a colocarse a horcajadas sobre sus piernas.

Al sentir el contacto de su erección contra su clítoris se excitó y comenzó a moverse frotándose contra el pantalón. Dean no podía estar más feliz con la respuesta de ella. Estaba claro que también le deseaba y eso era lo más increíble de todo. ¿Cómo una mujer tan maravillosa, podía desearle a él?

Metió sus manos por debajo de la blusa de ella y las posó sobre sus pequeños pechos. Marta gimió y buscó más su contacto. Él no paraba de masajearlos y acariciarlos y ella deseó estar totalmente desnuda para que el contacto de sus manos fuera más intenso.

En ningún momento sus bocas se separaron, estaban unidas de tal manera que por nada del mundo dejarían de besarse.

—No... No —¿por qué mientras susurraba una negativa se abrazaba con más fuerza a él?

Decidió desechar de su vocabulario esa palabra, aunque sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos no era lo adecuado, no volvería a decirle que no a nada. Le deseaba con tanta fuerza que le resultaba doloroso. Sabía que solo sería una vez, que después él haría con ella como con todas las mujeres con las que había estado, se olvidaría de ella después de haber conseguido sexo. Pero en esos momentos nada le importaba, tan solo deseaba sentirle muy dentro de ella y poner fin a esa necesidad que había ido creciendo día a día, noche tras noche. Había llegado a un punto de no retorno, si él no la penetraba y le hacía el amor, le rogaría e incluso suplicaría si fuera necesario.

Dean recorrió su cuello con sus labios, besó cada centímetro de la delicada

piel de su garganta y regresó de nuevo a su boca.

—¿Quieres que pare? —le preguntó sin apartar sus labios.

En respuesta a su pregunta, Marta se quitó la camiseta y la arrojó al suelo. A Dean no le hicieron falta las palabras, sonrió feliz y colocó sus manos entre los pechos de ella donde estaba el cierre del sujetador. Lo desabrochó con gran agilidad, se notaba que lo había hecho en muchas ocasiones. Cuando ambas partes de la prenda quedaron colgando, Dean tomó las tiras entre sus dedos y las deslizó con lentitud por los brazos de Marta. Ya libre del sujetador contempló sus pechos como si fuesen el postre más delicioso de la carta de uno de los mejores restaurantes del mundo.

Marta se sintió tímida, sus pechos eran demasiado pequeños. Pero al mirar los ojos de Dean sintió que eso a él no parecía importarle nada en absoluto.

Tomó uno de los pezones entre sus labios y lo saboreó. Marta gimió al sentir su aliento, sus labios duros y su lengua juguetona que pasó una y otra vez por ellos. Los tomó entre sus dientes, los mordisqueó. Se entretuvo durante un buen rato excitándolos, mientras ella no dejaba de moverse inquieta contra su erección y con los dedos enredados en su cabello, tiraba de la cabeza de él para acercarle más y más a sus pechos

Dean pensó que de un momento a otro explotaría. La entrega incondicional de ella, el sabor de su cuerpo y el olor tan sumamente excitante que desprendía su piel, le estaba volviendo completamente loco. Si no entraba dentro de ella y la tomaba en ese sofá estallarían y sus pedazos se esparcirían por toda la sala.

Con un rápido movimiento se levantó con ella adherida como una lapa a su cuerpo y con mucho esfuerzo logró dejarla sobre el sofá. Ella no quería separarse de él y luchaba porque no se alejase.

—No..., no. —Esta vez su ruego no era para alejarle, si no para que no lo hiciese.

—Tranquila, no pienso irme a ningún sitio. Solo quiero deshacerme de todo lo que estorba.

Su respiración entrecortada y su mirada expresaban todo lo que deseaba hacer en ese preciso instante y alejarse de su cuerpo no formaba parte de sus planes.

Se quitó los pantalones, las zapatillas y los calcetines. Todo, junto con su slip quedó tirado y arrugado en el suelo. La camiseta le siguió y así desnudo se paró frente a ella. Marta le contempló excitada. No era la primera vez que veía su cuerpo perfecto, pero se recreó de nuevo en cada parte de su anatomía. Miró su enorme erección, esa parte si era nueva para ella, pensar en albergarla en su interior encendió más su deseo.

Dean se arrodilló frente a ella y deslizó sus *shorts*. Acarició la tela de sus braguitas con veneración y Marta jadeó al sentir como sus dedos se deslizaban por el raso con suavidad. Se las quitó con premura, tiró de sus piernas mientras se las abría. Se colocó entre ellas y posó sus labios sobre su clítoris, con suavidad lo recorrió con su lengua mientras con sus manos acariciaba el interior de sus muslos.

—¡Dean! —gritó sobresaltada al sentir su boca en tan íntima parte de su cuerpo. Pero lo incitó a continuar acariciando su cabello y levantando la pelvis para que el contacto fuese más intenso.

Su excitación aumentaba a razón de sus lametazos, de sus besos y de la manera tan experta con la que él movía sus labios. Poco a poco fue alcanzando el clímax, uno tan intenso que le hizo gritar.

Dean separó su boca del cuerpo de ella y la miró a los ojos con una gran sonrisa en los labios. Se había acostado con muchas mujeres, pero nunca había sentido una entrega tan incondicional como la que había sentido con Marta. Nunca había deseado proporcionarle un orgasmo a ninguna como a ella. Quería escucharla gemir, gritar su nombre y notar como llegaba al clímax mientras se retorció de placer. Quería entrar en su cuerpo y sentir su calor.

Tomó sus pantalones y sacó un preservativo de su bolsillo. Desde que dejó a su chica embarazada con tan solo dieciséis años, había tomado la costumbre de llevar uno siempre consigo. Ahora dio gracias a Dios por ese buen hábito.

Se lo colocó con máxima rapidez y regresó entre sus piernas. Entró en su interior despacio y con mucha delicadeza. Marta pensó que era lo más delicioso que había experimentado. Sus relaciones anteriores habían sido placenteras pero jamás tanto como con Dean.

Él se movió al principio despacio pero poco a poco fue incrementando la velocidad. Marta corría a su encuentro y acariciaba sus nalgas haciendo presión en ellas para que entrara más al fondo y así conseguir más contacto. Dean se incorporó sudoroso y excitado. Sus miradas, en todo momento conectadas, hacían que fuese más estimulante. Dean agarraba con fuerza los muslos de ella, los presionaba y acariciaba, ella con sus manos sobre los antebrazos de él, se sujetaba como un náufrago a su salvavidas.

Los dos juntos llegaron al orgasmo. Sus respiraciones intensas y entrecortadas, sus corazones latiendo con fuerza y sus ojos abiertos observando la reacción que les estaba produciendo el clímax.

Se dejó caer sobre el cuerpo de ella y la abrazó con fuerza. Pensó que podía pasar así el resto de su vida, dentro de ella y abrazado a su cuerpo desnudo.

Levantó su cabeza para mirarla a los ojos, pero ella los tenía cerrados.

—¿Estás bien? —preguntó, pero por la expresión de su cara dedujo que ella se sentía en la gloria, pues tenía una sonrisa encantadora, sus mejillas sonrosadas y sus ojos continuaban cerrados, deseaba mantener la imagen en su memoria de todo lo que acababan de compartir.

—Ha sido increíble..., maravilloso.

Dean la besó de nuevo.

En cuanto salió de su cuerpo la conexión entre ellos se rompió, como si alguien la hubiese cortado con una tijera. La vergüenza y un leve sentimiento de arrepentimiento por lo que habían hecho se instauró fuerte entre ellos. Marta tomó su camiseta que yacía tirada en el suelo al lado del sofá y se tapó con ella, un fuerte rubor cubrió sus ya sonrosadas mejillas. Dean se dio la vuelta para que ella no pudiese ver como se quitaba el preservativo y carraspeó con fuerza cuando se levantó para tirarlo y coger sus pantalones, que se puso torpemente y a gran velocidad.

—Creo... que... alguien podría entrar. —Ya era tarde para pensar en eso y Marta se sorprendió porque en ningún momento se había preocupado hasta ahora. Ella jamás había perdido el control hasta el punto de hacer el amor en el salón de su casa donde cualquiera podría entrar y verles. ¿Qué le había pasado para ser tan descuidada? Ese hombre lograba que perdiese la cordura y hacía que su cuerpo se descontrolara hasta tal punto que no le importaba nada en absoluto. No quiso darle más vueltas al asunto, simplemente tomó su ropa y se vistió.

—Sí..., claro.—Dean cogió su camiseta y caminó hacia la puerta con la cabeza baja—. Bueno... yo..., voy a dormir. Hasta mañana.

—Espera Dean. —Marta se agachó y cogió su slip—. Te dejas esto.

—Oh. Gracias. —Dean soltó una risa nerviosa y los tomó de la mano de Marta—.

—Buenas noches —le dijo sonriente y completamente asombrada al notar la turbación de él. Quién iba a pensar que un hombre como Dean se pondría colorado después de haber estado con una mujer, jamás lo hubiera imaginado.

—Buenas noches. —Abrió la puerta y salió.

Marta se quedó sola por unos instantes y muy pensativa. Lo que acababa de ocurrir no podía pasar nunca más. Ese hombre era un mujeriego que iba de flor en flor y ella no quería ser una más de sus conquistas.

«Estúpida, ya lo eres. Te acabas de acostar con él»

Capítulo 10

Entre conservas

Después del encuentro que tuvo lugar frente a la chimenea entre Marta y Dean, ella procuraba no quedarse a solas con él. Dejó por unos días de sentarse en el balancín y le rehuía. Intentaba no mirarle, pero muchas veces podía sentir sus ojos clavados en ella, recorriendo su cuerpo. Se enumeraba cientos de razones por las que no podía haber nada entre ellos e intentaba convencerse de que lo mejor era pasar página y olvidar el encuentro frente a la chimenea. Sus mundos eran diferentes, cada uno vivía en una punta del planeta y sus vidas eran tan distintas que le parecía casi imposible pensar en vivirlas juntos. Pero no podía negar que él le atraía y mucho. Los recuerdos de aquella noche se mantenían frescos en su memoria y no dejaba de evocarlos día tras día.

En cuanto a Dean, no podía negar lo evidente, esa mujer le estaba volviendo loco y no dejaba ni por un instante de pensar en ella. Seguía su aroma, sus pasos y procuraba rozar sus manos en cuanto tenía oportunidad, como esa vez que en la mesa le pidió la jarra de agua y al tomarla de su mano le acarició con ternura el dedo meñique. Sabía que ella necesitaba espacio para pensar en lo ocurrido y que tenía dudas, pero comenzaba a perder la paciencia.

Habían pasado dos largas semanas, pero Dean podía recordar casi con total claridad cada caricia, cada beso, como si pudiese sentirlos de nuevo sobre su piel.

Era una mañana de domingo y la casa estaba muy tranquila, todos se habían ido a Madrid y Marta se había quedado sola en casa para preparar las conservas que les abastecería todo el invierno de melocotones, tomates y mermelada de manzana,

que era la preferida de Patri.

Puso un poco de música y comenzó a trabajar. Peló todos los tomates, que antes había hervido, los metió en los botes apretándolos bien para que no quedara nada de aire, los rellenó con aceite de oliva, los tapó y los introdujo en agua caliente. Dejó los botes al baño maría y miró el fregadero. Resopló, estaba lleno y ahora le tocaba fregar toda la cacharrería que se había formado durante la mañana. Se puso los guantes y con gran pesar tomó el estropajo y comenzó a fregar.

En la radio sonaba *Falin* de *Alicia Keys* y comenzó a mover las caderas al ritmo de la música. Se sentía excitada y no pudo evitar que a su mente llegaran recuerdos de Dean, de sus besos calientes, de sus manos acariciándola y de la maravillosa sensación que le produjo cuando entró dentro de su cuerpo y la llevó al clímax más fuerte y excitante de su vida. Se estaba acalorando y excitando, así que introdujo las manos en el agua fría y se las pasó por el cuello, dejando que el agua resbalara por su garganta y le ayudara a bajar un poco la temperatura de su cuerpo.

Cuando Dean entró en la cocina la vio y se quedó paralizado al contemplar sus movimientos sensuales, los ojos se le clavaron en sus caderas y en cómo las movía. Cuando vio como pasaba las manos por el cuello, mojándolo, tragó saliva con fuerza y el sudor comenzó a perlar su frente. La deseaba, tan solo con oírle respirar se excitaba y le estaba costando la vida no lanzarse sobre ella y hacerle el amor sobre el fregadero.

Llevaba un vestido suelto, corto y de tirantes. Se imaginó subiéndolo hasta su cintura, mientras recorría sus muslos con las manos abiertas. Un gemido se escapó de su boca con fuerza y ella al oírle se dio la vuelta y clavó sus ojos sobre él.

—Oh, hola... —Había estado tan metida en su imaginación y en sus pensamientos calenturientos que no le había oído llegar y solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba observando su balanceo de caderas, que seguramente era de lo más provocativo. Se puso roja como un tomate y deseó desaparecer de la faz de la tierra—. ¿Llevas mucho tiempo ahí parado, mirándome? —Su voz sonó chillona y nerviosa.

—El suficiente para ponerme tan caliente que creo que me quemaré. —su voz sonó sensual y Marta retiró su mirada, ella también se sentía caliente y excitada y sabía que él lo estaba percibiendo, como si desprendiese un aroma especial.

—Creí que estaba sola. Pensé que te habías ido con el resto de la familia.

—No tenía muchas ganas...

—Ya. —Se sentía un poco incómoda e intentó centrar toda su atención en continuar fregando los platos, pero estaba tan nerviosa que estos resbalaban y se le caían de las manos.

En ese momento empezó a sonar en la radio *Crazy* de *Aerosmith* y Dean se le acercó tanto que ella podía sentir su aliento en su nuca.

—Baila conmigo —le dijo.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida.

Él no dijo nada, se acercó a ella y tomó su mano, despacio y de forma muy sensual comenzó a quitarle los guantes, dedo por dedo con mucha lentitud y sin apartar la mirada de sus ojos de manera que Marta sintió un fuerte calor por todo el cuerpo, el calor del deseo.

La tomó de la cintura y sin mediar palabra comenzaron a mecerse al ritmo de la canción. Sus cuerpos unidos y las manos de él acariciando provocativamente sus caderas, mientras que le traducía al oído la letra de la canción.

—Me vuelvo loco, loco, nena, me vuelvo loco. Loco por ti, baby. ¿Qué puedo hacer?

Loca era como ella se sentía, loca de pasión.

—Estoy perdiendo la razón. Porque me estoy volviendo loco —continuó cantando.

Marta gimió al sentir como Dean rozaba insinuante su erección sobre su estómago y la tomaba del trasero para acercarla más a su cuerpo.

La obligó a caminar siguiendo sus pasos hasta que sus piernas chocaron contra la mesa de la cocina, los botes de conservas tintinearón al chocar unos contra otros y algunos estuvieron a punto de caer al suelo.

—Me estás volviendo loco. No dejes de pensar en ti. Te deseo tanto que...

Su voz ronca era el mayor afrodisíaco. Eso unido a sus manos recorriendo sus muslos y subiéndole la falda, terminó de quebrar la que creía que era una fuerte determinación de no volver a dejarle introducirse dentro de su cuerpo.

Dean deseaba penetrarla y necesitaba que fuese ya. La tomó de la cintura y la elevó por los aires, ella rodeó su cadera con sus piernas y se apretó contra su erección con fuerza. Así cogida, caminó hasta un pequeño armario, la depositó con cuidado sobre él y entonces se encargó de provocar a su boca, la recorrió con su lengua y tiró del labio inferior con sus dientes.

Marta decidió dejarse hacer, no le impediría nada, que le hiciese todo lo que quisiera, era suya. Le bajó la cremallera de sus vaqueros e introdujo su mano dentro de la bragueta. Eso fue la mecha que terminó de prender el fuego. Dean apartó su boca de la de ella y la miró con pasión, se habían terminado las sutilezas, ese toque en su pene le había llevado al final de su resistencia. Con premura; tomó un preservativo del

bolsillo de sus pantalones, retiró el pequeño tanga de Marta, se bajó los pantalones hasta las rodillas y después de colocarse el profiláctico se hizo un sitio para introducir su duro pene en su interior, sin desnudarse, sin ni siquiera quitarse la ropa interior, pues ya no podía esperar ni un segundo más, o moriría.

Sus embestidas no fueron delicadas, ni comenzó despacio para ir aumentando el ritmo, no, fueron fuertes y rápidas, la necesidad apremiaba y el placer subía como la espuma cuando agitas una botella de champan.

Los gemidos y jadeos tapaban el sonido de la música por su intensidad y volumen. Marta gritó su nombre al llegar a su orgasmo y Dean se rindió a su propio placer.

La abrazó con fuerza e intentó recuperar el ritmo normal de su respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado—. No te habré hecho daño ¿verdad?

—No, ha sido... ha sido... —Le acarició la mejilla—. Ha sido maravilloso.

La mirada de Dean cambió de repente, sus ojos pasaron de la pasión a algo que ella no sabía reconocer muy bien, parecía ternura, quizás amor. Él sabía que su mirada estaba expresando lo que en ese momento estaba sintiendo e intentó ocultarse de ella, escondiendo su cara entre su pelo. Sus ojos se estaban humedeciendo, por la emoción de lo que estaba sintiendo con tanta fuerza que amenazaba con arrasarle el corazón. Hacía años que no sentía nada parecido. Esta vez había hecho el amor, no había sido una simple manera de saciar una de sus necesidades básicas.

No quería llorar, no quería mostrarse débil frente a ella, no deseaba desnudar sus sentimientos. Temblaba como una hoja y se aferraba con tal fuerza a Marta que esta comenzó a asustarse.

—Dean, ¿estás bien? —Intentó separarle de su cuerpo para mirarle, pero lo único que consiguió fue que él se aferrase con más fuerza—. Dean me estás asustando. ¿Qué te pasa?

—Espera —sollozó, estaba intentando recuperar la cordura, la serenidad. Pero le estaba costando tanto—. Estoy bien, tan solo... solo necesito que me abracés.

Y ella lo hizo, pasó sus manos por su cabello y le acarició reconfortándole. Cuando por fin consiguió recuperarse, la miró a los ojos.

—Perdóname —le dijo—, es solo que hace mucho que no siento... —Decidió callar, no podía hablar de amor, no era justo para ella. Se sentía poca cosa para una mujer como Marta, se sentía un fraude, una mentira.

Negó con la cabeza y se separó de su cuerpo.

—Dean, ¿qué es lo que pasa?, no te entiendo.

—Nada..., no me pasa nada.

Se subió el pantalón y la dejó sentada sobre el mueble. Vio como se marchaba cabizbajo y sin ni siquiera volverse a mirarla.

Capítulo 11

La confesión de Alba

Dean era consciente de que se había enamorado y necesitaba recapacitar. Hacía muchos años que no sentía nada parecido y menos por una mujer como Marta. Ella merecía lo mejor y él no lo era. Chasqueó los labios al pensarlo, no sabía qué hacer. De lo único que era consciente era que deseaba tanto estar a su lado, que haría todo lo que estuviese en su mano por conseguirlo.

Se había pasado toda la noche pensando, casi no había pegado ojo. Después de dar tantas vueltas en la cama que las sábanas habían terminado por el suelo, sobre las seis de la mañana consiguió quedarse dormido y cuando despertó eran cerca de las diez. Todos estaban en sus quehaceres y gracias a Dios no se había encontrado con ningún miembro de la familia, no tenía ganas de charlar.

Entró en la cocina, tenía un apetito voraz.

«El amor da hambre», pensó divertido. Abrió la nevera y metió la cabeza dentro buscando algo para comer. Marta siempre tenía algún *tupper* donde guardaba las sobras, pero en esta ocasión no había ninguno a la vista.

Durante un buen rato estuvo meditando qué hacer. Nunca había cocinado nada, tan solo en una ocasión había hecho una ensalada, así que no sabía qué narices podía prepararse, ni cómo hacerlo. Descartó las verduras; ni idea de cocinarlas, el pescado tampoco y la carne no le apetecía demasiado. Por fin se decantó por los huevos, eso no tenía que ser muy complicado. Sacó un par de ellos de la nevera.

Abrió todos los armarios en busca de una sartén. Encontró un par de ellas,

difícil elección. «¿Con cuál se freirían los huevos?», las miró y las dio la vuelta sin saber por cual decantarse. «Será igual... esta misma servirá», pensó.

Colocó la sartén elegida en el fuego y cuando iba a encender el quemador, Alba entró en la cocina.

—¿Qué haces? —le dijo en su ya característico tono seco.

Esa mujer era todo un enigma para él, siempre seria y de mal humor, pero solo con él. Con el resto de los habitantes de la casa era cariñosa y muy afectuosa. Dean no sabía porque con él era así, siempre había procurado ser simpático y la trataba con respeto.

—Voy a freírme un par de huevos, tengo hambre.

—No se te ocurrirá hacerlo en esa sartén, ¿verdad?

Dean la miró y se encogió de hombros.

—¿Qué tiene de malo?

—Anda, quita. —Le apartó de un empujón—. ¿Es que nunca has frito un huevo?

—No.

—Estos pijos ricos con criados que se lo hacen todo... —Alba murmuró entre dientes, aún a sabiendas de que él podía escucharla perfectamente—. Yo te lo prepararé, espero que estés muy atento porque el próximo lo harás tú solito.

Dean estaba a su lado totalmente atento a todos y cada uno de los movimientos que hacía.

—Lo primero que tienes que saber, es que esta sartén no sirve para freír huevos. —Por más que Dean miraba la sartén no entendía por qué no era la adecuada—. ¿No te das cuenta que es muy grande? —Alba resopló enfadada, le trataba como si fuera un chiquillo torpe.

Rebuscó dentro de un armario y sacó una sartén más pequeña.

—Aquí la tienes. —Se la enseñó y se la puso en las manos—. Ves más pequeña. Aquí no se pegarán.

Se la arrebató con la misma energía con la que se la había colocado sobre sus manos, la puso en el fuego y echó el aceite.

—Tienes que poner bastante, para que cuando pongas el huevo quede cubierto. Luego dejamos que se caliente. —Esperó un rato—. Ahora, mira cómo se rompe un huevo. —Lo hizo con tanta pericia que Dean se quedó asombrado. Con una sola mano y en un rápido movimiento el huevo estaba sobre la sartén.

Con una espumadera lo movió hasta que estuvo bien frito.

—Aquí en España cuando queda así decimos que tiene puntilla. ¿Te gusta así?

—Es perfecto.

—Ahora te toca a ti.

Alba sacó el huevo de la sartén y se retiró para que Dean se pudiese freír el suyo.

Intentó abrirlo como lo había hecho ella, pero tuvo que recurrir a la otra mano porque casi se le cae al suelo. Refunfuño enfadado al ver que al cascarlo en la sartén un trozo de cáscara cayó al aceite.

—¡Oh, qué desastre! —Alba le empujó de nuevo y le apartó. Tomó la espumadera y sacó el trozo de cascara.

Terminó cocinándolo ella también y cuando lo puso sobre el plato junto al otro Dean la miró enfadado.

—¿Por qué eres tan desagradable conmigo?

Alba chasqueó la lengua.

—Si fuese desagradable no te hubiera frito dos huevos.

Dean movió la cabeza. Esa mujer era insufrible.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Desde que llegué me has evitado, no me diriges la palabra y cuando lo haces es para regañarme como a un niño pequeño. No me das oportunidad a conocerte y tú no intentas conocerme a mí.

Alba le miró a los ojos y sin decir nada más tomó el plato en su mano y se dirigió a la mesa de la cocina. Puso el plato sobre ella y sacó un tenedor y un pedazo de pan. Dean la contemplaba sin saber muy bien cómo reaccionar ante su total pasotismo con respecto a lo que le acababa de confesarle.

—Siéntate y come —le ordenó.

En un primer momento dudó, estuvo tentado de marcharse y dejarla allí plantada, pero finalmente decidió obedecerla.

Se sentó frente al plato y tomó el tenedor. Ella se acomodó frente a él. Comenzó a comer sin ni siquiera mirarla.

—Siento haber sido tan antipática contigo.

Según escuchó esas palabras se atragantó y comenzó a toser. Jamás hubiese pensado que Alba se disculparía con él y le había pillado desprevenido.

Alba le palmeó la espalda y él recuperó el aliento.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

Durante un buen rato quedaron sumidos en un incómodo silencio. Ella tenía la mirada perdida pensando en lo que iba a decir y él movía la yema del huevo con el tenedor distraído.

—Mi marido me pegaba. —Menos mal que esta vez no le había pillado con la boca llena, sino se hubiera vuelto a ahogar—. Era un animal y me golpeaba por todo. Ahora me pregunto cómo pude aguantar tantos años.

Dean no quiso interrumpirla y se limitó a mirarla muy atento.

—Cuando conocí a Marta ella se dio cuenta de todo. Aunque exteriormente no tenía señales de los golpes, ella me miró a los ojos y lo supo. No sé como lo hizo.—Se encogió de hombros—. Es como un sexto sentido..., no sé... —Su mirada era triste y a él se le encogió el corazón.

—Lo siento —sonó estúpido, pero no se le ocurrió nada más que decir.

—Ya. —Bajó su mirada y sonrió melancólica—. Mi vida anterior ha hecho de mí una mujer amargada y triste. No me gustan los extraños. Cuando llegaste, yo no quería que tú vivieses con nosotros. Pero Marta tiene un corazón tan grande que no sabe decir que no a nadie.

—Yo no quería molestar...

Ella levantó la mirada con rapidez y negando con la cabeza le dijo:

—Tú no tienes la culpa. Soy yo, tengo que cambiar. Marta me ha ayudado, pero todavía falta mucho para que mis heridas se curen del todo.

Dean la miró y por primera vez admiró su belleza. A pesar de que ella trataba de ocultarla, esta salía por todos los poros de su piel. Su cabello largo, peinado de manera informal y siempre recogido en un moño, su falta total de maquillaje intentaba disimular y ocultar su verdadero atractivo. Siempre vestida de negro y con ropa mucho más grande para disimular sus formas femeninas. Pero ahora lo entendía todo, ahora estaba viéndola como era de verdad.

—Ella me sacó de mi casa, me ayudó a buscar un abogado para divorciarme y me trajo a vivir aquí.

Se retiró el jersey del cuello y le enseñó una cicatriz que tenía bajo la clavícula.

—Él vino a buscarme y me apuñaló justo aquí —Se tocó la cicatriz con el

dedo índice—. Si no llega a ser por Marta me habría matado. Pero ella le asestó un fuerte golpe en la cabeza con una sartén y él cayó al suelo como un fardo de ropa sucia y mal oliente. Ahora está en la cárcel y espero que se pudra allí para toda su vida.

Dean estaba tentado de tomarle la mano entre las suyas, pero no sabía lo que ese contacto podía suponerle. Así que decidió no tocarla por miedo a que ella se asustase.

—Hace mucho que no he vuelto a llorar —dijo pensativa—. Creo que se me terminaron las lágrimas y se me secaron los ojos de todo lo que lo hice durante tantos y tantos años.

Su sonrisa era tan triste que Dean decidió dejar de lado sus miedos y sin darle tiempo a reaccionar le tomó la mano.

Sorprendentemente ella no la retiró, todo lo contrario se aferró con fuerza a ella. Durante unos minutos permanecieron en total silencio.

—Come, se te enfriará —dijo ella.

—Ya no tengo apetito.

Marta entró en la cocina y se quedó paralizada al ver a Dean y a Alba mirándose con ternura a los ojos y agarrados de las manos.

Alba saltó como un resorte al verla entrar, se puso muy colorada y retiró sus manos de entre las de Dean.

Un silencio incómodo se instaló entre los tres. Dean carraspeó inquieto. No sabía qué era lo que a Marta le estaba pasando por la cabeza, pero se lo podía imaginar. Había mal interpretado sus manos cogidas y por la forma en que los miraba no cabía duda.

—Creo que voy... voy a ir a ver qué hace Mario... —. Alba hablaba de forma atropellada, deseaba salir de la cocina inmediatamente. El ambiente estaba tan cargado que casi costaba respirar. No estaban haciendo nada malo, pero la mirada acusadora de Marta le hacía sentir mal.

—Sí, será mejor que vayas con él, te está esperando—. Su tono le confirmó que estaba muy enfadada.

Alba sintió la necesidad de disculparse, de explicar la situación.

—Yo... creo que has mal interpretado...

—No hace falta que me des ninguna explicación —la interrumpió.

Alba bajó la mirada y sin decir nada más salió de la cocina camino de las cuadras.

Cuando se quedaron a solas Marta le lanzó una mirada cargada de reproches.

—Creo que deberías pedirle disculpas a Alba —Dean parecía muy enfadado.

«Pero tendrá cara dura, encima se molesta», pensó Marta.

—¿Cómo?—. Su irritación iba en aumento y su tono de voz lo demostraba.

—Estás equivocándote...

—No quiero hablar del tema. Está muy claro lo que estás haciendo.

Furiosa se encaminó hacia la pila y comenzó a fregar los platos con tanto ímpetu que si continuaba así tendría que ir a Madrid a comprar una vajilla nueva, porque esta iba a terminar hecha añicos.

—No me gusta tu actitud, ni tu forma de comportarte —dijo Marta. Un plato cayó sobre la pila, tomó otro con furia y le pasó el estropajo como si le fuese la vida en ello.

—Pues ayer, cuando estabas sobre ese mueble —le señaló el aparador donde le hizo el amor—, no te molestaba nada “mi forma de comportarme”.— Esa última frase la dijo imitando la voz de mujer y con tanta sorna que Marta le miró con odio.

—¡Lo de ayer fue un error que no volverá a ocurrir nunca más!

—Que yo sepa ya van dos veces que cometes “un error”

—Lo sé, he sido una estúpida, pero no volverá a repetirse jamás.

Para Dean esas palabras fueron como una puñalada clavándose profundamente en su pecho.

—¿Eso es lo que piensas? —Habló despacio y en voz muy baja, se sentía derrotado—. ¿Crees que hacer el amor conmigo ha sido un error?

—Sí y uno muy grande. Mi hermano me habló de ti, pero no le hice caso, pensé que quizás habías cambiado, pero ahora me has demostrado que él tenía razón. —Soltó el estropajo y se dio la vuelta. Los dos quedaron cara a cara.

Dean resopló con fuerza.

—¿Qué narices estás diciendo? —preguntó muy irritado.

Sus ojos brillaban y su mandíbula apretada temblaba de furia.

—Me dijo que eras un mujeriego. Que tuviese cuidado contigo.

—Y ¿por qué narices supones que es cierto?, simplemente me has visto agarrando las manos de tu amiga...

—¡Pero que cara más dura tienes! —Incapaz de quedarse quieta, regresó la vista a los platos y continuó fregando—. Tengo ojos en la cara y he visto como os mirabais. He sido una tonta, he caído en tus redes y ahora te pillo intentándolo con Alba.

—No sabes cómo te estás equivocando —dijo con tristeza. Ya no estaba enfadado, le daba mucha pena que ella pensase así de él. Claro que en cierto modo esa fama de mujeriego se la había ganado con creces y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Mi equivocación fue besarte. Lo lamento —dijo Marta irritada.

—Yo no lo lamento —Bajó la mirada con tristeza—. Siento mucho que pienses así de mí, aunque al fin y al cabo lo merezco, pero que dudes de Alba...

Se dio la vuelta y salió de la cocina dando un fuerte portazo.

Marta no podía contener ya las lágrimas que caían por sus mejillas sin control ninguno.

Hacía años que no había estado con un hombre, no por no tener oportunidades, sino por elección personal y cuando por fin se decide a entregar su cuerpo, al poco tiempo se le encuentra tonteando con su mejor amiga. Los celos le atenazaban el estómago y la necesidad de borrar todos y cada uno de los recuerdos que tenía de lo vivido con Dean era tan fuerte que dolía, y mucho.

Capítulo 12

El secreto de Alba

Alba intentó hablar con Marta y explicarle lo sucedido, pero ella evitaba por todos los medios el tema. Cuando le dijo que entre Dean y ella no había absolutamente nada y que todo había sido un mal entendido, ella se rió de forma irónica y le soltó un: «sí, claro, por supuesto»

Sí esto ocurría con su mejor amiga, con Dean era mucho peor, llevaban más de una semana sin dirigirle la palabra, le rehuía y procuraba no quedarse en ningún momento a solas con él.

Pero lo peor de todo era que a pesar de estar muy dolida y enfadada, no podía dejar de pensar en Dean. Por más que lo intentaba el recuerdo de sus besos y sus caricias se le había grabado a fuego sobre su piel. Le echaba mucho de menos y añoraba sus largas conversaciones en el balancín.

En cuanto a Dean realizaba las tareas que se le había encomendado sin rechistar. Estaba enfadado y si no hubiera sido por la promesa que le había hecho a su hija y a Pedro, se habría marchado de esa casa en el mismo instante en el que Marta le había insultado y no había confiado en él. La reacción de Marta era exagerada e infantil. Parecía celosa y esto era incomprensible en una mujer sensata como Marta. Pero por otro lado no podía reprocharle nada, su fama le precedía fuese por donde fuese. Cuando te ponen una etiqueta es muy complicado desprenderse de ella y a él le estaba costando mucho más porque su prestigio había viajado con él.

Para Alba estaba siendo muy duro, deseaba que su amiga volviese a ser la misma y necesitaba que confiase de nuevo en ella. No entendía que pudiera llegar a pensar que entre ella y Dean pudiese haber algo. Lo malo era que mientras Marta no

quisiera hablar, no podía hacer nada, porque era muy tozuda y nunca atendía a razones.

Como todas las noches Alba se sentó frente al ordenador, suspiró, tendría que tener paciencia con su amiga, según parecía se había enamorado y ¡de qué manera! Estaba segura que tarde o temprano las aguas volverían a su cauce, Marta la escucharía y comprendería que no tenía ningún motivo para sentir celos de ella.

Encendió la pantalla. Desde hacía ya cinco meses era su rutina todos los días y a la misma hora. Para ella era uno de los mejores momentos del día. Era su manera de comunicarse con el resto del mundo.

Antes de separarse de su marido no tenía amistades, él no se lo permitía. La quería solo para él y le molestaba verla charlar con alguien de su entorno. Se fue apartando de todos por temor a las represalias en forma de fuertes palizas que él le daba si la pillaba hablando con alguien.

Cuando por fin se separó tuvo un tiempo de adaptación a su nueva vida, quince años de matrimonio le había marcado demasiado. Aunque deseaba comunicarse con el mundo, hacer amigos y mantener una relación, no se veía capaz. Tenía que sanar muchas de sus heridas que aún sangraban y dolían.

Un día el ordenador llegó a su vida. En un principio lo vio como un trasto inútil que solo servía para quitarle el polvo. Pero Patricia le descubrió que dentro de aquel cacharro había todo un mundo de información. Era una ventana para salir al exterior sin necesidad de tener contacto directo con nadie.

El día que descubrió *Facebook* supo que también podía relacionarse con personas, charlar con ellas y hacer amigos, así que no se lo pensó dos veces y abrió una cuenta. Utilizó su nombre verdadero y una foto en la que casi no se la veía, pero el resto de los datos eran falsos, quería conocer gente pero que nadie supiese mucho de ella. En su estado puso casada, no deseaba que ningún hombre intentara ligar y pensó que poniendo que tenía marido muchos de ellos se frenarían a la hora de buscar intimidad.

Tenía una larga lista de amistades, sobre todo mujeres con sus mismos gustos. Pertenece a un montón de grupos de lectura y charlaba sobre los libros que leían. Se sentía feliz con toda esa gente a la que no conocía, porque ellos le aportaban más cosas de las que había tenido durante los años de su matrimonio. Si alguien la molestaba lo borraba de su lista de amigos y listo, ojala con Juan hubiese podido hacer lo mismo, pero en ese caso tuvo que soportarlo durante quince largos y terribles años.

Estuvo charlando sobre el último libro que había comprado en una pequeña librería de Madrid, con una de sus amigas de los grupos y de pronto saltó un nuevo mensaje privado. Lo esperaba desde hacía rato, estaba nerviosa y deseaba que por fin él se dignara a escribirla. Como había tardado más de lo normal y estaba un

poco enfadada no le respondió de inmediato.

Luis era uno de los pocos chicos con los que chateaba. Él trabajaba para una editorial y era amigo de muchas de las chicas del grupo preferido de Alba. Cuando le mandó una solicitud de amistad, estuvo tentada de rechazarle, al igual que hacía con casi todas las peticiones de otros hombres, pero este era especial, aunque no sabía muy bien el porqué, quizá al ver su foto, su expresión sonriente y feliz, sus ojos profundos y chispeantes, pensó que él la podía aportar esa alegría y vitalidad que a ella le faltaba y que necesitaba casi tanto como el respirar. Desde que se hicieron amigos, hacía ya tres meses, chateaban muy a menudo y su relación se había vuelto muy cordial.

«*Hola, preciosa*», había escrito él.

Se contuvo durante unos minutos en contestarle, pero finalmente lo hizo.

«*Hola, ¿Cómo estás? ¿Qué tal tú día?*»

«*Ahora que tú estás aquí, muy bien*»

Alba sonrió, él siempre le decía cosas bonitas y era tan cariñoso.

De pronto alguien llamó a la puerta de su cuarto.

—¿Puedo pasar? —era la voz de Marta.

Alba apagó el ordenador, no quería que nadie de la casa supiese lo que hacía. Sabía que Marta le regañaría como a una niña. Tendría la típica charla que le echaba a su hija: «no hables con extraños, muchos de los perfiles del *Facebook* son falsos, no sabes quién está detrás, puede ser peligroso».

—Pasa —dijo.

—Hola. ¿Podemos hablar? —Marta había asomado la cabeza a través de la puerta.

—Sí, claro.

Entró tímidamente, desde que la había encontrado con Dean en la cocina apenas habían hablado y se sentía un poco violenta. Se sentó en la cama y carraspeó, intentando que las palabras le saliesen fluidas.

—Quiero saber algo...

—Entre Dean y yo no hay nada, ni nunca habrá nada. —Alba se adelantó a su pregunta.

—Oh..., vaya. —Un fuerte rubor tiñó sus mejillas.

—Le ayudé a prepararse unos huevos y charlamos. No sé porqué necesité contarle lo que me había pasado con Juan y él me tomó las manos para reconfortarme.

—Oh, Dios. Me siento tan estúpida.

—No tenía porque darte ninguna explicación. Me parece mentira que conociéndome no tengas claro que jamás mantendría ningún tipo de relación con un hombre como él.

Marta estaba muy arrepentida de su tonta pataleta de niña.

—Lo siento.

—Lo que más me duele, es que pienses así de mí. Tú eres mi única amiga y te quiero, nunca haría nada que te hiciese daño.

—Lo sé. —Estaba tan avergonzada, que no podía mirarle a los ojos.

—¿Te gusta mucho, verdad?

Marta dio un respingo al escuchar su pregunta. Se quedó pensativa. ¿Le gustaba mucho? «Sí, muchísimo. Tanto que me he acostado con él»

—¿Tanto se me nota? —sonrió con ironía.

—Sí. —Alba puso los ojos en blanco—. ¿Cómo puedes dudarlo después de lo que ha pasado? Llevas casi una semana sin hablarme porque me tomó las manos. ¿No crees que es un indicativo de celos casi enfermizos?

—Lo siento. He sido tan tonta. No quiero sentir nada por él, deseo no pensar en él, pero por más que lo intento no puedo. —Aunque en un primer momento pensó en negar lo evidente, no podía mentirle a su mejor amiga y más después de su forma estúpida de comportarse.

Alba sacudió la cabeza con preocupación.

—Comprendo tu reacción y no te lo tomo en cuenta, eres mi amiga y te quiero.

Las dos se quedaron en silencio, meditando sus palabras.

—Siento tanto haber sido tan tonta. ¿Podrás perdonarme? —Marta rompió el pesado silencio.

—Claro que sí, por mí borrón y cuenta nueva.

Ambas mujeres se abrazaron. Llevaban ya muchos años juntas y se conocían muy bien. No podían estar enfadadas mucho tiempo y esta vez había sido muchos días sin casi hablarse.

—La próxima vez confía en mí —Alba la lanzó una brillante sonrisa.

—Lo prometo.

—Con respecto a Dean, ¿qué piensas hacer?

—No tengo ni idea. Creo que lo mejor será alejarme. Pedro me dijo que era un mujeriego. Yo no puedo tener una relación con un hombre así, tengo una hija y una vida.

—¿Quizá haya cambiado?

Marta sonrió a su amiga y resopló.

—Eso es muy difícil.

—Pero no imposible.

—A demás se marchará pronto a su país y no volveremos a saber de él.

—Sí, eso es cierto.

Se apretaron una contra la otra de nuevo.

—No quiero sentir nada por él pero no puedo evitarlo, cuando le vi contigo yo...

—Lo sé, sentiste celos.

—Sí. —Bajó la cabeza avergonzada.

—En fin —dijo Marta soltando un fuerte suspiro—. Creo que lo mejor será olvidarlo y seguir con mi vida.

Alba le sonrió y pensó que eso era muy fácil de decir pero muy difícil de hacer. Sentía mucha lástima por su amiga, no quería que sufriera y por lo que parecía le iba a tocar llorar y mucho.

Marta se levantó de la cama y después de darle un tierno beso a su amiga, la dejó sola.

Cuando Alba encendió de nuevo el ordenador vio que tenía varios mensajes de Luis.

«*Hola*».

«*¿Alba?*»

«*¿Dónde te has metido?*»

No estaba acostumbrado a esperar tanto tiempo a que ella le contestase.

«*Perdona, estaba hablando con mi marido*», mintió ella.

Durante un buen rato no recibió contestación.

«*No me hables de él*», apareció escrito.

«¿Por qué?»

De nuevo una larga pausa.

«Porque me hace sentir incómodo. Me gustaría que no estuvieses casada».

Alba sonrió, estaba celoso y eso le hacía sentir mariposas revoloteando en su estómago.

No sabía qué era lo que le ocurría con ese hombre. No le conocía de nada, no sabía como era su voz, que sentiría al mirarse en sus ojos, como sería su aroma, si movía las manos al hablar o si su risa sonaba fuerte, pero a pesar de todo no podía remediar sentirse atraída por él.

«Pues lo estoy. Es lo que hay», contestó ella.

Otro rato de espera.

«Lo siento, no me regañes», escribió él.

«No lo hago».

Era un tira y afloja, por un lado Alba no deseaba que aquella relación fuese a más y por otro tenía ganas de decirle la verdad, que no estaba casada y que deseaba conocerle. Pero eso último no podía pasar, se conformaría con esos ratos que compartían llenos de sentimientos y de palabras bonitas. Jamás se había sentido tan bien, nunca nadie le había dicho tantas cosas dulces.

«Si no estuvieses casada intentaría algo contigo».

Esta vez el silencio fue por parte de ella.

«Soy mucho más mayor que tú. Deberías de fijarte en alguien de tu edad».

«Eso a mí no me importa. Me gustas tú. ¿Te conoceré algún día?».

Esa era una pregunta que temía contestar.

«No lo sé, quizá».

Pero dentro de ella sabía que eso no ocurriría nunca.

Capítulo 13

La caída

Era una mañana radiante de sábado, Dean y Patricia montaban a caballo. Mientras que la relación con la madre se había hecho más tensa y complicada, con la hija cada día era más cordial.

El cielo, que había amanecido totalmente despejado, comenzó a nublarse y unas nubes negras amenazaron lluvia. Se avecinaba una tormenta y los caballos que lo notaban empezaron a ponerse nerviosos y a Dean, que no era tan experto jinete como Patricia, le estaba costando dominar al suyo.

Trotaban por el prado, Dean se sentía tan libre que azuzó al caballo y comenzó a galopar.

— ¡Dean, no corras! —le gritaba la niña asustada, sabía que no era el momento, los truenos asustaban a los caballos y resultaba peligroso para un jinete sin experiencia como Dean.

— ¡No te preocupes! —le contestó. Llevaba mucho tiempo sintiéndose ahogado. Al notar como el aire fresco le golpeaba la cara, entraba en sus pulmones y le hacía respirar de manera agitada, mientras sus ojos lagrimeaban por la velocidad y el viento, se sintió vivo, feliz y libre. Sonreía dichoso. Un trueno resonó a corta distancia y el caballo comenzó a moverse nervioso, Dean se inquietó e intentó tranquilizarle. A duras penas logró frenarle, se estaba descontrolando y sintió miedo. El animal cabeceó con brusquedad, coceó y Dean cayó al suelo.

Patricia le había dicho muchas veces que siempre llevara en el estribo solo la punta del pie, porque si caía y lo llevaba metido entero dentro, el caballo le arrastraría. Ese día aprendió la lección de la manera más dura; experimentándola en sus

propias carnes, pues no había obedecido los consejos de la niña y al caer el caballo le arrastró por el suelo mojado.

Lo primero que sintió fue un impacto fuerte y seco que le dejó sin aliento y después la sensación de sentirse arrastrado por los charcos, mientras se golpeaba con las piedras que encontraba en el camino. Luchó por soltarse y lo consiguió pero después de haber recorrido unos cuantos metros.

—¡Dean, Dean! —gritaba Patricia asustada.

El americano se levantó soltando todo tipo de improperios que Patricia no pudo llegar a entender gracias a la diferencia del idioma que existía entre ellos.

—¡Dean, ¿estás bien?!

—Sí, sí, tranquila. —Se levantó del suelo y con la mano se sacudió el agua que le resbalaba por la cara. Había comenzado a llover copiosamente y entre el recorrido a través de los charcos y el agua que caía del cielo, Dean estaba calado.

—¡Te he dicho mil veces que siempre solo pongas la punta del pie en el estribo! —Le reprendió Patricia—. ¡Podías haberte matado! Menos mal que *Cariñoso* no iba muy rápido...

—Está bien..., lo siento.

—¡Claro que lo sientes! ¡Cómo no lo ibas a sentir! —le miró furiosa—. La próxima vez que te diga que hagas algo espero que obedezcas. —Le hablaba como si ella fuera la adulta y él el niño. Dean sonrió, la adoraba.

—Tienes toda la razón y prometo que no volverá a ocurrir.

Patricia se bajó del caballo y caminó hacia él.

—¿Puedes ir andando hasta casa? Tengo que ir a por tu caballo —dijo con tono de reproche. *Cariñoso* se había asustado con un trueno y se había alejado de donde ellos estaban—. Iré en su busca.

—No te preocupes, estamos cerca de casa.

—Espero que no hagas ninguna otra tontería.

—No, maestra —dijo Dean entre risas.

La niña le miró, le hizo un gesto señalándose los ojos con dos dedos y después señalándole a él.

—Te estaré vigilando.

Y salió disparada en busca de *Cariñoso*.

Dean caminó rápido hacia la casa, se reprendía así mismo con dureza por

haber sido tan idiota. El agua le escurría por la barbilla. Su ropa estaba pegada a su cuerpo y los *jeans* empapados le pesaban. Sus botas llenas de barro y agua le impedían caminar todo lo deprisa que le hubiese gustado.

Se había arañado todo el brazo y la sangre se mezclaba con el agua resbalándole por la mano. Su camiseta estaba rota y el hombro le escocía horrores. Se tocó la cara y soltó un siseo de dolor, también estaba arañada y sangrante. La pernera derecha de sus pantalones se había roto y el muslo asomaba, tenía la carne también llena de arañazos.

Cuando llegó a la casa subió las escaleras hasta el baño. Se miró al espejo y vio que tenía la mejilla llena de rasguños, alguno de ellos profundos. Estaba hecho un auténtico desastre.

Se quitó la camiseta, la hizo un ovillo con las manos y la lanzó furioso al suelo. Tomó una toalla y con ella se secó el pelo y el torso.

Cuando Marta entró en casa se encontró un camino de agua y barro desde la entrada. Lo siguió hasta las escaleras y le condujo hasta el cuarto de baño, donde Dean estaba medio desnudo intentando limpiarse la sangre de la cara.

—Se puede saber... ¿qué narices...?

Dean se volvió al escuchar la voz de Marta. Ella estaba preciosa, con su larga trenza apoyada en su hombro y sus ojos abiertos como platos mirándole.

—Me caí del caballo.

—¡Oh!, ¿estás bien? —Preocupada corrió a su lado y le tomó la cara con sus manos. Se la movió de un lado a otro sopesando todos los daños—. ¡Estás hecho una calamidad! ¡Siéntate! —le gritó enfadada, señalando el inodoro.

El obedeció sin rechistar.

—Tienes el mismo genio que tu hija. —Dean no estaba enfadado ni ofendido, todo lo contrario tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Me gustan las mujeres con carácter.

—¡Deja de decir tonterías! —le reprendió ella, pero no pudo reprimir una sonrisa.

Marta abrió un armarito, sacó *Betadine* y gasas esterilizadas.

—Esto te dolerá un poco.

Impregnó una gasa con el líquido desinfectante y con mucha delicadeza se la pasó por las heridas de la cara.

—Creía que no pensabas volver a hablarme —dijo él recordándole su

enfado.

—Bueno... —Marta se puso colorada—. Estuve hablando con Alba, ella me contó... —Quedó en total silencio, se sentía tan avergonzada. Se había comportado como una quinceañera enamorada y celosa.

—¿Y? —Dean no se lo iba a poner fácil.

—Y... yo. ¿Cómo narices te has caído del caballo? —Quiso cambiar de tema, aunque se sentía mal era muy orgullosa y le costaba mucho pedir perdón.

—Buena maniobra para entretenerme y cambiar de tema, pero no te va a servir de nada. Estabas intentando disculparte conmigo por lo mal que te habías portado e ibas a decirme cuánto sentías haber supuesto cosas que no eran y haberme juzgado.

—Ya lo has dicho todo tú.

—No, de eso nada. Quiero escuchártelo decir.

Marta apretó con fuerza la gasa contra su mejilla y él protestó de dolor.

— ¡Eh, lo has hecho a propósito!

—No, de verdad que ha sido sin querer. —Le miró con total inocencia, pero él sabía que era toda fachada.

—Dímelo.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo sabes perfectamente.

Claro que lo sabía, Dean merecía una disculpa y aunque le costara su orgullo ella se la daría.

—Lo siento —dijo en voz muy baja y casi entre dientes.

—¿Cómo? —Él se hizo el sordo y para dar más énfasis a su sordera, se puso la mano en la oreja.

—No lo repetiré más veces. Lo siento mucho. ¿Ya estás contento?

—Sí, mucho.— Su sonrisa iluminó el cuarto.

—Creo que ya está. —Marta había curado todas sus heridas con el desinfectante.

Dean se levantó del inodoro, puso sus manos a ambos lados del lavabo y la acorraló contra él.

—Tengo tantas ganas de besarte... —le dijo y acercó sus labios a los de

ella.

—Creo que no deberíamos... —Por más que intentaba retirarse de sus brazos, algo le impedía moverse y ese algo era la necesidad que a ella también le estaba volviendo loca.

—Creo que sí deberíamos. —Bajó su boca y la besó.

Toda la resistencia que ella ponía, se vino abajo en cuanto sus labios se posaron sobre los suyos. Sin poder remediarlo sus manos se entrelazaron entre el cabello de él y lo acarició con suavidad, tiró de su cabeza para que sus bocas se acercaran más. Un fuerte suspiro salió de su interior. Le deseaba tanto que la pasión pudo con la razón y se entregó a sus labios sin pensar en las consecuencias. Hizo lo que se había prometido no hacer nunca más, le besó.

Dean recorrió su labio inferior con la lengua saboreando y deleitándose. Lo tomó entre sus dientes con suavidad, tiró de él y un jadeo salió de la garganta de Marta. Cuando sus lenguas se encontraron después de jugar con su boca, Marta pensó que se iba a derretir como un hielo, él besaba tan bien, sabía tan bien.

Apretó su erección con fuerza sobre Marta. Ella lo notó duro y eso fue el desencadenante de todo lo que ocurrió después y que ninguno de los dos pudo evitar. No pensaron en las consecuencias, ni tampoco en que no estaban solos en la casa y que en cualquier momento podían llamar a la puerta del servicio pero, por suerte, en un momento de cordura, Dean la había cerrado con pestillo. Marta bendijo su reacción ya que ella estaba tan cegada por la pasión que ni siquiera había pensado en ello.

Sus pequeñas manos buscaron la cremallera del pantalón de él, deseaba introducirlas dentro de su bragueta y después de varios intentos consiguió su premio. Sonrió dichosa y con premura recorrió con sus dedos su pene que al sentir el contacto se irguió más aún. Los gemidos profundos de él la excitaban y la animaban a continuar con sus caricias, así como la pequeña gota traviesa que resbalaba por su glande.

Los ojos de Dean permanecían cerrados y su expresión era de auténtico placer, estaba al borde de su resistencia. Ella movía su mano de arriba abajo, recreándose en su tacto suave y presionando para obtener mayor fricción, mientras que con la otra mano se agarraba fuertemente a su cadera. Dean seguía sus movimientos ayudándola, elevando su pelvis para lograr mayor velocidad y contacto.

Desde que la había probado en el suelo del salón y en la cocina, sonrió con ironía al pensar que nunca lo habían hecho en un lugar normal como una cama, su mente no paraba de imaginarse todas las formas y maneras en las que le gustaría poseerla. Esas imágenes se colaron en su mente logrando colocarle al borde del clímax. «No, no, ahora no», se dijo una y otra vez al sentir como el orgasmo se habría paso, fuerte e intenso.

Con un rápido movimiento la obligó a separar su mano de su erección bajo las fuertes protestas de ella que no paraba de retorcerse e intentar recuperar su premio. Fue duro para él que deseaba de nuevo sus caricias, pero lo que le esperaba iba a ser tan placentero, que se resistió a ceder a sus súplicas y la giró frente al espejo del lavabo. Marta miró la imagen reflejada de los dos. Dean la miraba con tanta pasión como si fuera a arder de un momento a otro. Sus ojos brillaban y su boca tomaba bocanadas con las que conseguía introducir algo de aire en sus pulmones, su pecho subía y bajaba a un ritmo desenfrenado. Posó sus ojos sobre su propia imagen y lo que vio le encantó, jamás se había visto tan bella.

Él recorría con sus manos sus piernas bajo su falda, acariciaba sus muslos tanto por dentro como por fuera. Le besó el cuello mientras sus miradas frente al espejo estaban conectadas. Tiró de sus braguitas y se las bajó, con un movimiento tan erótico y sensual que Marta se notó empapada, dispuesta a recibirle en su interior. Por fin ningún obstáculo se interponía entre la piel tierna y caliente de ella y la mano de él, ahora era Dean quién disfrutaba de su premio acariciándola sin control. Introdujo un dedo dentro de ella y al sentirla tan mojada y preparada para él, su autocontrol se vino abajo.

Sin darle tiempo a reaccionar Dean bajó su pantalón hasta las rodillas y con una fuerte embestida se introdujo en su interior. Marta estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa por el fuerte azote de placer que le recorrió el cuerpo, pero él colocó su mano sobre su boca para callarla.

Cuando comenzó a moverse ella le acompañó y ayudó recostándose con fuerza contra su cuerpo. Una mano de él continuaba apretando su boca para silenciar los gemidos y pequeños gritos que deseaban salir. Con su otra mano comenzó un lento y acompasado movimiento con sus ágiles dedos sobre su palpitante clítoris.

El orgasmo le llegó con fuerza y le mordió la mano; era la única manera de reprimir un fuerte grito que alertaría a toda la casa.

—Bien... bien —sentenció él, ya podía dejarse ir y así lo hizo.

Posó su boca en el cuello de ella para acallar sus propios gemidos y se lanzó de cabeza a su clímax.

Esta vez no se sintieron avergonzados, esta vez cuando terminó la pasión no hubo lugar para la timidez. Dean salió de su interior, la giró para enfrentar su mirada y la besó.

—Nunca más vuelvas a huir de mí —le dijo como si fuese una orden que ella tenía que acatar.

Marta se abrazó con fuerza a su firme cuerpo y reposó la cabeza sobre su

pecho. Se sentía plena, feliz, en paz. Podría estar abrazada a él toda la vida. Pero de repente se separó alarmada.

— ¡No usamos preservativo!

Dean palideció, nunca le había sucedido. Desde que dejó embarazada a la madre de Mia, se había prometido que jamás, bajo ningún concepto, volvería a tener relaciones sin un preservativo y ahora, sin saber el porqué, había cometido la imprudencia de nuevo.

Apoyó su frente sobre la de ella y suspiró con fuerza.

— Crees... crees que... —Las aletas de su nariz se movían al compás de su respiración. Marta comenzó a hacer cuentas. «Dios, ¿cuándo narices fue mi última regla?», no podía recordarlo. Antes de que esto ocurriese no prestaba atención a sus ciclos menstruales.

En ese momento llamaron a la puerta del servicio.

— ¿Mamá?... ¿Dean?... ¿Estáis ahí?

Los dos pegaron un bote y comenzaron a vestirse a toda velocidad. Dean recogió del suelo las braguitas de Marta y se las guardó en el bolsillo del pantalón, y le lanzó una sonrisa cargada de picardía.

Se miraron el uno al otro para cerciorarse que todo estaba correcto. Marta le colocó el pelo alborotado, se alisó la falda y abrió la puerta del baño.

Una radiante sonrisa iluminó la boca de ambos adultos que esperaban que la niña no reparase en lo que acabada de suceder en el baño.

Patricia se había cambiado de ropa y ya estaba totalmente seca.

— ¿Por qué me miráis los dos así? —preguntó sorprendida por la radiante sonrisa que iluminaba la boca de los dos.

— ¿Así cómo? —interrogó Dean nervioso e intentando disimular.

— Con cara de tontos —le miró de arriba a abajo. No llevaba camiseta y estaba cubierto de Betadine.

Los dos se miraron entre ellos y se pusieron colorados.

— Bueno... yo ya me voy —dijo Dean después de carraspear—. Tengo que ponerme algo encima. —Soltó una risa nerviosa—. Muchas gracias por ayudarme a curarme los arañazos. —Miró a Marta y salió corriendo hacia su cuarto con tanta rapidez que tropezó y casi cayó de boca.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó la niña con total inocencia.

—No sé... ¿Te apetece un helado de chocolate? —La niña asintió con la cabeza. Marta tomó a su hija de la mano y juntas bajaron las escaleras.

Capítulo 14

Lo que nunca haré

(Alba)

Estaba muy nerviosa. Le sudaban las manos y más de una vez las había secado en una servilleta de papel.

Para esa ocasión había prescindido de su sosa y aburrida ropa negra. Después de tirarse casi una hora delante de su armario, había decidido pedirle a Marta algo prestado. Por supuesto no le dijo que tenía una cita y menos con un hombre al que había conocido por internet, a Marta le hubiese dado un ataque.

Finalmente se había decidido por un bonito vestido rosa de tirantes con pequeñas flores estampadas. Era lo más llamativo que se había puesto nunca, Juan nunca la hubiese dejado vestirse con nada igual, decía que no quería que fuese provocando.

Nunca se maquillaba, pero para la ocasión se dio un poco de brillo en los labios.

Había llegado con mucho tiempo, eso le daría la opción a marcharse si decidía no continuar con esa locura.

«Dios, tienes cuarenta años, ¿qué haces aquí esperando a un chico de

veinticinco?», pensó. La idea de levantarse y marcharse estaba taladrándole la cabeza y más de una vez se puso de pie, pero luego volvía a sentarse y a esperar.

Cuando le vio entrar por la puerta de la cafetería el corazón se le paró por unos instantes. No sabía muy bien como era físicamente, pero dentro de ella sintió que ese chico alto y delgado que caminaba muy sonriente era con el que había estado charlando noche tras noche durante tres largos meses.

No era lo que se dice un adonis; pero tenía unos bonitos y enormes ojos, una alegre sonrisa y lo más importante de todo un gran corazón.

Caminó hacia la mesa y Alba sintió como una gota de sudor le recorría la espalda. Se le veía tan joven y ella se sentía tan mayor.

—Hola, Alba. —Ella se levantó y se dieron la mano. Ese primer contacto fue lo más excitante que había sentido nunca. Con un simple roce de sus manos él la había dado más que su marido en todos los años de su matrimonio.

—Hola —dijo tímida.

Rompió el contacto tanto de sus manos como de sus ojos y se sentó de nuevo en la silla.

—Tenía muchas ganas de conocerte. No sabes cuántas veces soñé con este momento.

Alba sintió que se iba a derretir, jamás un hombre le había dicho cosas tan bonitas.

La camarera se acercó a ellos y les tomó nota. Ella pidió un té con limón y él un café solo.

—Eres mucho más bonita de lo que muestran tus fotos. —No es que Alba tuviese muchas, pero había subido alguna que otra a la red.

—Gracias.

Se mostraba tímida, hacía tanto que no tenía una cita.

«¡Una cita!, ¡Oh, Dios mío!», hasta ese momento no lo había pensado.

Él la intimidaba con su forma de mirarla, se sentía un poco incómoda y deseó marcharse y refugiarse en su habitación. Entonces ocurrió algo increíble, de lo que solo pasa en las películas románticas y en las novelas de amor que a ella tanto le gustaban. Luis volvió a tomar sus manos entre las de él y Alba se sintió reconfortada. Un calor agradable le recorrió todo su cuerpo. Era esa sensación que se tiene, cuando después de un largo periodo fuera de tu hogar, regresas, te sientas en tu cómodo sofá y cierras los ojos suspirando, mientras te dices: «por fin en casa»

—Me encanta tu sonrisa —le dijo él.

Hacía mucho que deseaba tenerla frente a él, tomar sus manos, sentir su aroma y disfrutar de su risa.

—¿Te imaginabas que fuera así? —preguntó Luis.

—Ha sido mucho mejor de lo que soñaba. Yo también tenía ganas de conocerte. —Bajó la mirada con timidez, esas palabras en sus labios se le antojaban extrañas. Esa confesión era lo más cercano a una relación con un hombre que había tenido en años.

—Tengo muchas ganas de probar tus labios.

Alba se sonrojó, a ella le ocurría lo mismo, deseaba besarle pero eso no ocurriría jamás. Soltó sus manos de las de él, no podía continuar manteniendo ese contacto. Para disimular tomó su taza y dio un sorbo largo.

—¿Qué tal tu trabajo?

Luis sabía que estaba intentando llevar la conversación a un terreno menos personal y más cómodo para ella.

—Muy bien. Tenemos nuevas adquisiciones, seguro que te gustarán.

—Ah sí, qué bien. ¿Y cuándo saldrán publicadas?

—Mira Alba, no me apetece charlar del trabajo. Creo que entre tú y yo hay algo especial y necesito saber lo que piensas tú. No intentes volverme loco.

Alba se movió inquieta en su silla. Tenía razón, iba siendo hora de enseñar las cartas y ponerlas sobre la mesa.

—Entre tú y yo nunca podrá haber nada —soltó de golpe.

Luis pasó sus manos por el cabello, en un movimiento nervioso e intentando contenerse.

—Eso no es cierto y tú lo sabes.

Alba se levantó tirando la silla al suelo en su prisa por huir de una situación a la que ella había accedido, pero de la que se arrepentía. Su cabeza le decía que corriese veloz lejos de ese hombre, pero su corazón latía fuerte cuando él la miraba.

Echó a andar hacia la salida, pero él le sujetó la mano y con un leve tirón la acercó a su cuerpo. Ahora estaban uno frente al otro sin tocarse.

—No puedes salir corriendo.

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

Ella levantó la mirada para encontrarse con unos ojos cargados de dolor y de necesidad por besar sus labios, necesidad que ambos compartían y que al estar tan cerca el uno del otro se hacía mucho más insoportable.

—Voy a besarte y tú no te vas a mover.

Sonó como lo que él pretendía que fuera, una orden. Alba estaba tan asombrada que se quedó sin palabras y totalmente paralizada.

«Me va a besar», pensó.

Sus labios se acercaron a los de ella y con mucha sutileza se posaron sobre ellos con un leve y tierno contacto, tan excitante que logró que los dedos de los pies de Alba se doblaran hacia atrás dentro de sus sandalias de tacón. Sintió como si una descarga eléctrica le recorriese el cuerpo y abrió los ojos tan sorprendida que él no pudo más que sonreír.

—¿lo has sentido tú también? —preguntó Luis—. ¡Ha sido mágico!

Y eso solo con un leve contacto, si se diesen un beso en condiciones, de esos que durante un breve periodo de tiempo te dejan sin respiración, podrían llegar a la combustión espontánea.

Capítulo 15

¿Me esperarás?

Marta sonreía satisfecha, desde que Dean había llegado a su hogar las deudas habían disminuido. El dinero que aportaba estaba suponiendo un fuerte impulso para la economía domestica, pero no era solamente el dinero lo que ella deseaba de Dean, sus encuentros privados también eran un gran aliciente. Suspiró al recordar lo ocurrido en el baño y un fuerte calor se apoderó de todo su cuerpo. Ese hombre era todo un experto en las artes amatorias.

Se abanicó con las facturas que tenía en la mano cuando la imagen de sus ojos mirándola de forma lasciva en el espejo le vino a la memoria, con tanta claridad que podía sentir de nuevo sus besos húmedos y excitantes sobre su cuello y como sus manos recorrían sus piernas bajo su falda.

Dean entró en el salón y se la encontró sentada frente a la mesa con un montón de papeles esparcidos por la superficie de madera, de tal manera que casi había quedado cubierta.

Sonrió al ver la expresión de su cara. Tenía los ojos apretados y sus labios entreabiertos. Su pecho subía y bajaba al respirar de manera casi jadeante. Con lo que parecía unas facturas se daba aire a gran velocidad, por lo que su cabello flotaba ondeando alrededor de su cara. Se quedó extasiado, perdido en su belleza y muy quieto para que ella no supiese que la estaba observando.

Caminó despacio hacia ella y en silencio. Cuando llegó a su lado se colocó detrás, se acercó a su oído y con voz ronca y sensual le dijo:

—Te daré todo lo que poseo a cambio de tus pensamientos.

Marta se sobresaltó, pero al sentir unos labios calientes y suaves sobre su cuello volvió a cerrar los ojos y se dispuso a disfrutar de todo lo que hasta ese momento había estado soñando despierta.

—Dime, ¿estabas pensando en mí? —susurró en su oído.

—Sí —respondieron sus labios sin que nadie les hubiese dado permiso.

—Bien... bien.

Su boca continuó lamiendo y besando su clavícula mientras con sus manos acariciaba sus pechos. Marta se recostó contra el pecho de él y subió sus brazos para acariciarle el cabello.

—Me gusta... sí, me encanta —le decía él una y otra vez con esa voz grave que a ella conseguía excitarla aún más.

De pronto Marta recuperó la cordura, en un instante sintió pánico, ¿qué ocurriría si alguien entrase en el salón en esos momentos y les pillase?

—¡Para! —gritó, soltándose de su agarre y levantándose de la silla—. No podemos hacer esto de nuevo.

—¿Qué te pasa?

—Debemos de tener cuidado, alguien puede vernos.

—Tienes razón, lo siento. Pero no sé qué narices me pasa contigo, no puedo apartar las manos de ti.

Marta sonrió satisfecha. Se acercó insinuante, rodeó su cuello con sus brazos y le besó.

—Si continúas así me importará todo una mierda —le dijo separándola de su cuerpo.

Dean se sentó de nuevo y con un gesto de la mano le pidió a ella que tomara asiento.

—Creo que tenemos que hablar —dijo Dean, necesitaba saber a donde les conducía todo lo que estaba ocurriendo entre ellos.

—Si así lo quieres, hablemos.

—He estado pensando mucho sobre todo lo que ha sucedido entre nosotros. No sé... no tengo ni idea hacia donde se encamina nuestra relación y tampoco sé lo que va a pasar en un futuro, pero sé que desde que llegaste a mi vida todo ha cambiado. No dejo de pensar en ti —bajó la mirada, la última vez que había hablado

con una mujer así, de sus sentimientos, tenía dieciséis años y era su primer amor.

—Tengo miedo. —Marta comenzó a sentir sus ojos húmedos. No quería llorar por nada del mundo, no deseaba mostrarse débil ante él, así que con mucho esfuerzo tragó saliva y obligó a sus ojos a retener las lágrimas que asomaban.

—¿Miedo?, ¿miedo de mí?

—Oh, no... no, no quise decir eso. Tengo miedo a lo que pasará dentro unos días, cuando te vayas y nos dejes. Yo tampoco dejo de pensar en ti, pero tengo obligaciones, no puedo lanzarme de cabeza hacia una relación que tiene los días contados. No puedo hacerle pasar a Patricia por algo así una vez más.

—Sabes que tengo que irme.

—Lo sé. —Sintió un dolor lacerante que le oprimía el corazón

—Pero cuando termine la temporada, yo puedo... puedo volver..., si tú quieres... Podremos retomar lo nuestro. ¿Me esperarás?

En ese momento sonó el teléfono móvil de Dean. Se movió nervioso, en ese preciso instante lo que más deseaba era que ella respondiese afirmativamente a su pregunta, que en cuanto terminara con todos los partidos y regresase a buscarla ella estuviese esperándole con los brazos abiertos. El teléfono no dejaba de sonar pero su mirada estaba totalmente centrada en los ojos de Marta, nada le importaba más que su respuesta.

Marta se sintió, por una parte, aliviada por la interrupción, la conversación estaba alcanzando un nivel comprometido y ella quería pensar la respuesta que debía de darle a esa pregunta. Comprometerse con Dean suponía largos periodos de tiempo separados, a miles de kilómetros el uno del otro. Tenía que pensar en su hija. Cerró los ojos y escuchó como su corazón le gritaba: «sí, sí, di que sí»

—¿No tienes nada que decirme?

—Contesta —le dijo ella señalando el bolsillo donde llevaba su móvil.

Suspiró con tristeza y descolgó. Mantuvo una conversación que ella no entendió, pues habló en inglés. Parecía estar hablando con alguien a quién quería, no dejaba de sonreír y su tono expresaba felicidad y alegría.

Cuando colgó, ella le miró expectante.

—Era mi hija, está en el aeropuerto esperando que vayamos a buscarla.

Marta sabía que Mia iba a pasar unos días con su padre y la esperaban de un momento a otro, pero no tan pronto.

Capítulo 16

Mia está en casa

Estaba sentada en la cafetería del aeropuerto ojeando una revista.

—¿Qué desea tomar? —preguntó el camarero.

Mia dio gracias al profesor de español impuesto por Pedro, recordó las veces que se había quejado a su padre:

«Comprendo que te obligue a ti a aprender su idioma, pero ¿por qué tengo que hacerlo yo también?»

«Es bueno saber de todo y quizá algún día te venga bien».

Por aquel entonces había renegado hasta la saciedad, pero al final, como solía ocurrir, su padre tenía razón y sus clases de español iban a dar sus frutos.

—Una *coca-cola*, gracias.

Miró de nuevo el reloj del móvil, su padre le había dicho que tardaría como media hora en llegar al aeropuerto.

En un principio la regañó por no avisarle antes, así no hubiese tenido que esperar, pero cuando ella le contó que había podido adelantar el viaje porque tenía todas sus asignaturas aprobadas con muy buenas notas, el tono de Dean cambió de enfadado a muy contento y orgulloso.

El camarero le trajo su bebida y le dio un largo sorbo. Estaba muy nerviosa, hacía ya dos meses que no veía a su padre y estaba deseando abrazarlo.

—¡Mia! —escuchó la voz de su padre llamándola y al verle aparecer por la puerta de la cafetería se le llenaron los ojos de lágrimas.

Corrió con desesperación hacia sus brazos, dejando la maleta e incluso su bolso olvidado en el suelo.

—¡Papá! —se arrojó a sus brazos y ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

Marta miraba la escena como espectadora, escuchaba a Dean decirle palabras cariñosas y dulces, al menos eso suponía pues no entendía nada de inglés y sin poder contenerse lloró de emoción.

Dean tomó la pequeña cara de su hija entre sus fuertes manos, apartó su melena y la miró orgulloso. Le besó cariñoso la punta de la nariz y Mia sonrió feliz, esa era la manera en la que su padre la besaba siempre de niña. Enjugó sus lágrimas y la atrajo de nuevo a sus brazos.

—Ven te voy a presentar a Marta —la tomó de la mano y la llevó hasta donde Marta esperaba embobada mirándolos.

Mia era una preciosidad, tenía los ojos de un intenso verde oliva igual que los de su padre. Su cabello también era del mismo rubio, lo llevaba largo y suelto. Se le formaban unas bonitas ondas que ella retiraba de su cara con una diadema fina adornada con unas pequeñas flores secas.

—Hola —le dijo a Marta con una pronunciación estupenda, no como la de su padre, pero se veía que tenía soltura con el idioma.

—Hola —contestó Marta muy sonriente.

Se dieron dos besos en las mejillas y un pequeño abrazo.

—Muchas gracias por cuidar a mi padre y por permitirme pasar unos días en tu casa.

—No me las des, estoy encantada de tenerte aquí y en cuanto a tu padre, está siendo de mucha ayuda.

—¿Nos vamos a casa? —les preguntó Dean.

Dean tomó su maleta y con la otra mano se agarró fuerte a la cintura de su hija. Los tres salieron del aeropuerto camino del que por un tiempo sería su hogar.

Toda la familia esperaba la llegada de Mia, en concreto Patricia que si estaba encantada con Dean, ahora con su hija estaba del todo entusiasmada.

—¡Ya llegan! —Daba palmadas y giraba sobre sí misma. A cualquiera que la estuviese mirando le causaría un mareo de primera.

—S-sí que e-emoción —dijo Mario con total desgana. Ya era suficiente con aguantar a ese americano, como para tener que soportar también a su hija. Seguro que

era una niña mal criada, de esas que le miraban por encima del hombro y se metían con él por su defecto. Pensó que lo mejor sería mantener la boca cerrada, para no darle pie a bromas y sañas.

—Deja ya de dar vueltas, nos vas a marear. —Alba sonrió a la niña, la sujetó para hacerla parar y tomándola de la mano salieron a esperar a la puerta.

Desde que Alba le había contado su triste historia a Dean, su relación se había vuelto mucho más cordial y el americano le caía bastante bien.

Mario las acompañó pero sin ninguna gana, menos mal que la chica tan solo estaría unos días, después ambos se marcharían y él regresaría a su rutina de siempre, sin nadie que se metiese en su trabajo e intentara ayudar suponiendo más una carga que otra cosa. Pero por dentro Mario sabía que estaba siendo injusto con Dean, trabajaba duro y sin él hubiese tardado el doble en hacer alguna de las tareas, pero esto jamás lo reconocería en voz alta.

Cuando la furgoneta aparcó, Patricia ya no pudo contenerse más se soltó de la mano de Alba y corrió como una loca al encuentro de la recién llegada.

Mia se bajó y se quedó mirando a las tres personas que estaban paradas frente a la entrada de la casa. La mujer la miraba sonriente, era una preciosa morena vestida con unos sencillos pantalones vaqueros y una camiseta amplia de color blanco. La niña corrió hacia ella y para su sorpresa se abrazó a su cintura.

—¡Vaya que bienvenida más estupenda! —exclamó correspondiendo a su abrazo con un sonoro beso en las redondas y sonrosadas mejillas de Patricia.

Alejado de ellas, casi en la puerta de entrada de la casa, estaba un muchacho. Su pelo largo hasta los hombros se veía brillante y mojado, como si hubiese salido hacía poco de la ducha. Tenía las manos metidas en los bolsillos del vaquero negro. Su camiseta sin mangas mostraba unos fuertes brazos tostados por el sol. Debía tener casi su edad y Mia se le quedó mirando, esperaba que él hiciese algún ademán de acercarse, pero no se movió, se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—Te presento a Alba —dijo su padre, consiguiendo recuperar su atención.

—Bienvenida. —Alba le dio dos besos.

—Esta jovencita que se aferra a tus piernas con fuerza —dijo Marta intentando separar a la niña, tirando de su mano—, es mi hija Patricia. Y él —señaló en dirección al muchacho—, es Mario.

El único movimiento que hizo fue un leve gesto con la cabeza mientras levantaba su mano derecha y la movía en señal de saludo.

—Hola —le dijo ella con una brillante sonrisa.

Mario se había quedado sin palabras. Quién le iba a decir que la hija del americano era una preciosidad rubia, con unos enormes ojos verdes y un cuerpo de infarto. Llevaba unos pantalones cortos que dejaban al descubierto sus largas y perfectamente torneadas piernas. Una camiseta de tirantes rosa y unas sandalias sin nada de tacón. Era muy alta, casi tanto como él.

Todos entraron en la casa después de las presentaciones y Dean le mostró cual iba a ser su habitación los próximos días.

Todos comprendieron que padre e hija necesitaban pasar un tiempo solos para ponerse al día, todos menos Patricia, que se ofreció a ayudar a Mia a deshacer sus maletas. Se metió en la habitación y su madre la tuvo que sacar casi a empujones, mientras que la niña iba protestando enfadada.

—Bonita familia —dijo Mia, cuando por fin se quedaron solos y Marta cerró la puerta para dejarles intimidad.

—Sí, lo son.

Mia abrazó de nuevo a su padre, hacía tanto que no lo tenía cerca que quería recuperar todo el tiempo perdido.

—Tenía tantas ganas de verte y poder abrazarte.

—Y yo, cariño —le besó la coronilla.

—¿Estás bien? —le preguntó, sabía que se refería a su pequeño problema con el alcohol. Todos los días cuando hablaba con ella le hacía la misma pregunta.

—Todo superado.

Mia se separó y le tendió la mano. Tiró de él y los dos se sentaron en la cama.

—¿Estas cómodo aquí?

—Aire puro, comida sana, una familia que me cuida, qué más puedo pedir.

—Ya. —Bajó la mirada y él supo que algo le estaba ocultando. Conocía muy bien a su hija.

Con un dedo la levantó el mentón obligándola a que le mirase a la cara.

—¿Qué pasa? ¿En qué piensa tu pequeña cabecita?

—Ha sido muy duro. —Dean la abrazó—. No vuelvas a hacerme algo así.
—Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, cariño, no sabes cuánto lo siento.

Se sentía como un cerdo egoísta, no había pensado en las consecuencias que sus actos tenían en las personas que le amaban.

Se secó las lágrimas y le miró con una sonrisa.

—A partir de ahora todo comienza de cero.

—Sí.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero.

De nuevo se fundieron en un abrazo.

Capítulo 17

Descubriendo a Mario

Esa rubia le iba a traer problemas. Mario barría con furia la cuadra mientras estaba sumido en sus pensamientos. Era tan bonita, quizá no se riese de su defecto, quizá fuese diferente al resto de las chicas que había conocido en sus pocos años de vida. Desde que cumplió los quince y se desarrolló, las chicas se fijaban en él. Era muy alto y aunque delgado estaba musculado gracias al duro trabajo de la casa. Su rostro era atractivo y sus ojos llamaban la atención por su bonito color verde. Todas se acercaban, pero en cuanto abría la boca todo se estropeaba. Marta le decía que no era culpa suya, que su tartamudez no era un defecto y que algún día llegaría la chica adecuada que le amaría por cómo era y no le imponía que tartamudeara al hablar. Pero él se sentía incompleto, imperfecto y por más que lo intentaba no lograba superar su miedo a abrir la boca y que los demás se riesen de él.

Un caballo relinchó con fuerza, esos animales eran sorprendentes, parecían darse cuenta de lo mal que se sentía. *Lacarlo* asomó la cabeza por la puerta de la cuadra y le golpeó con suavidad en la espalda, reclamaba su atención.

Mario soltó el cepillo y se acercó a él, le acarició el morro y depositó un beso en su hocico. Entre caballos se sentía libre y feliz, a ellos no le importaban que él se trabase al hablar, nunca le abandonaban y parecía que comprendían todos sus estados de ánimo.

—Hola.

Mario escuchó la voz del americano, ni siquiera se dignó a contestarle, solo le lanzó una mirada fría.

—¿Qué haces?, ¿por qué no desayunas con toda la familia?

—N-no tengo h-hambre.

—Mira Mario, sé que no te caigo nada bien...

—T-tampoco m-me caes mal.

—Entonces, ¿por qué te comportas así conmigo?

Mario dejó de acariciar a *Lacarlo* que al verse privado de atenciones protestó soltando un relincho.

—N-no m-me gustan los e-extraños.

—Pero yo ya no soy un extraño, llevo casi dos meses trabajando codo con codo contigo.

—N-no te conozco lo s-suficiente.

—No intentas conocerme. Apenas me diriges la palabra. Cuando he intentado gastarte alguna broma me has lanzado una mirada asesina, si he intentado saber de ti, te has dado la vuelta y me has dejado con la palabra en la boca. ¿Qué quiere que haga?

—D-déjame en paz.

—No puedo hacer eso.

—¿P-por qué?

—Por que le importas mucho a Marta, eres como un hijo para ella y yo la quiero y deseo que nos vea a todos unidos y felices, porque será la única manera de que ella sea feliz.

Mario se quedó muy sorprendido, nunca imaginó que el americano le confesaría su amor por la que para él había sido como su madre. Sabía, por intuición y por las miradas entre ambos, que entre Dean y Marta había algo, pero jamás pensó que él se lo confesaría de esa manera tan directa y natural.

—¿L-la q-quieres?

—Sí.

—¿T-te irás?

—Sí.

—E-entonces no la q-quieres lo s-suficiente.

Se dispuso a salir de la cuadra, pero Dean le agarró del brazo y le obligó a volverse.

—¿Pero qué coño pasa contigo?! ¡No puedes irte así y dejarme con la palabra en la boca!

—N-n-no quiero saber n-n-nada más.

Dean estaba desesperado, ese chico estaba sacándole de quicio. No lograba llegar a él, ni Mia en su época de adolescencia le había causado tantos problemas.

—Joder, ya no sé qué hacer. —Comenzó a dar vueltas por la cuadra como un león enjaulado—. ¡Dime! —le zarandeó—. ¿Cómo puedo llegar a ti?

—¡Sueltam-mé!

Mario se revolvió furioso y el dio un fuerte empujón que le hizo tambalear hacia atrás.

Los dos se miraron con furia, tenían los puños apretados y se pusieron en posición para pelear.

—¿Esto es lo que quieres?, ¿quieres que nos peleemos? —Dean le hablaba con ira al ver a Mario con los ojos inyectados en sangre y su respiración jadeante—. ¿Cómo crees que se sentirá la mujer que te acogió en su casa cuando te quedaste solo al enterarse que nos hemos peleado? ¿Te vas a sentir más hombre cuando ella te vea sangrando?

La expresión furiosa de Mario se transformó de repente en una profunda tristeza. Se dejó caer sobre un fardo de heno, apoyó sus codos sobre sus piernas abiertas y tomó la cabeza entre sus manos.

—¡T-t-tú n-n-no sabes n-nada! —La rabia dominó la mirada de Mario, pero Dean pudo ver con asombro que de sus ojos salían lágrimas, que según alcanzaban su mejilla limpiaba con un movimiento brusco de la palma de su mano—. ¡Eres un c-c-cabron!

—¿Qué es lo que tengo que saber?, cuéntamelo Mario, dime, ¿por qué me odias?

Sorbió con fuerza la nariz, se secó de nuevo las lágrimas y le miró.

—Yo n-n-no te odio. No quiero... M-me cuesta confiar e-en la g-gente.

—¿Qué tengo que hacer para que entiendas que yo jamás me burlaría de ti? Te respeto, eres un hombre trabajador, que cuida de su familia y que jamás le haría daño a nadie. Yo no soy tu enemigo, yo solo quiero ser tu amigo.

—Y-y-o no tengo a-a-amigos.

—Eso no es cierto tienes uno —Dean le tendió la mano— ¿Amigos?

Mario miró su mano y durante unos segundos sopesó lo que debía de hacer. Si tomaba la mano del americano la guerra que le había declarado se habría terminado para siempre.

Se puso de pie frente a él y se la tomó con fuerza.

—A-a-amigos.

Dean sonrió satisfecho, desde que había llegado su lucha por llevarse bien con el muchacho había caído en saco roto y por fin después de mucho pelear, lo había conseguido. Eso era una tregua que por fin le llevaría a declararse la paz.

Dean le dio unos golpecitos amistosos en el hombro y se encaminó a la salida de las cuadras.

—¡A-americano!—. Odiaba que le llamase así, Mario lo sabía perfectamente y por eso lo hacía.

—¿Sí?

—Si t-tú y yo nos peleásemos el que s-sangraría serías t-tú —Dean soltó una fuerte carcajada.

Estaba satisfecho, hasta entonces Mario era el único miembro de la familia con el que no había limado asperezas y aunque le había costado mucho, por fin lo había conseguido.

Capítulo 18

Un baño en el embalse

(Mario)

Mia se había levantado temprano, toda la familia estaba reunida en el salón desayunando, menos Mario. Durante los dos días que ella llevaba allí apenas le había visto. Comía y cenaba con ellos pero en total silencio y sin apartar la mirada de su plato. Mia empezaba a desesperarse, no entendía porque mostraba esa total indiferencia hacia ella.

Se sentó a la mesa mientras su padre le servía un café.

—Buenos días. ¿Dormiste bien? —interrogó Marta.

—Sí, estupendamente. Este lugar es tan tranquilo, no se escucha nada de nada.

—Prueba las tortitas que prepara mamá —le dijo Patricia. Le ofreció el plato y ella se sirvió dos.

Mia se acercó a la niña y en voz muy baja la preguntó:

—¿Dónde está Mario?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Estará con los caballos.

—Vamos a ir a Madrid a hacer la compra. ¿Necesitas algo? —preguntó Dean a su hija.

—No, gracias.

—Os importa que vaya con vosotros —preguntó Alba—. Necesito comprar una cosa.

—¿Y qué es lo que necesitas, si puede saberse? —interrogó Marta.

—Nada... —vaciló—, algo de ropa... —Marta la miraba sorprendida al ver lo colorada que se había puesto y decidió no continuar indagando, más tarde se enteraría de lo que estaba tramando.

Terminaron de desayunar. Dean, Marta y Alba se marcharon a Madrid. Patricia se encaminó hacia las cuadras, le tocaba ayudar a Mario a limpiarlas y dar de comer a los caballos y Mia se ofreció a colaborar en las tareas.

Mario había sacado a los caballos de las cuadras y con un cepillo las limpiaba con esmero.

—Buenos días —le dijo Mia con una gran sonrisa, él se sonrojó y movió su mano como era su costumbre.

Esa mañana estaba preciosa. Mario se quedó sin aliento cuando la vio entrar en las cuadras y le lanzó esa bonita sonrisa. Llevaba el pelo recogido en una coleta que brillaba con destellos dorados, unos pantalones vaqueros cortos y ceñidos y una camiseta sin mangas con un estampado frontal que simulaba la piel de una serpiente.

—Mira Mia, te presento a *Calmoso* e *Inquieto* —le dijo señalando a dos perros.

Uno era un precioso *Golden Retriever* de color canela, que la miraba con la lengua fuera tumbado en el suelo y moviendo la cola dándole la bienvenida y el otro era un pequeño *Border Terrier* de color trigueño que no paraba de dar saltos a su alrededor y moverse nervioso.

—Creo que no hace falta que me digas cual es cada uno.

Mia consiguió que *Inquieto* se detuviera un momento y le acarició, el perro se tumbó boca abajo para que le rascase la barriga.

—Eso le encanta —le explicó Patricia.

—Y tú, ¿no quieres que te acaricie? —preguntó Mia a *Calmoso*.

El perro ladró, se levantó perezoso, bostezó y con un incesante movimiento de su cola caminó despacio, sin ninguna prisa, hacia Mia. Ella le acarició

mientras *Inquieto* no paraba de dar saltos, quería de nuevo su atención y la chica terminó acariciando a ambos perros a la vez. Casi consiguieron tirarla al suelo y ella no podía para de reír mientras le lamían la cara.

—Basta, basta —les apartó mientras soltaba una carcajada.

Mario había dejado su tarea y la miraba totalmente embobado.

—¿Cómo puedo ayudar? —le preguntó cuando se puso de pie.

Se sintió acorralado, tenía que contestarle, pero no deseaba le que escuchara trabarse al hablar. Se puso rojo, tanto que parecía que iba a estallar.

—Nosotras pondremos la paja limpia en el suelo de la cuadra. —Patricia corrió a contestar y Mario pudo respirar tranquilo.

Los tres trabajaron mano a mano. Patricia comenzó a cantar una canción de su grupo preferido, *One Direction*, mientras pasaba el cepillo con fuerza en la cuadra de *Cariñoso*. Mia sonrió, su inglés era terrible pero la niña ponía todo su entusiasmo. Decidió unirse a ella y entre las dos entonaron "*What makes you beautiful*" Mario no dejaba de sonreír. Mia tenía una bonita voz.

Cuando la canción de las chicas se terminó él se lanzó. Nunca había tartamudeado mientras cantaba y Marta le decía siempre que tenía una voz preciosa. Entonó a la perfección *Always* de *Jon Bon Jovy*.

Mia se paró en seco al escucharle cantar escondida tras la puerta de la cuadra. Se estremeció al oír su bonita voz y su perfecta entonación. Estaba sorprendida de su impecable pronunciación.

—¡Ya hemos terminado! —gritó feliz Patricia.

Él paró de cantar y Mia sacudió su cabeza al escucharla, la niña le había ayudado a salir del trance en el que se había sumido mientras escuchaba a Mario cantar.

—¿Te apetece que nos demos un baño en el pantano? —preguntó la niña entusiasmada por la idea.

Estaban sudorosos, hacía mucho calor y apetecía un buen remojón.

—Me encantaría.

Patricia la tomó de la mano y juntas salieron corriendo hacia la casa en busca de sus bikinis. *Inquieto* trotaba a su lado, dando grandes saltos y ladrando. Se los pusieron y de nuevo a la carrera sin soltarse de la mano partieron hacia el embalse.

—¡Espera! —Mia la obligó a pararse en seco— ¿Y Mario?

—Mario ¿qué? —preguntó la niña.

—Él también ha trabajado mucho y tiene derecho a darse un buen chapuzón.

—¡Bah!, seguro que no quiere.

—No me iré sin preguntarle. —Fue su ultimátum.

—Está bien pesada, pero seguro que no quiere venir.

Para sorpresa de las dos, Mario decidió también ir con ellas a darse un baño. Él mismo estaba sorprendido con su repentina decisión. En un primer momento pensó en decir que no, pero deseaba estar más tiempo cerca de Mia.

Se quitaron la ropa con rapidez. Mia llevaba un bonito bikini con estampado de cebra. Al verla no pudo evitar clavarle los ojos y recrearse en su preciosa figura. Para Mia también fue una gran sorpresa ver lo que aquel tímido muchacho escondía bajo la ropa. Sabía que estaba bien formado porque siempre llevaba camisetas sin mangas que mostraban sus fuertes brazos, pero una grata sorpresa la invadió al ver que el resto del cuerpo estaba igual de proporcionado.

Patricia fue la primera en entrar al agua, *Inquieto* la siguió entre chapoteos y ladridos.

—¡Vamos chicos, está muy buena!

Mia soltó una carcajada y corrió hacia el agua. Cuando la sintió sobre sus pies gritó con fuerza:

—¡Oh Dios mío, está helada!

—¡Vamos, no seas quejica! —Patricia le lanzaba agua con las manos, mientras Mia chillaba y reía.

Entró despacito y montó un jaleo horroroso con sus gritos y quejidos.

Cuando el agua le llegó a la cintura, se paró y miró hacia Mario con una sonrisa que a él le dejó sin aliento.

—¡Vamos Mario, ven con nosotras! —le dijo.

Él obedeció en el momento que su cuerpo respondió, se había quedado paralizado contemplándola y aunque su cabeza le ordenaba reaccionar, su cuerpo parecía no tener ninguna prisa. Por fin logró moverse y entró a la carrera salpicándolas, las chicas chillaban y daban manotazos para mojarle a él también.

Todos reían, *Inquieto* ladraba y *Calmoso* les miraba desde la orilla con su

incesante movimiento de cola.

Patricia salió del agua tras *Inquieto* que, juguetón, le ofrecía piedras para que se las lanzara una y otra vez. El perro entraba en el agua a recoger su piedra y a ofrecérsela a Patricia, era incansable al igual que ella.

Mario y Mia se metieron más adentro donde cubría y nadaron un buen rato. Cuando se cansaron salieron del agua, Mia se sentó en una roca al sol y Mario se tumbó sobre la hierba a su lado con las manos debajo de su cabeza y la mirada en el cielo azul.

—Cantas muy bien. Pensé que eras mudo.

La miró y ella volvió a regalarle otra bonita sonrisa. Retiró su mirada avergonzado.

—Yo...

—¡Vámonos, se hace tarde! —Cuando por fin se había lanzado a hablar con ella y mostrarse tal y como era con su defecto y todo, Patricia llegó para interrumpirle.

Mia se levantó y se vistió bajo la atenta mirada de Mario que también hizo lo mismo.

El regreso a casa fue más tranquilo. Patricia agarró la mano de Mia y ambas canturreaban otra canción del repertorio de *One Direction*. Mario las seguía de cerca con las manos en los bolsillos y contemplando como el cabello de Mia se mecía al andar.

Inquieto como era su costumbre saltaba mientras acompañaba la canción de las chicas con sus ladridos y *Calmoso* caminaba lento con suaves movimientos de su cola.

Capítulo 19

La segunda cita

(Alba)

Siempre se decía que no iba a ocurrir de nuevo, se había prometió que jamás volvería a quedar con él y ahí estaba otra vez, sentada en la camioneta de Marta, de camino a Madrid para reunirse de nuevo con Luis.

Después de su primer encuentro habían estado unos días sin chatear. Quería poner espacio entre ellos. Luchó por no encender el ordenador con todas sus fuerzas, pero todos y cada uno de esos cuatro largos días que había resistido a la tentación, había pensado en él, en su beso y en la sensación de que por primera vez, desde hacía casi quince años alguien había conseguido que se sintiese viva.

Después de besarse salió corriendo como una auténtica cobarde. Él la siguió, pero al ver que se subía en la furgoneta y arrancaba, se quedó parado viéndola marchar sin darle una explicación. Entonces Alba lloró, hacía mucho que no lo hacía, pero de pronto sus ojos se humedecieron y sin poder retener las lágrimas cayeron por sus mejillas, lo que la obligó a conducir casi a ciegas”.

Cuatro días fue lo que tardó en claudicar y con manos temblorosas encendió el ordenador. Se le pasó por la cabeza que quizá él, enfadado, no había intentado comunicarse con ella. Sería lo más normal después de su comportamiento,

pero no fue así. Él le había dejado un mensaje que decía:

Cuando quieras hablar conmigo ya sabes dónde puedes encontrarme. No sé qué fue lo que te pasó para salir así corriendo, huyendo de mí, pero sé lo que sentí y también sé que tú sentiste lo mismo.

Miró el mensaje una y otra vez, lo leyó hasta aprenderlo de memoria y después de tener una fuerte discusión consigo misma, decidió contestarle:

Lo siento mucho.

Su escueto, pero claro su mensaje, fue contestado casi inmediatamente.

«Necesitaba saber de ti»

«Y yo de ti», respondió Alba.

A partir de ahí todo volvió a la normalidad entre ellos. Él le propuso quedar de nuevo y ella en un arrebato de valentía accedió.

Esta vez el encuentro sería en casa de él.

«¿Por qué narices has accedido a eso?», se preguntaba una y otra vez y no hallaba una respuesta coherente. Sabía que quedar a solas era peligroso, él la deseaba y de eso no tenía ninguna duda y ella estaba poniéndole las cosas fáciles. «Bajo ningún concepto me acostaré con él, eso no pasará nunca», se prometió hasta la saciedad.

Miró de nuevo la dirección que tenía escrita en un papel. Vivía en las afueras de Madrid en un residencial de esos contruidos en la época del *boom* urbanístico. Edificios altos, todos nuevos, con piscina y garaje.

Le costó un poco encontrar la casa, todas esas calles eran de reciente construcción y las indicaciones brillaban por su ausencia. Después de dar tres vueltas sintiéndose totalmente perdida y de que la tentación de dar la vuelta y regresar a casa se apoderara de ella durante unos instantes, encontró el bloque donde Luis la esperaba con impaciencia.

Aparcó muy cerca de la casa. Con paso vacilante se colocó frente a los telefonillos. Después de pulsar el código de llamada, tardó unos minutos en presionar el timbre. Cuando lo hizo y la voz grave y varonil de Luis contestó, sus manos comenzaron a sudar y la boca se le secó.

Tomó el ascensor, él vivía en el quinto piso. El corazón estaba tan acelerado que casi se podía escuchar su latido.

No tuvo que llamar a la puerta, pues él la esperaba en el descansillo.

—Hola preciosa. Pasa.

Se retiró de la puerta para dejarla pasar.

La casa era bastante pequeña y olía a nuevo. La cocina era americana y de muebles blancos, estaba separada del salón por un mueble alto que hacía las funciones de mesa. Todo estaba muy ordenado y apenas tenía mobiliario, tan solo un sofá, una mesa auxiliar y la televisión que colgaba de la pared en un discreto y moderno mueble.

Alba lo miraba todo con los ojos muy abiertos, a todo, menos a él. Estaba tan nerviosa que las manos le temblaban y se las metió en los bolsillos de la sencilla falda de tubo que había hurtado del armario de Marta. Si ella se enterase de donde estaba su falda en esos momentos le daría un ataque.

—¿Te apetece algo de beber?

Su boca estaba tan seca que no rechazó la invitación.

—Un vaso de agua.

—¿No quieres otra cosa mejor?

—No, el agua estará bien.

Aún no le había dirigido ni una sola mirada, pero cuando sintió como él iba a la cocina y escuchó el grifo, se atrevió a mirarle de reojo. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camiseta de manga corta de color verde lima y su cabello recogido en una coleta. Sintió el revoloteo de las mariposas en su estómago.

Él se acercó y le puso el vaso en las manos que temblaban tanto que casi derramó todo el contenido.

—Alba, ¿por qué no me miras?

Levantó la cabeza temerosa de lo que se podía llegar a encontrar cuando enfrentara sus ojos y el impacto fue tan grande cuando sus miradas se encontraron, que se quedó sin aliento.

—Ven. —La tomó de la mano—. Siéntate.

La llevó hasta el sofá y ambos tomaron asiento.

—Siento mucho... —Su intento de disculparse por haber salido corriendo el día que quedaron en la cafetería, quedó silenciado cuando la besó.

Fue un beso tierno y suave, Luis tenía miedo a que ella se asustase y le dejase de nuevo, así que procuró ser lo más delicado posible.

Aunque no era su intención, Alba se rindió a ese beso con total entrega. Algo dentro de ella se quebró, se rompió liberando su necesidad, sus ansias de amar y ser amada. Cerró los ojos con fuerza y encerró dentro de su mente todas las dudas, todo el terror, todo el dolor y se sometió a sus deseos. Se agarró al cuello de Luis y le empujó

obligándole a incrementar la presión sobre sus labios. Ya no quería que fuese delicado como si estuviese tratando con una virgen, quería que fuese más duro y la tratase como una mujer, una mujer ansiosa por sentir de nuevo.

Sus besos la enloquecían, le hacían sentir cosas que creía ya muertas, cosas de las que jamás pensó volver a disfrutar.

Luis no dudo un instante, su entrega demostraba que ella sentía el mismo deseo que él y con manos temblorosas por la pasión tiró de su blusa, que desabrochó botón por botón sin apartar ni un solo momento su boca de la de ella. Cuando la tuvo totalmente desabrochada apartó ambos lados de la camisa y entonces, solo entonces, separó sus labios para poder contemplar los deliciosos pechos de Alba embutidos en un precioso sujetador rosa.

—Eres tan bella —le dijo con voz jadeante y temblorosa y Alba le creyó, pues sus ojos no mentían. Se sintió la mujer más bella del mundo.

Todavía recordaba la vergüenza que pasó cuando fue a Madrid con Marta y Dean. Después de dar vueltas y vueltas al centro comercial logró decidirse y entrar a comprarse el bonito conjunto de braguita y sujetador. Mirando la cara de admiración de él, todo el mal rato que había pasado soportando las miradas y el interrogatorio de Marta, habían merecido la pena.

En un primer momento se engañó a ella misma diciéndose que no se lo iba a poner cuando fuera a verle, que era solo una prenda más de vestir y que lo único que quería era dejar de usar esa ropa sosa y apagada que se ponía todos los días, pero ahora al ver la reacción que había provocado en Luis, supo con certeza que su única intención era conseguir que él la viera atractiva y deseable.

Le obligó a separarse de su cuerpo y se levantó del sofá. Luis protestó e intentó obligarla a que se sentase de nuevo.

—No te vayas —suplicó.

—No pienso irme.

Se colocó de pie entre las piernas abiertas de él y comenzó a desnudarse, no lo hizo como una stripper aficionada, lo hizo como una mujer inexperta, una mujer que nunca se había desnudado así, frente a un hombre. Con su marido siempre había sido a oscuras, “aquí te pillo aquí te mato”, sin caricias para ella, con dolor y sin nada de pasión por parte de ambos. Pero con Luis era diferente, se sentía tan adorada, tan sexy, que deseaba enseñarle su cuerpo sin pudor ni vergüenza.

Cuando dejó caer la falda y él pudo ver sus pequeñas braguitas de encaje a juego con el sujetador, tragó con esfuerzo y apretó los dientes.

—Joder, Alba.

Ella comprendió lo que quería decir tan solo con mirarle a los ojos cargados de deseo.

Alargó su mano y la acarició sobre sus braguitas. Alba cerró los ojos al sentir la leve caricia en esa zona del cuerpo que palpitaba ansiosa por sentir sus dedos, su boca, gimió solo de pensarlo. Y sus deseos fueron órdenes para él, bajó sus braguitas despacio por sus piernas aprovechando para acariciar sus muslos. Se deshizo de ellas y la obligó a dar un paso al frente hasta que quedó frente a su boca, le separó las piernas y con un lento pero ansioso movimiento pasó la lengua por su clítoris.

Escucharla gemir, casi gritar al sentir sus labios, su lengua, sus manos sobre ella, estaba volviéndole loco.

Se levantó, en un movimiento tan rápido que estuvo a punto de tirarla al suelo, la tomó de la mano y casi a la carrera la llevó hasta su habitación.

La tumbó sobre la cama. Él estaba totalmente vestido y a ella tan solo le quedaba puesto el sujetador, pero por poco tiempo. Se lo desabrochó y se relamió goloso al ver los dos pechos que se erigían ante él, dispuestos a aceptar sus atenciones. No perdió ni un segundo, se lanzó con manos y boca sobre ellos. Los saboreó y los acarició sin descanso.

Alba se retorció inquieta, el placer era tan intenso que necesitaba más, sus caricias ya no eran suficientes.

—Desnúdate... por favor... —Ella misma se asombró al escuchar su voz, pues sonó erótica y sensual.

Luis obedeció al instante y se despojó de toda la ropa. Alba le observaba atenta, no era un adonis, pero no estaba nada mal. Sus abdominales no se veían perfiladas, ni sus pectorales duros. Tenía un cuerpo normal, atractivo y deseable, al menos para ella lo era.

Se tumbó sobre ella y de nuevo capturó su boca. Al sentir piel con piel y el sexo duro de él sobre su estómago, el deseo se incrementó hasta niveles insoportables.

Notó como él tanteaba la mesilla y supo lo que estaba buscando.

—Joder, mierda.

Luis continuaba luchando por abrir el cajón, no podía, ni quería separar su cuerpo, ni su boca de ella y así le estaba resultando casi imposible sacar el preservativo que tenía en el cajón. Por fin se rindió y por un momento se ocupó exclusivamente de buscar el condón. Cuando lo tuvo en la mano, la miró satisfecho como si hubiese ganado un premio.

Rasgó el envoltorio con los dientes y cuando se disponía a ponérselo, ella se lo quietó de las manos. Jamás había colocado uno de esos, pero no tenía que ser difícil. Él se quedó muy quieto y se concentró en disfrutar del roce de sus manos mientras se lo colocaba.

Cuando ya estuvo preparado, de nuevo se tumbó sobre Alba.

Fue ella misma quien se introdujo el pene en su interior y sentirlo dentro le provocó tanto gozo que jadeó con intensidad.

Luis comenzó a moverse al principio de forma torpe y nerviosa, pero poco a poco y con la ayuda del movimiento de pelvis de ella, los movimientos se fueron haciendo más rítmicos y placenteros para los dos.

Alba comenzó a sentir que el placer se incrementaba más y más conforme él introducía su pene una y otra vez, llegando cada vez más dentro. El clímax le llegó como una ola gigante llega a la costa, arrasando todo a su paso. Soltó un grito y cayó desmadejada sobre el colchón. Con un par de embestidas más, Luis también llegó a su propio orgasmo.

Se tumbó de lado, la acarició el rostro con ternura y la miró con una sonrisa de total satisfacción.

— ¡Dios, Alba, ha sido perfecto!

Ella pensó lo mismo, había sido perfecto y maravilloso. Pero no podía volver a ocurrir.

Capítulo 20

Te he echado de menos

Marta estaba sentada en el balancín, había sido un día agotador y necesitaba un rato de descanso. Se había preparado un té con menta y disfrutaba de su aroma y sabor dándole pequeños sorbos. La noche estaba un poco fresca y tuvo que ponerse una chaqueta de lana. Tenía sus piernas recogidas sobre el asiento y las cubrió con la chaqueta para estar un poco más calentita.

—¿Puedo sentarme?

Se sobresaltó, estaba tan inmersa en su libro que no le había oído llegar. Dean estaba frente a ella, con las manos en los bolsillos y esa mirada de “tenemos-que-hablar”

—Claro —le contestó intentando que no se le notara la tensión que su proximidad le causaba.

—¿Qué lees?

—Es un libro que me ha prestado Alba —le enseñó la portada, el título no le decía nada pues nunca lo había visto.

—¿De qué trata?

—Es una historia de amor.

Marta dejó el libro a un lado y agarró sus rodillas acercándolas más a su pecho. No se miraban, ni se rozaban, solo estaban uno al lado del otro. Dean les mecía suave, como era su costumbre. Se le veía un poco tenso, tragó con fuerza saliva y se decidió a mirarla de nuevo.

—Te he echado mucho de menos.

Desde que Mia había llegado no habían vuelto a tener uno de sus

momentos a solas. Cuando fueron de compras a Madrid, Dean pensó que por fin estarían ellos dos solos y podrían terminar la conversación que tenían pendiente. Necesitaba saber si se decidiría a apostar por su relación y le esperaría. Dentro de poco se tenían que marchar a Estados Unidos y quería saber si ella sentía lo mismo que él. Pero Alba se apuntó en el último momento a la excursión y sus ilusiones de tener a Marta en exclusiva se terminaron en el mismo instante en que pusieron los pies en el centro comercial y él tuvo que limitarse a cargar con las bolsas y seguirlas por todas y cada una de las tiendas.

—Yo, también. —dijo Marta con timidez.

Sus ojos estaban ahora conectados al igual que el fuerte y rápido latido de sus corazones. Dean aproximó sus labios a los de ella lentamente, esperando su permiso. Cuando sus bocas estaban tan cercanas que podía sentir su aliento sobre sus labios se quedó parado.

—¿Puedo? —preguntó entre jadeos.

No hubo respuesta verbal, ella embistió con su boca y tiró de él hasta colocarle entre sus piernas. Se agarró con fuerza a su cuello y se olvidó de todo mientras disfrutaba de sus labios.

Se besaron como si el mundo fuera a terminarse si no tenían sus bocas conectadas. Perdieron la noción del tiempo y de nuevo se olvidaron de que no estaban solos. Nada importaba tan solo continuar besándose.

—Te quiero —Dean se sobresaltó al darse cuenta de lo que acababa de decir. Jamás ni siquiera a Andrey le había regalado esas palabras, pero no se arrepentía, porque era lo que sentía.

La miró a los ojos esperando su respuesta. Marta estaba tan sorprendida como él y no era capaz de reaccionar.

—¿Qué sientes tú? —preguntó Dean cansado de esperar una contestación que no llegaba.

Marta sopesó la respuesta durante unos segundos. Era complicado y no sabía que decir. Hacía mucho que no se enamoraba, tanto que casi no recordaba cómo era esa sensación. Sentía algo especial y fuerte por él, de eso no le quedaba duda, algo que incluso la hacía olvidarse de todo cuando estaba entre sus brazos. Pero, ¿era amor? En su interior sabía perfectamente que sí lo era, pero...

—No sé, Dean, no sé

El se retiró de sus brazos enfadado, esa no era la respuesta que esperaba oír.

—¿Cómo que no sabes?

—Sé que estoy muy bien a tu lado, que me gustas mucho, que pierdo la noción del tiempo cuando me besas. Pero es complicado.

—¿El qué es complicado?

—Una relación entre nosotros es imposible.

—Y ¿por qué, según tú, es imposible? No me vengas con lo de la distancia y todo ese rollo.

—Ese es uno de los principales motivos. Yo no pienso irme a vivir a Estados Unidos, no puedo. Tengo mi vida aquí.

Dean se levantó con tal ímpetu que el balancín osciló tanto que estuvo a punto de tirarla al suelo y Marta tuvo que pararlo poniendo sus pies en el suelo hasta que recuperó la estabilidad.

—¡Es que no entendiste nada de lo que te dije el último día que hablamos! Yo no te estoy pidiendo que dejes tu hogar. Yo terminaré la temporada y regresaré. Tan solo te pido que me esperes.

—¿Serías capaz de vivir aquí, con nosotras?, ¿dejarías todo lo que tienes en tu país?

—¡Lo que tengo!, ¿qué es lo que tengo? ¡Dime!, ¿qué se supone que me espera a mi regreso? ¿Me preguntas si sería capaz de vivir aquí?, ¡claro que sí! Me gusta este lugar, me gusta este tipo de vida, me gusta tener una familia que se preocupa por mí y lo más importante de todo. —La tomó de los hombros obligándola a ponerse de pie frente a él—. ¡Te quiero!

La abrazó con tanta ternura que Marta sintió las lágrimas resbalar por su mejilla sin poder contenerlas.

—Joder, no lo entiendes. ¡Te quiero! —gritó desesperado.

—Yo también te quiero —lo dijo tan bajo que Dean no estaba seguro de haberlo escuchado bien.

La separó de su cuerpo y con un dedo le levantó el mentón y así pudo mirar sus ojos.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Ya lo has oído.

—No, no lo he escuchado bien.

—No me hagas repetirlo de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo.

—A mí también, pero no me cuesta nada decírtelo —sonó a reproche y Marta se sintió mal.

—Te quiero. —Intentó bajar su cabeza, pero él no la dejó, su dedo bajo su mentón se lo impedía.

—Nunca, jamás te haría daño.

—Lo sé. Pero no puedes prometerme que nunca nos dejarás.

—No, eso no puedo prometerlo, pero sé lo que siento y si me alejo de toda esta vida que he encontrado a tu lado, sería un autentico idiota.

Marta comenzó a imaginarse lo que sería compartir la vida con él, despertarse cada día entre sus brazos y compartir tanto las preocupaciones como las alegrías.

—Tengo que poner algunas condiciones —claudicó. Estaba muy seria y concentrada, mientras que Dean sonreía feliz y la miraba entusiasmado.

—Mi hija es lo más importante para mí.

—Y para mí.

—Yo se lo diré cuando considere apropiado.

—Perfecto.

—Alba y Mario seguirán viviendo con nosotros.

—Por supuesto.

Le abrazó de nuevo y apoyó su cabeza en su pecho, él puso su barbilla sobre su cabeza y suspiró.

—¿Cuánto tiempo queda para que te marches?

—Una semana.

—¿Tan pronto?

—Anoche me llamó Pedro, el entrenador está muy enfadado, la temporada empieza en Septiembre y ya han comenzado los entrenamientos. Si no regreso pronto me echarán del equipo y yo no quiero eso. Quiero terminar esta temporada y despedirme yo. Como dice tu hermano “salir por la puerta grande”

—Sí, lo entiendo —le besó en el cuello y se abrazó con más intensidad.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Hasta Febrero.

Marta se separó asustada y le miró con los ojos muy abiertos.

—Quieres decir, ¿qué hasta Febrero no regresarás?

—Sí.

—Son cuatro largos meses sin vernos.

—Sé que es duro, pero no me queda más remedio.

—Lo sé. —Se abrazó de nuevo con fuerza, dentro de poco no sentiría ese calor tan placentero que le proporcionaba su cuerpo, no estaría a su lado y le añoraría cada largo día de esos cuatro meses.

—¡Oh Dios mío! —Le miró asustada.

—¿Qué?

—Estarás rodeado de mujeres guapas que intentarán llevarte a la cama.

—La única mujer que quiero en mi cama es a ti —le acarició las mejillas y con ternura colocó un mechón de pelo detrás de su oreja—. Para mí ya no existe nadie más que tú.

Capítulo 21

Lacarlo

Al día siguiente todos se levantaron y desayunaron juntos, sin ni siquiera sospechar que entre Dean y Marta se había creado un vínculo. La relación entre ellos ya no se limitaba a una simple amistad, a partir de ese momento eran una pareja.

Hasta que Marta no hablase con Patricia nadie sabría su secreto y debían ser discretos. Se lanzaban miradas de complicidad que nadie parecía percibir e intentaban encontrarse por los pasillos para darse algún que otro beso furtivo.

Esa misma noche Marta tendría una conversación madre e hija. Sabía que la niña no pondría problemas y se sentiría entusiasmada, había cogido mucho cariño a Dean. Lo que más le dolía era decirle que Dean se tendría que marchar y que debían de esperar cuatro meses para poder estar juntos de nuevo. La separación para ella sería muy dura y difícil.

Como era su práctica habitual Mario había desaparecido, nunca estaba a la hora del desayuno y eso ya estaba convirtiéndose en una costumbre muy molesta para el resto de la familia y sobre todo para Mia que era la que más le echaba de menos.

Todos reunidos en la mesa conversaban animadamente. De pronto entró Mario como un torbellino, gritando y tan agitado que todos se volvieron asustados a mirarle.

— ¡¡¡M-m-marta... *L-lacarlo* está e-e-enfermo!!! ¡¡¡T-t-tienes que llamar al v-verinario, S-s-se muere!!! — estaba tan nervioso que tartamudeaba más de lo normal.

Todos se levantaron con rapidez y salieron a las cuadras.

Lacarlo estaba tumbado en el suelo y se daba coces en la tripa por el dolor tan fuerte que tenía. Patricia lloraba y Dean la tomó entre sus brazos.

Mario se arrodilló junto la cabeza del caballo e intentaba tranquilizarle, pero no lo conseguía.

—¿Hola? —Marta hablaba por su teléfono móvil —Marisa, soy Marta. ¿Puedes venir rápido? Uno de nuestros caballos, *Lacarlo*, creo que tiene un cólico.

Mia miró con tristeza al pobre animal que no paraba de moverse, ninguno podía hacer nada y eso era lo más frustrante.

Marisa, la veterinaria, no tardó en llegar. Estaba en el pueblo, había llegado esa mañana muy temprano para vacunar a las ovejas de Felipe, que gracias al destino tenía su granja muy cerca de la casa de Marta.

Tomó la temperatura al caballo, confirmando lo que ya suponía Marta, era un cólico, pues todos los síntomas lo mostraban, fiebre alta y dolor fuerte en el estómago.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó la veterinaria.

—N-no lo s-sé. C-cuando he llegado a eso de las o-ocho l-lo he encontrado así.

—Tenemos que levantarlo del suelo lo antes posible, debe caminar si no... —Dejó la frase inconclusa, pero todos sabían lo que ocurriría, no eran necesarias las palabras. Se miraron decididos y entre todos lo intentaron sin descanso, pero no hubo manera, *Lacarlo* no se ponía en pie y el tiempo corría—. Lo siento mucho, pero no puedo hacer nada más. Le administraré un sedante para que deje de sufrir.

La espera para el trágico desenlace no fue muy larga. El caballo murió sumiendo a todos en una profunda tristeza.

Mario se tumbó en el suelo y se abrazó al cuello del caballo. Para él era mucho más duro que para los demás, ese era su caballo preferido, su compañero de fatigas y con el que más horas pasaba al día.

Patricia lloraba abrazada a su madre, mientras que Mia hacía lo mismo en brazos de su padre.

—Lo siento mucho —dijo Marisa—. Prepararé todo para llevármelo.

Sacó su teléfono y dio las órdenes pertinentes para que un camión viniera a recoger los restos.

Todos en silencio caminaron hacia la casa, sabían que debían dejar a Mario despedirse de su caballo en privado, incluso Patricia acostumbrada a meterse en

todos los saraos, no protestó cuando su madre la condujo hacia el hogar.

De los ojos de Mario no brotaba ni una sola lágrima, tan solo acariciaba a *Lacarlo* y le susurraba palabras cariñosas.

Todos permanecieron en la casa, callados, tan solo se escuchaban los sollozos y lamentos.

—Ya viene el camión —dijo Dean, al verle acercarse por la entrada de la finca.

Toda la familia salió de nuevo. Dean intentó ayudar a Mario a levantarse del suelo, tenía que soltar al caballo, pero él se negaba.

—Vamos, Mario, tienen que llevárselo —le susurró Marta, se había puesto de rodillas junto a él y no paraba de acariciarle el cabello revuelto.

—E-espera un p-poco —dijo con voz entrecortada. Estaba luchando por no llorar, pero cada vez le costaba más.

—No, Mario, ya te has despedido de él, ahora tienen que llevárselo.

Miró a Marta con los ojos llenos de dolor.

— ¡E-es injusto! —gritó enfadado.

—Sí, lo es —contestó ella depositando un tierno beso en la cabeza del muchacho—. Muy injusto. —Vamos, levántate—. Tiró de su brazo y esta vez se dejó llevar.

Marta le abrazó con fuerza y él buscó su consuelo con las manos apretadas sobre su camisa. No dejó de mirar al caballo y siguió con atención toda la maniobra que los operarios hacían para meter al animal en el camión. Marta intentaba que no mirase, no necesitaba sufrir más viendo aquello, pero él se movía entre sus brazos e intentaba por todos los medios no perder detalle de todo el proceso.

No tardaron mucho en subirle. Engancharon a *Lacarlo* con una grúa y con la ayuda de Dean cargaron al caballo sin ningún problema.

El camión arrancó y cuando iba a iniciar la marcha, Mario se desprendió con celeridad del abrazo de Marta y corrió hacia el caballo.

— ¡E-Esperen! —gritó mientras se subía a la parte trasera del camión.

Todos se quedaron quietos y en total silencio.

—A-adiós a-amigo. S-siempre te recordaré —dijo en la oreja del caballo. Le besó en el hocico, de un salto se bajó del camión y se dirigió veloz hasta el establo.

Marta intentó correr tras él, pero Dean la detuvo.

—Déjale, necesita llorar a solas —la tomó de la cintura y junto a Patricia, quien estaba desde hacía ya rato en sus brazos, las condujo a casa.

Cuando el camión se marchó entraron en casa, Alba preparó tila y todos tomaron una taza.

Marta estaba sentada en el sofá con Patricia acurrucada entre sus brazos, se había quedado dormida cansada de tanto llorar. Dean tenía un brazo sobre los hombros de Marta y ella se recostaba sobre su pecho, mientras que Alba estaba trasteando en la cocina, pues no podía estarse quieta.

Mia, de pie frente a la ventana, no quitaba ojo del establo. Hacía ya tres horas que Mario estaba allí solo y los nervios la estaban matando, así que decidió que ya era hora de ver cómo se encontraba.

Salió de la casa sin mirar al resto de la familia, no pensaba pedir permiso para ir a consolar a Mario. Nadie le dijo nada, no la intentaron persuadir, pero si lo hubieran hecho el resultado hubiera sido el mismo, iría junto a él sin que nada se lo impidiera. Comprendía que necesitaba estar a solas y lo había respetado durante tres largas horas, pero ya era suficiente.

Entró en el establo y se lo encontró sentado dentro de la cuadra de *Lacarlo*. Tenía la cabeza y la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas y cruzadas en los tobillos. Sus ojos cerrados y con las manos no dejaba de acariciar la cabezada de cuadra que había pertenecido a su fiel amigo.

Se sentó a su lado sin decirle nada y se colocó en la misma postura que él.

—Lo siento.

—L-lo s-sé, g-gracias —dijo sin mirarla.

Durante casi media hora permanecieron en silencio, codo con codo. Mario sintió su calor, su apoyo y por primera vez en ese triste día se sintió reconfortado.

—Ahora sé porque no me querías hablar.

Por fin abrió los ojos y volteó la cabeza para mirarla.

—Y, ¿q-qué p-piensas?

—¿Qué quieres que piense?

—N-no sé. La g-gente se ríe de m-mí.

—Yo no soy la gente. Me da igual que tartamudees, no me importa.

—¿D-de verdad?

Mia asintió con la cabeza.

Se miraron a los ojos durante un largo rato, en silencio. Hasta que Mia se acercó y le tomó entre sus brazos. Mario escondió la cara entre el pelo de ella y su cuello, respiró profundo para sentir su aroma.

—G-gracias —dijo en voz tan baja que apenas fue audible.

Capítulo 22

No existen barreras

(Mario)

La noche había sido muy larga y pesada, apenas había pegado ojo, no paraba de pensar que su amigo del alma *Lacarlo* ya no estaría más a su lado. Se levantó con el alba y se dio una ducha, necesitaba desentumecer los músculos, había pasado muchas horas sentado en el suelo de la cuadra y le dolía todo el cuerpo. Mía le había hecho compañía durante largo rato, hasta que ya cansada se marchó a casa. Durante un buen rato estuvo intentando convencerle de que se fuese con ella, pero no hubo manera, él necesitaba estar en ese lugar, allí había vivido *Lacarlo* y su manera de hacerle un homenaje como era debido era pasando un tiempo a solas en la cuadra, junto a todos sus enseres. A eso de las tres de la mañana, después de llorar en silencio sin que nadie le viera, se levantó del suelo y se fue a casa procurando no hacer ningún ruido.

Subió las escaleras despacio. Todos estaban durmiendo y el único sonido que se escuchaba era el quejido de la madera al dar sus pasos.

Calló en la cama rendido y sin darse casi cuenta el sueño le atrapó, pero no fue un sueño tranquilo, fue agitado y plagado de pesadillas que le despertaron sobresaltado. Se quedó tumbado boca arriba mirando las formas extrañas que hacían las sombras en el techo de la habitación, hasta que cansado de intentar imaginar lo

intentaban dibujar, se levantó de la cama.

Enjabonó su cuerpo, mientras se daba una ducha, y una imagen se coló en su cabeza casi sin querer. Mia le abrazaba y él podía sentir su olor. Su corazón comenzó a latir desbocado y sin darse cuenta de lo que hacía su mano se dirigió a esa parte de su cuerpo que solo de pensar en la rubia americana se había puesto dura como una piedra. Necesitaba hacerlo, deseaba hacerlo y sin dar opción a que su mente le dijera lo contrario, lo hizo. Se acarició hasta que se derramó sobre el plato de la ducha. Cerró los ojos con fuerza, su cuerpo lo necesitaba, no le daría más vueltas a lo ocurrido. La tensión de lo sucedido con *Lacarlo* era tanta, que su cuerpo había reclamado esa vía de escape y él se había dejado llevar.

Se secó y se vistió con rapidez. Desayunó de pie y con prisa, no quería encontrarse con nadie de la casa.

Salió y la mañana le recibió con una brisa fría y un cielo azul despejado. Al llegar a la cuadra sintió un gran vacío en su corazón. Cuando llegó a la puerta de la cuadra, esperó que se asomara y como era su costumbre, sacara la cabeza para saludarlo y reclamar su ración diaria de caricias y mimos, pero él ya no estaba. Tragó saliva y se obligó a no derramar ni una sola lágrima.

Al cabo de unas horas Mario estaba ensillando a *Cariñoso*.

Había limpiado las cuadras y dado de comer a los caballos. Tanto él como el animal necesitaban desfogar un poco de energía y olvidarse por un tiempo de todo lo que le rondaba la cabeza. A la muerte de su caballo preferido ahora se había unido su obsesión por Mia, desde que la hija de Dean había llegado no dejaba de pensar en ella, sin poder remediarlo la perseguía con la mirada y la buscaba cuando no estaba cerca. Habían cruzado pocas palabras, las dichas la noche anterior en la cuadra, pero sabía perfectamente que ella jamás se fijaría en él, eso lo tenía muy claro. Ella era una preciosidad rubia con los ojos verdes, mientras que él era tan solo un chico delgado, desgarrado y con los ojos tristes.

El caballo parecía estar nervioso, o tal vez intuía la intranquilidad de Mario. No paraba de moverse y tuvo que hacer acopio de toda la paciencia del mundo para ponerle la silla. Adoraba a ese caballo, pero nunca podría sustituir el cariño de *Lacarlo*.

Cuando la vio entrar en la cuadra se quedó paralizado. Esa mañana llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Mario suspiró al ver su coleta moverse de un lado a otro según caminaba hacia él, la llevaba atada con un pañuelo rojo, a juego con su camiseta. Su aroma a fresas inundó sus sentidos. Sonreía y sus mejillas estaban sonrosadas. Mario no era muy dado a sonreír pero al verla llegar una inmensa sonrisa se le escapó de los labios.

—Hola —le dijo.

—Ho-hola.

Mia se acercó al caballo y le acarició el hocico.

—¿Cómo se llama?

—Ca-ca-cariñoso. —Mario odiaba hablar, su tartamudez le avergonzaba por eso se había tirado tanto tiempo rehuyendo abrir la boca delante de la americana, pero le sorprendió gratamente la reacción de ella al enterarse de su “defecto”, como él lo llamaba. En ningún momento se sintió incómoda escuchándole hablar y lo había tomado como algo natural.

A ella no parecía molestarle, no se rió en ningún momento de él, ni le imitó socarronamente, se limitó a escucharle y tuvo paciencia para que terminase las frases.

—¿Eres cariñoso? —preguntó al caballo dándole un dulce beso en el hocico—. Sí, sí lo eres—. Restregó su mejilla y *Cariñoso* le hizo cosquillas cuando puso sus labios sobre ella y los movió como si le diese un beso.

—Le-le gu-gus-tas.

—Y él a mí. —Su sonrisa fue tan radiante que Mario se quedó sin aliento—. ¿Vas a montar? —preguntó señalando la silla que ya tenía puesta *Cariñoso*.

—S-s-sí.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Bi-bi-en gracias.

—No seas tan formal conmigo. —Le miró con la frente arrugada—. Hablas como si fueses mi padre.

Mario lanzó una sonora carcajada y ella le acompañó.

—¿Puedo ir contigo?

El corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—Cla-cla-claro.

Mario ensillaba a *Libert* bajo la atenta mirada de Mia.

—Tú-tú mon-mon-tarás a Cari-ri-ñoso y yo a *Li-libert*.

—¿Por qué?

—Por-porque e-e-es más dócil.

Mario sacó a los dos caballos de la cuadra. Puso sus dos manos unidas

haciendo una especie de escalón junto al estribo. Mia sonrió, él desconocía que ella sabía montar sin problemas, había dado clases de equitación cuando tenía ocho años, pero le encantó el detalle caballeroso y decidió aprovecharse.

—Po-pon tu-tu pi-pie aquí —le dijo.

Ella obedeció y apoyándose en las manos de Mario y en la silla se subió en *Cariñoso*.

Él se subió con gran agilidad en *Libert* y Mia se quedó asombrada por la destreza que tenía con los caballos.

La joven americana dio gracias por las clases de hípica que su madre le había pagado, porque así podía pasar tiempo con ese chico que la atraía. Pensó sonriendo que sus padres parecían videntes, ambos la habían preparado para ese viaje, su padre con las clases de español y su madre con las de hípica.

—¿Po-por qué te ri-ríes? —preguntó Mario un poco enfadado, pensó que quizá se había equivocado y al final ella era como todas y se reía de él.

—¡No seas paranoico! —Por la expresión de su cara dedujo lo que estaba pensando—. Tan solo estaba recordando algo.

—Pe-perdón —contestó avergonzado y bajando la mirada.

Mia le miró con ternura, su cabello, un poco largo y castaño, brillaba, era desgarbado y tan tímido que daban ganas de achucharle. Haría todo lo posible porque confiara en ella y dejase de pensar que en cualquier momento se iba a reír de su tartamudez.

La miraba con los ojos muy abiertos y ella se sentía tan atraída que le resultaba sorprendente y le asustaba, jamás le había ocurrido algo así.

Cabalgaron un buen rato y Mario se quedó detrás así podía contemplarla sin ser descubierto. Se sentía feliz y vivo al observarla. Se notaba que sabía montar a caballo, lo hacía como si fuera una amazona experimentada y se preguntó el por qué de hacerle creer que no sabía.

Su coleta se movía de un lado al otro y su respiración se hacía cada vez más rápida por el ejercicio, sabía que él la observaba, podía sentir su mirada clavada en su espalda. Era como si sus ojos irradiaran tanto calor que llegaba a transmitirse en la distancia hasta notarlo por todo su cuerpo.

Cuando llegaron a un claro bajaron el ritmo hasta que los caballos se detuvieron. Mario desmontó y muy caballeroso la ayudó a ella. Tenía la certeza que podía sola, pero deseaba poder tocarla aunque fuera tan solo por un breve instante y

así, también le seguía el juego.

Puso sus manos sobre su pequeña cintura y con gran agilidad la ayudó a desmontar. Por un momento los dos quedaron frente a frente unidos, él con sus manos sobre la cintura y ella con las suyas sobre sus hombros. Mario se puso colorado y eso le provocó a Mia una gran sonrisa.

Fue él quien se separó dando un paso atrás.

— ¡Eh, tú, deficiente! —Mario suspiró y cerró los ojos al escuchar el fuerte grito. Sabía a quién pertenecía esa voz. Era de uno de los muchachos del pueblo, le gustaba burlarse y reírse de él.

Mia se volvió a mirar de donde procedían las voces y las risas que escuchaba. Tres chicos venían hacia ellos y no parecían muy amistosos.

—Se-se-será mejor que-que nos lar-larguemos.

Pero no les dio tiempo a subir a sus caballos cuando les alcanzaron.

—¿No me has escuchado? —El que hablaba era el más alto del grupo, un gallito con ganas de pelea.

Mario no contestó sabía que sería presa de sus burlas, les conocía y no deseaba que ellos se riesen de él delante de Mia.

—Hola preciosa. Y ¿tú quién eres? —Se acercó a Mia, le puso una mano en la cintura y tiró de ella hacia su cuerpo y eso hizo enfurecer a Mario.

—¡N-no la to-to-toques!

Los tres chicos rompieron a reír a carcajadas y se burlaron de él.

—Y si la toco, ¿qué vas a ha-hacer tú-tú, disminuido? —Sus burlas eran crueles.

Mario le empujó con fuerza y le separó de Mia. Lanzó su puño y le asestó un fuerte golpe en la nariz que comenzó a sangrar, el muchacho gritó de dolor y le lanzó una mirada cargada de odio.

—¡Me ha roto la nariz! —gritó enfadado.

Entonces los otros dos se lanzaron sobre Mario. Mia estaba aterrada y buscó con la mirada algo con qué defenderle. Encontró un palo enorme y corrió a cogerlo. Nunca había pegado a nadie pero ayudaría a Mario como fuese. Armada con su palo regresó junto a los chicos.

Mario se defendía con uñas y dientes y la verdad es que lo hacía muy bien. Asestaba puñetazos a sus contrincantes y él apenas había recibido un par de ellos. Pero la lucha estaba desequilibrada. Eran tres contra uno y tenían todas las de ganar.

El más alto logró golpear con fuerza a Mario y este cayó al suelo, momento que los otros dos aprovecharon para sujetarle con fuerza. Le inmovilizaron y el chico que comenzó la pelea empezó a golpearle con fuerza.

—¡Parad, dejadle! —gritaba Mia desesperada y les golpeaba lo más fuerte que podía con el palo, pero a estos parecía no hacerles daño.

—¡Para de una vez!

Pero ellos pararon cuando se cansaron de golpear.

—Espero no volver a verte —dijo el chico alto y después de darle una fuerte patada en el estómago se dio la vuelta y él y sus amigos se marcharon colina arriba.

Mia no dejaba de llorar y corrió desesperada a ayudar a Mario.

—Oh, Dios mío. —Tomó su cabeza entre sus manos, se quitó el pañuelo que llevaba anudado en la coleta y con él limpió la sangre que salía de su labio partido.

Mario se levantó con mucha dificultad.

—E-e-estoy bien —dijo sin ninguna convicción. Le quitó el pañuelo de la mano y se lo sujetó con fuerza contra su labio.

Mia le ayudó a caminar dejando que él se apoyara en su hombro y tomándole por la cintura.

Cuando llegaron donde estaban los caballos Mario se apoyó sobre la silla y cerró los ojos, estaba mareado y le dolía tanto el estómago que temió vomitar ante la mirada de Mia. Respiraba entrecortado y tomó una fuerte bocanada de aire en un intento de superar las náuseas.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Él la miró y tomó una lágrima que resbalaba por su mejilla con su dedo índice.

—N-no llores, e-estoy bi-bien. —Le costó pronunciar esas palabras, pero no quería verla llorar, ella no tenía que llorar nunca. Estaba hecha para sonreír, porque con su sonrisa iluminaba a todos los que estaban a su lado.

—¿Puedes montar? —le preguntó.

—S-sí.—Lo hizo con gran dificultad y soltó un gemido de dolor que a Mia le heló la sangre.

Ella subió a su caballo y aunque su labio protestó Mario sonrió, se había delatado sin darse cuenta, había montado sin dificultad y sin su ayuda.

Fueron al trote, Mario no podía ir más rápido, le dolía todo el cuerpo.

Dejaron los caballos en la cuadra y entraron en la casa.

—¡Por Dios! —Marta se acercó a la carrera al ver el penoso estado en el que se encontraba Mario—. ¿Qué es lo que te ha pasado? —Le movía la cabeza de un lado al otro mirando su labio partido y un ojo que había comenzando a hincharse como un globo.

—Na-nada. —Intentó apartar la cara, pero Marta se la sujetó con fuerza.

—¿Quién te ha hecho esto? —Marta estaba furiosa y tenía ganas de salir y patear a los que le habían golpeado.

—Na-na-nadie, me caí del caballo.

—¡¿Tú crees que soy tonta?!

Dean entró en el salón y se encontró el cuadro que en esos momentos se estaba representando. Marta furiosa, Mario herido y sangrando y su hija en una esquina callada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Estás bien? —Se acercó a Mia y la miró a los ojos.

—Sí. Yo estoy bien.

Marta estaba tan centrada en Mario que ni siquiera se percató de la presencia de Dean.

—Ven, te curaré ese labio. —Tiró de su mano con fuerza y le obligó a sentarse frente a la ventana—. No te muevas de aquí. ¡Entendido! —Mario asintió con la cabeza, no pensaba moverse por nada del mundo. Marta estaba enfadada y cuando eso ocurría más valía hacerle caso en todo.

Marta salió a por el botiquín y los tres quedaron en total silencio, hasta que Dean se acercó a él.

—¿Qué ha pasado?

—Na-nada.

—Será mejor que me cuentes todo. Si Mia ha estado en peligro más te vale decírmelo.

—No, papá. —Mia se acercó suplicante—. Te prometo que estoy bien. Unos chicos le pegaron y yo... —Mario le lanzó una mirada suplicante, le rogaba que dejara de hablar.

En ese momento regresó Marta.

—¿Quiénes han sido? —Comenzó a limpiarle el labio con alcohol y Mario soltó un respingo de dolor.

—¡Ya te-te-te lo he di-dicho, na-nadie!

—Mario esto no puede quedar así. Tenemos que poner una denuncia y...

—El muchacho no la dejó terminar. Se levantó de la silla y salió corriendo de la casa.

Marta tomó su mano pero él dio un fuerte tirón zafándose de su agarre.

—Yo hablaré con él —se ofreció Mia.

—Te lo agradecería, quizá a ti te escuche. —Le sonrió y le dio un fuerte apretón en la mano.

Mia se encaminó a los establos. Lo encontró sentado en un fardo de heno. Tenía la cabeza entre las manos y con el pie golpeaba insistentemente el suelo.

—Hola.

Él levantó la cabeza y le lanzó una mirada tan cargada de tristeza que a Mia se le partió el corazón.

Se sentó a su lado y le acarició el cabello con cariño. Mario se quedó sorprendido por su contacto, no se esperaba que ella deseara tocarle después de lo que había ocurrido. Estaba avergonzado y se sentía como esos chicos le habían llamado: disminuido.

—¿P-por qué tú-tú no me re-rechazas?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Mario se encogió de hombros. ¿Acaso no estaba claro para ella?

—Por-por mi-mi de-deficiencia.

—Qué yo sepa tú no tienes ninguna deficiencia y creo que ayer ya hablamos de eso.

Mario resopló y lanzó una risa cargada de amargura.

—To-todos odian mí-mí tar-tartamudeo. —Todos no. Todas esas personas —dijo señalando la casa—, que viven contigo te aceptan tal y como eres. Esos tipos que te pegaron son unos idiotas.

—¿En-enserio pi-piensas así?

Mia puso los ojos en blanco, era desquiciante, por más que le mostraba su falta de prejuicios él insistía en creerla como esos tipos, capaz de denigrar a una persona por ser diferente a los demás.

—Claro que sí. Jamás me reiría de ti, no te considero inferior y no me molesta nada en absoluto que tartamudees.

—Gra-gracias.

Mario se recostó contra la pared y estiró sus largas piernas.

—To-toda mi vida he te-tenido que aguantar i-idiotas co-cómo esos.

—Lo siento mucho, pero no todo el mundo es así.

—Ya, lo sé. Yo... yo vi-vivía en en un orfanato —Mia le miró asombrada por su repentina confesión.

—No sabía nada.

—Ya. —Se encogió de hombros—. Es algo que no su-suelo contar a nadie.

—¿Marta te adopto?

—Oh, no no. Yo la co-conocí con dieciocho años. Cu-cuando me me marché del orfanato.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Veinte y ¿tú?

—Dieciocho.

Ambos sonrieron.

—Me me marché del orfanato, cu-cuando encontré un trabajo. —Continuó con su historia—. Pe-pero al cabo de un mes me despidieron y me quedé en en la calle. Por un tiempo viví en los aparcamientos de un centro comercial. Cu-cuando se iban los empleados dormía en la puerta, así me resguardaba del frío. Co-conseguía dinero con las propinas que me daba la gente, cuando les ayudaba a guardar su compra en el coche.

Recordar esa época tan dura de su vida le produjo un tremendo dolor.

»Me encontraba con Marta los días que ella venía a comprar. Yo le ayudaba a me-meter las bolsas en su coche y ella siempre me- me daba un billete, era la más generosa de todos. Un día vino a buscarme y me propuso venir a trabajar con los caballos, yo le dije que no tenía ni idea de cómo cuidar caballos. Y ¿sabes qué fue lo que me dijo? —Mia negó con la cabeza. Mario sonrió al recordarlo y de nuevo su labio protestó—. ¡Ay! —Se quejó.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó impaciente.

—Veo que te-te gusta mi historia —Mia le dio un pequeño empujón

apremiándole a que le contara lo que quería saber—. Me dijo: yo tampoco sa-sabía cómo hacerlo, pero aprendí. Tú aprenderás y es una or-orden.

Mia le sonrió y le tomó una de las manos entre las suyas. Le acarició el dorso con los dedos.

—Me gusta Marta.

—Sí, es es una bu-buena mujer con un co-corazón enorme. —Soltó una carcajada—. Se dedica a recoger almas per-perdidas y las mete en su ca-casa.

—Mi padre también era un alma perdida. —Bajó su mirada, una profunda pena la atenazó.

—Sí, lo sé.

Durante un buen rato estuvieron en silencio.

—¿Te has dado cuenta de que apenas has tartamudeado?

Mario la miró asombrado, era verdad. Pero claro, con ella estaba a gusto y relajado.

Mia se acercó a él y puso sus labios en los suyos en un pequeño y corto beso.

Los dos se miraron asombrados por lo que acababa de suceder.

—Se-se-será me-mejor que no-nos va-vayamos a ca-casa...

Estaba rojo como un tomate y no era capaz de mirarla de nuevo a los ojos.

—Sí... claro. —Ella también estaba avergonzada.

Los dos se levantaron al unísono y caminaron hacia la casa procurando no tocarse.

Capítulo 23

El momento de la partida

— ¿Tienes la maleta hecha?

— Sí.

— No te dejes nada.

— No.

— No quiero que te vayas.

— No quiero irme.

Dean y Marta se abrazaban con fuerza. Esa era la última noche que estaban juntos, al día siguiente salía el avión para los Estados Unidos, tendrían que separarse y el dolor era tan fuerte que les dejaba sin aliento y les oprimía el corazón.

— Esta noche no quiero estar alejada de ti — dijo Marta.

— Duerme conmigo.

Marta había mantenido una larga conversación con su hija, ya le había contado a Patricia que entre Dean y ella había algo más que una simple amistad y la niña se había puesto tan contenta que se ocupó de anunciárselo a todo el mundo antes de que su madre pudiese impedirselo, así que a esas alturas toda la casa estaba informada de lo que había entre ellos.

— Sí — dijo ella suspirando, le tomó de la mano y le llevó escaleras arriba a su habitación.

Esa noche habían cenado todos juntos como una gran familia. No fue una

velada llena de risas y largas conversaciones ya que todo el mundo estaba triste. Incluso Patricia estuvo más callada de lo normal.

A esas horas ya estaban todos en la cama menos Mario y Mia que habían salido a hurtadillas y en ese momento charlaban animados en la cuadra.

—Te echaré mucho de menos. —Marta le abrazó de nuevo. Estaban ya en su cuarto con la puerta cerrada.

—Y yo a ti. Pero ahora no pensemos en mañana. Ven aquí y hagamos el amor como es debido, en una cama.

Marta rió, sus encuentros amorosos habían tenido como escenario el sofá de su salón y el baño del pasillo y la cocina, ya era hora de usar una cama como solía hacer todo el mundo.

Dean la tomó en sus brazos como si no pesase nada y la depositó con cuidado sobre la cama y se tumbó a su lado.

Esa noche ella llevaba un vestido corto de tirantes y él se recreó metiendo su mano por debajo de su falda. Acarició sus largas piernas despacio muy despacio.

—Voy a hacer que no puedas olvidarte de mí. Cuando mires esta cama recordarás toda y cada una de las cosas que te voy a hacer y pensarás en mí —le susurró en el oído con voz sensual.

La promesa de lo que esa noche iba a ocurrir entre ellos, fue tan excitante que Marta notó como se humedecía.

Dean subió su vestido con ambas manos, levantó la tela al mismo tiempo que la acariciaba. Marta encorvó la espalda para ayudarle y cuando llegó a sus hombros se incorporó de tal modo que el pudo sacarlo por su cabeza. Lo tiró con descuido al suelo, toda su atención estaba centrada en ella y un poco de tela no le iba a distraer.

—Pase lo que pase, nunca podría olvidarte —le susurró Marta.

—Eso espero.

Le encantaba contemplar como en sus labios se dibujaba una bonita sonrisa cuando sus ojos brillaban. Su aroma le volvía loco. La necesitaba, se había vuelto imprescindible para él, casi como respirar. En poco tiempo se había metido dentro de su corazón, bajo su piel.

La besó de nuevo como hacía años que no besaba a ninguna mujer, porque este era un beso de amor, no un beso para saciar una de sus necesidades fisiológicas.

Estaba preparado para ella, «siempre lo estoy», pensó. Se tumbó entre sus

piernas y la miró a los ojos.

—Voy a besarte cada milímetro de tu piel —susurraba. El pecho de Marta subía y bajaba a gran velocidad presa de lo excitante que le resultaban sus palabras—. Después voy a hacerte el amor despacio, muy despacio—. Era una promesa y ella deseaba que la cumpliera.

Y no la defraudó en absoluto, cumplió todas y cada una de sus palabras. Recorrió cada palmo de su piel con sus manos y dejó besos por toda su anatomía. La tomó sin prisa, como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Se recreó escuchando sus gemidos de placer que unidos a los de él provocaban una perfecta banda sonora para esa noche, su última noche hasta que se volvieran a reencontrar. Marta tenía muy claro que él cumplía sus promesas y sabía que jamás podría volver a mirar su cama con los mismos ojos, siempre estaría él.

Faltaban pocas horas para que amaneciese cuando por fin, abrazados y exhaustos consiguieron conciliar el sueño.

Cuando sonó el despertador fue toda una tortura levantarse, pero tenían que coger un avión y no podían quedarse en la cama retozando como les hubiese gustado.

Todo el camino hasta el aeropuerto fueron en total silencio. Cuando llegaron entre Mario y Dean llevaron las maletas.

Megafonía anunció la salida de su vuelo, había llegado el momento.

Todas las despedidas siempre son tristes, pero para Dean esa era especialmente desgarradora. No solo se despedía de la mujer a la que amaba, sino también de su familia. Tenía que dejar atrás a las personas que habían hecho que su vida tuviese de nuevo sentido, que sus días estuviesen menos vacíos y que terminase con todos y cada uno de los hábitos que le habían llevado a caer en un profundo pozo.

Se despidió de todos y cada uno de ellos, todos lloraron entre sus brazos y el apenas pudo retener las lágrimas. Dejó el último lugar para Marta, necesitaba subir a su avión sintiendo el calor de su abrazo. Ella se agarró a su cuerpo con fuerza y respiró su aroma, quería memorizarlo.

—Yo..., estaba perdido —ella le miró, no entendía que era lo que le quería decir— y de pronto llegaste tú y cambiaste mi vida. Llenaste el vacío, me diste calor e hiciste que me sintiese un hombre. Te quiero Marta.

Le sonrió y le dio un último beso.

Padre e hija caminaban hacia la puerta de embarque. Se volvían cada dos pasos y movían enérgicamente sus manos para despedirse. La puerta se abrió y ellos la

traspasaron.

—¡E-esperad! —gritó Mario, que a la carrera cruzó el pasillo que le separaba de ella.

La puerta corredera se abrió y Mia la traspasó. Sus ojos brillaban expectantes y una gran sonrisa asomaba a su boca pese a que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los dos quedaron frente a frente, con la respiración agitada por la carrera y la emoción del momento.

—T-toma —le tendió un sobre cerrado y ella lo cogió, cuando comenzó a abrirlo, él se lo impidió poniendo su mano sobre el—. No-no lo abras hasta que no estés en el a-avión.

Ella afirmó con la cabeza y de nuevo le brindó su sonrisa. Entonces sucedió lo que Mia llevaba esperando desde la noche, la besó. Habían estado hablando hasta bien entrada la madrugada pero en ningún momento hubo ningún tipo de contacto.

Para Mario fue su primer beso, así que apenas sabía cómo actuar, ella ya había practicado más de una vez y fue la que le guió y le mostró lo que tenía que hacer. Cerró los ojos y se dejó llevar. El tiempo se detuvo, las personas que les rodeaban desaparecieron y sus miedos se esfumaron.

Separaron sus bocas y se miraron a los ojos.

—Hasta pronto —dijo él.

—Hasta pronto.

El camino hasta entrar en el avión fue como un largo sendero que debían de recorrer, pero que no deseaban hacerlo.

Tenían billete en la zona V.I.P del avión. Tomaron sus asientos en silencio y en pocos minutos el avión despegó rumbo a Manhattan.

Mia miraba por la ventanilla mientras que Dean permanecía con los ojos cerrados y su cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Tomó su bolso y sacó la carta que Mario le había entregado, la abrió y comenzó a leer.

Hola.

Me expreso mejor escribiendo que hablando jajaja, bueno tú sabes el por qué.

Me gustas, me gustas mucho y si he tenido valor te habré besado antes de que hayas subido a ese avión. ¿Lo hice? Espero que sí y si lo hice, ¿qué tal fue?, ¿te gustó? No me lo digas, beso bien, ¿eh?, seguro que sí jajaja.

Bueno es mi primer beso de esos ya sabes..., así que no seas muy dura conmigo.

Te he escrito mi teléfono, si quieres me llamas y charlamos, bueno charlarás tú más que yo jajaja, ya sabes...

Buen viaje y hasta pronto.

Besos,

Mario.

Mia dejó la carta en su regazo. Sonrió melancólica. ¿Le llamaría?, sí por supuesto, a ella también le gustaba mucho. «Muchísimo», pensó.

Esa noche había descubierto un nuevo Mario, un Mario que la hizo reír y que la abrió de par en par su alma. Hablaron sobre muchas cosas y se contaron sus deseos para el futuro. Mia le confesó que quería ser médico y Mario le dijo que algún día él tendría una granja como la de Marta, llena de caballos.

Mario se había sentido libre, libre para ser él mismo. No tenía que actuar, ni intentar no meter la pata al hablar. Con Mia todo era sencillo, todo era perfecto.

Capítulo 24

El quarterback

El regreso al equipo fue más duro de lo que él había supuesto. Sus compañeros no habían aceptado bien su desaparición y los reproches en los vestuarios eran constantes. La prensa se había ensañado con él durante su tiempo de ausencia y ahora le perseguía incesantemente, bombardeándole con preguntas.

El dueño del equipo, Robert Paterson, le había dado una segunda oportunidad y Dean estaba decidido a no cagarla de nuevo, así que entrenó duro y luchó con uñas y dientes para recuperar su puesto de nuevo.

Como bien se dice, el trabajo constante tiene su recompensa y Dean la obtuvo cuando regresó al terreno de juego y logró poner a su equipo en lo más alto de la clasificación.

Mientras, subía como la espuma en su profesión, su vida privada era un auténtico desastre. No salía apenas y en sus horas libres se dedicaba solo a llamar a Marta y hablar con ella horas y horas sin descanso. Se añoraban tanto que llegó un momento que la separación se les hizo insoportable, estuvo tentado de dejarlo todo y correr al aeropuerto para tomar el primer vuelo que le llevase a España, pero ahí estaba Pedro para frenarle y no permitirle estropear todo otra vez.

Los días se hacían largos, casi eternos. Pero por fin llegó el momento de volver a reunirse. La temporada ya había terminado y el equipo que había ganado casi todos los partidos, se había reunido en un hotel para celebrar el fin de temporada.

Dean sabía que antes de volver a disfrutar de los brazos de Marta tenía que pasar por una dura prueba, la despedida.

Casi toda su vida la había dedicado al deporte y ahora tenía que decir adiós a la competición. Pedro había intentado convencerle de que esperase un año más, todavía podía, pero Dean se negaba en rotundo, no podría soportar más tiempo alejado de Marta. Había tomado su decisión, dejaba el deporte para siempre.

Esa misma mañana tendría lugar la despedida. La sala preparada para tal fin estaba abarrotada y muchos de los periodistas convocados tuvieron que quedarse de pie, pues las sillas que se agolpaban en la estancia estaban todas ocupadas.

La sala de prensa que el hotel utilizaba para estos eventos estaba ocupada por un simposio de cardiólogos y tuvieron que habilitar otra un poco más pequeña, lo cual supuso que el ambiente que reinaba fuera bastante agobiante.

—Dentro de breves instantes el *quarterback* de los *New York Yankees*, Dean Woods, hará un breve comunicado —dijo Pedro, su representante inclinándose sobre el micrófono.

Aunque casi todos los presentes sabían lo que Woods les iba a comunicar, había mucha expectación al respecto y muchas preguntas por hacer. Desde que había regresado de sus vacaciones no había contestado a ninguna de las preguntas que los periodistas le hacían, creando un aura de misterio a su alrededor, que para los reporteros hacía más jugosa y apetecible descubrir y transmitir a sus lectores. Existía un hermetismo por parte de Woods y de sus allegados, nada se sabía sobre dónde había estado esos tres meses que desapareció, ni porque lo hizo antes de terminar la temporada.

Pedro fue en busca de su chico, no podía demorar más su presencia en la rueda de prensa o los periodistas comenzarían a impacientarse y un periodista irritado podía crear muchos problemas.

Dean estaba sentado en la habitación contigua a la sala. Se le veía nervioso, nunca le había gustado hablar con la prensa. Tenía el móvil fuertemente agarrado e intentaba marcar un número, buscando el contacto con manos temblorosas.

—Dean, si no sales ahí habrá un linchamiento de un momento a otro.

Levantó la cabeza de su móvil y miró a un Pedro sudoroso y también estresado.

—Lo sé... lo sé. Es solo un segundo.

—Pero solo uno. ¿Ok?

Dean afirmó con un gesto de cabeza y regresó la mirada a su móvil. Cuando consiguió por fin encontrar el contacto, dio a llamada y esperó.

—¿Hola? —La voz de Marta sonaba rara. Entonces calló en la cuenta de

que allí era ya de noche y estaría durmiendo.

—Lo siento mucho, no me acordé de la diferencia horaria.

—Hola cariño. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien... es solo que quería escuchar tu voz.

—Sabes que puedes llamar siempre que quieras —y así era, se tiraban horas y horas hablando.

—Voy a dar la rueda de prensa.

Se hizo un largo silencio.

—Oh, pero ¿por qué no me has avisado antes?

—No he podido...

—Ya, lo entiendo. ¿Estás seguro que eso lo que quieres?

—Sí.

—Me gustaría estar contigo y apoyarte.

—No sabes cuánto te necesito —cerró los ojos, lo que iba hacer era tan doloroso.

—¿Está Mia contigo?

—Sí, me está esperando en la sala de prensa.

—Bien.

Pedro asomó de nuevo la cabeza apremiándole a salir.

—Nos van a matar —le dijo haciendo un gesto con su mano como si se cortara el cuello.

—Marta, te tengo que dejar. Es la hora.

—Te quiero cariño, se fuerte.

—Te amo.

Colgó y cerró fuerte los ojos por un segundo, tomó aire con fuerza y lo exhaló despacio.

Se encaminó hacia la sala seguido por Pedro. Mia le recibió en la puerta dándole un fuerte abrazo, que le reconfortó.

—Me acaba de llamar Marta —le dijo Mia.

—Hace unos segundos he hablado yo con ella.

—Eso me dijo. Me ha pedido que le traduzca todo lo que vas a decir, quiere escucharte.

—No sé.

—Si tú no quieres, no lo haré.

Dean se quedó pensativo, iba a ser un momento duro y difícil.

—Está bien, hazlo.

Mia le abrazó de nuevo con fuerza y se sentó en una silla próxima a la tarima.

Dean se sentó ante el micrófono y miró la sala repleta de periodistas. Algunos de ellos eran conocidos y otros incluso amigos. Todos le miraban y esperaban para acribillarle a preguntas.

Carraspeó con fuerza y comenzó:

—Gracias a todos por venir... —Tenía un papel, donde había escrito lo que pensaba decir. Lo buscó con desesperación dentro del bolsillo de su vaquero, pero por arte de magia había desaparecido. Maldijo por lo bajo, se movió inquieto en su asiento e intentó continuar sin chuleta—. Como todos sabéis llevo dedicado al fútbol casi toda mi vida. Junto a mi equipo he conseguido llegar a lo más alto de mi carrera, pero ya ha llegado el momento de dejarlo... Esto es muy duro —Tragó saliva, los ojos escocían y puso sus dedos pulgares sobre ellos para evitar que las lágrimas saliesen—. No puedo irme sin agradecer a Robert Paterson la oportunidad que me ha dado, a mis compañeros de equipo, a Pedro Mújica, mi manager y amigo por su apoyo incondicional y su profesionalidad y por supuesto a mi hija Mia sin ella nada tendría sentido. —La miró con cariño y le lanzó una sonrisa de apoyo al ver cómo las lágrimas corrían por sus mejillas—. Y ahora, estaré encantado de contestar a todo lo que queráis preguntar.

Todos empezaron a levantar la mano y Pedro fue dándoles paso uno a uno.

Se sucedió una pregunta tras otra. Algunas difíciles de responder y otras incluso hirientes. Dean respondió lo más honestamente posible.

—¿Se marchará del país? —preguntó uno de los periodistas.

—Sí.

—¿A dónde?

—A eso no debo contestar. —Deseaba tranquilidad y si llegase a oídos de alguno de ellos cual era su destino no le dejarían tranquilo.

—Se rumorea que la causa de su dimisión es una mujer, ¿qué hay de verdad en ello?

—Hay una mujer, eso sí es verdad, pero ella no es la causa. Desde hace tiempo llevo pensando que ha llegado el momento de retirarme. Ella lo único que ha hecho es darme la fuerza y el apoyo para hacerlo y la ilusión para comenzar de nuevo.

Las preguntas continuaron hasta que Dean dio por finalizada la rueda de prensa. Se despidió de todos y salió cabizbajo.

Llevaba el móvil en una mano y en la otra la cintura de su hija.

—Hola —dijo poniendo el teléfono en su oreja.

—Hola. —La voz de Marta sonaba triste, como si hubiera estado llorando—. Lo siento tanto.

—No lo sientas, tarde o temprano tenía que dejarlo, ya soy un anciano para este deporte. ¿Escuchaste todo?

—Sí —sollozó.

—Nos vemos mañana mi amor.

—Hasta mañana.

La noticia corrió como la pólvora, uno de los mejores *quarterback* se retiraba. Aunque durante un tiempo estuvo fuera de la competición, nadie olvidaría nunca a Dean Woods.

Al día siguiente, muy temprano, Dean estaba subido en un avión rumbo a España. Tenía una sensación agrídulce, por un lado de alegría por volver a ver a Marta y por otra tristeza. Atrás dejaba lo que había sido su vida, su única manera de subsistir y que le había llenado por completo durante mucho tiempo.

Capítulo 25

El regreso

El avión llegaba con retraso y Marta estaba tan nerviosa que no podía dejar de moverse de un lado al otro de la terminal. No quiso que nadie de la familia la acompañara al aeropuerto, ese era su momento, el momento de los dos.

Después de pasar la noche sin dormir, dando vueltas en la cama, se había levantado muy temprano y marchado a Madrid casi al amanecer. Se había tomado un par de cafés en la cafetería del aeropuerto y caminado por sus pasillos como una sonámbula. Llevaba casi seis horas deambulando por la terminal sin rumbo fijo, haciendo tiempo hasta que el avión aterrizase.

De nuevo se acercó al mostrador y le preguntó a la amable empleada que estaba perdiendo la paciencia, pues ya había preguntado muchas veces.

—Por favor, ¿podría decirme cuando llega el vuelo de American Airlines procedente de Manhattan?

—Hace un rato le dije que tardaría más o menos un cuarto de hora y no han pasado ni cinco minutos —le contestó con sequedad.

La miró casi con odio, ella no tenía la culpa de que el avión llegase mucho más tarde de lo acordado, pero era la única persona de ese aeropuerto a la que podía reprochar su larga espera.

—Allí ponía que llegaría a las diez, son más de las doce y no llega —le reprochó enfadada mientras le señalaba la pantalla donde se mostraban las llegadas y salidas de los vuelos.

—Ya le he explicado varias veces —dijo armándose de paciencia—, ha

habido un problema con la salida del avión. El vuelo llega con retraso y los monitores no funcionan correctamente, por eso no lo han anunciado.

—Gracias —dijo áspera y se dio la vuelta enfadada.

Continuó caminando de una punta a otra intentando mantener la calma.

—¡Señora, señora! —escuchó gritar a su espalda.

Marta se dio la vuelta y vio como la mujer que la había atendido en el mostrador le hacía señas para que se acercase.

—El avión que usted está esperando, está aterrizando.

El corazón le dio un vuelco, por fin llegaba.

—¡Muchas gracias! —le gritó feliz y corrió a la puerta por donde Dean tenía que salir.

Quince minutos de espera y nadie asomaba por la puerta, estaba tan nerviosa que pensó volver al mostrador y preguntar de nuevo. Pero de pronto la puerta se abrió y empezaron a salir los pasajeros. Marta se contorsionaba entre el resto de la gente que se agolpaba a la espera de sus familiares y de pronto le vio.

La boca se le secó de golpe y su corazón comenzó a galopar. Estaba tan guapo, suspiró y esquivó a una pareja que se abrazaba justo delante de ella, para no perderle de vista.

Tiraba de una maleta enorme, mucho más grande que la que trajo la primera vez. Una bolsa colgaba de su hombro derecho y parecía muy pesada, pues le obligaba a inclinarse para el lado contrario.

Sus ojos rojos mostraban la falta de sueño y su barba poblada le daba un aspecto un tanto desaliñado. Caminaba sin apartar su mirada de la de ella, a pesar de que tenía que buscarla entre la multitud.

Dean sonrió al verla, luchaba por mantener sus ojos sobre él y llevaba en la mano un cartel, como la primera vez que vino.

Cuando llegó a su lado ambos se quedaron quietos, tanto que apenas respiraban.

—Yo soy Dean Woods —le dijo señalando el cartel.

Marta sonrió.

—Bienvenido a casa —le dijo.

Dean soltó la maleta y dejó caer la pesada bolsa sin ni siquiera

preocuparse por si su contenido se rompía.

Tiró de ella y la acercó a su cuerpo. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo. La gente pasaba por su lado, algunos sin querer les empujaban pero a ellos nada les importaba, tan solo continuar fundidos uno en los brazos del otro.

—Tenía tantas ganas de verte. —Marta intentaba contener las lágrimas pero era tan imposible como poner barreras al mar, y estas se derramaban por sus mejillas.

Dean se las enjugó con ternura y acarició su cabello. Tomó su cara entre sus manos y la besó. Fue un beso dulce y tierno, cargado de promesas. Un beso de reencuentros, de amor, lleno de alegría y de felicidad. Uno de esos besos con los que sientes que por fin estás en casa, que entre esos brazos está tu hogar.

Perezosa separó sus labios de los de él y le miró a los ojos, esos ojos con los que había soñado noche tras noche.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

—Fue muy duro, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento tanto.

—Lo sé.

Se abrazaron de nuevo y Dean besó su cabello.

—Vámonos a casa —le dijo él.

Abrazado a su cintura mientras con la otra mano llevaba su maleta y su pesada bolsa, caminaron hacia la furgoneta.

Las puertas correderas se abrieron a su paso. Dean miró al cielo y soltó un fuerte suspiro.

—Por fin en casa —dijo.

Capítulo 26

Un café contigo

(Alba)

Estaba sentada en el mismo café y en el mismo sitio donde hacía unos meses se había encontrado con él por primera vez. Sonrió al recordar lo nerviosa que estaba y cómo le sudaban las manos. Hoy estaba tranquila, relajada y de muy buen humor.

Seis meses habían pasado ya desde ese primer día, seis meses en los que su vida había cambiado, no, su vida no, en realidad quien había cambiado era ella.

La cafetería estaba muy llena y hacía mucho calor, se quitó su abrigo negro de paño, lo colocó en el respaldo de la silla y de nuevo se sentó. Llevaba un bonito vestido rojo, entallado que resaltaba su figura y unos zapatos de tacón alto que estilizaban sus piernas. Se sentía atractiva y a juzgar por la mirada de algún que otro hombre que estaba sentado en la cafetería, así era.

Bebió un sorbo de su café y miró el reloj, como siempre Luis llegaba tarde. El primer día que se vieron fue el único que había llegado a su hora, el resto de sus citas siempre le había tocado esperar.

La puerta de la cafetería se abrió y apareció por la puerta con su brillante

sonrisa y su pelo más largo de lo normal. Alba sonrió, cuantas veces le había pedido que se cortara el pelo, pero él no le hacía caso y eso en el fondo le gustaba.

—Hola, bella —le dijo.

Ella se levantó para saludarle y se dieron dos besos en las mejillas como era su costumbre.

—¿Dónde te has dejado a Carla?

—Está trabajando. —Puso los ojos en blanco para hacer más énfasis a sus palabras—. Su jefe es un autentico negrero. Estaba preparada ya para salir, pero ha venido con no se qué papeles y se ha tenido que quedar. —Se recostó en la mesa para acercarse a ella—. Tendrás que cenar a solas conmigo —le dijo con una sonrisa pícaro.

—¡Quita, tonto! —le empujó con una mano para separarle mientras reía—. Cómo se entere Carla, te va a dar para el pelo y luego me dará a mí. Déjate de bromas.

Sabía que entre ellos no había nada. Luis estaba totalmente enamorado de Carla y jamás la engañaría, pero le gustaba bromear, siempre que ella no estuviese presente.

Luis pidió un café a la camarera y Alba se tomó otro.

—¿Qué te apetece cenar?

—¿Vamos al restaurante de siempre?

—Me parece estupendo.

Pagaron la cuenta de la cafetería, tomaron sus abrigos y se fueron a un restaurante que estaba en la esquina de esa misma calle.

Como eran clientes habituales, no tuvieron problemas para encontrar una mesa. Todos los viernes comían juntos y todos los viernes tenían su mesa ya reservada.

Se sentaron y pidieron la comida. Conversaron animadamente, mientras degustaban la especialidad de la casa: merluza en salsa verde.

—Me ha dicho un pajarito que hay hombre que te está rondando.

Alba soltó una carcajada, el pajarito en cuestión seguramente era Carla, no podía mantener un secreto.

—Algo hay —dijo haciéndose la interesante.

—No le habrás conocido por internet, ¿verdad?

—Y si fuera así, ¿qué hay de malo?

—Nunca se sabe lo que te puedes encontrar.

—¡Pero mira que tienes morro! A ti te conocí por internet.

—Pero yo soy de fiar.

—Eso lo sé ahora, pero el primer día que quedé contigo yo no lo sabía.

Luis le dio un sorbo a su copa de vino.

—Antes de conocerle en persona, dime quién es y le investigaré un poco.

—¿Qué pasa? ¿ahora eres policía?

—No, pero tengo contactos y seguro que averiguo todo de él.

Alba sonrió y degustó un trozo de merluza.

—De todas formas, yo no te he dicho que le haya conocido por internet.

Eso captó toda la atención de Luis que soltó el tenedor y se la quedó mirando.

—¿Y cómo narices le has conocido, si no sales de esa granja de tu amiga?

—Puede que sea alguno de los clientes que vienen a montar a caballo. — Intentó parecer misteriosa, incluso puso una mirada enigmática entornando sus ojos a lo “Mata Hari”

—Y ¿lo es?

—Puede.

—Oh, eres una mujer cruel y sádica —dijo con tono melodramático.

—Puede que lo sea, pero tú eres un cotilla.

—No es eso, solo quiero saber cosas de mi mejor amiga.

Terminaron de cenar entre risas y confidencias. Después de jugar un rato con él y hacerle sufrir, Alba le contó como había conocido a Héctor.

—Vino a la granja para que su hija montase a caballo.

—¿Tiene una hija?

—Sí, tiene seis años y es una monada.

—Vaya, vaya, un lote completo.

—Qué gracioso. Me gusta mucho y creo que yo a él también.

—Me alegro por ti. —Le tomó las manos con cariño—. Mereces ser feliz.

—Sí, creo que me llegó el momento de serlo. Durante muchos años he sufrido por culpa de un desgraciado que me hacía la vida imposible, luego por mí culpa, pensando que era inferior y escondiéndome del mundo, me negaba la felicidad como si no la mereciese.

—Eres la mujer más luchadora que he conocido nunca, el hombre que se gane tu corazón será afortunado. Lástima que entre tú y yo no pudiera ser. —Suspiró con fuerza.

—Oh, no digas tonterías. Si no hubiera sido así, estaríamos tirándonos los trastos a la cabeza y tú no tendrías a tu Carla.

—Ni tú a tu Héctor.

—Eso está aún por ver.

—Nena, si te pones arrasas.

Alba se carcajeó.

—Mira que eres exagerado.

—No lo soy. A mí me tuviste totalmente loco. Estuve mucho tiempo intentando conocerte y eso que me hiciste creer que estabas casada.

—Fui cruel.

—Mucho. Me dejaste tirado después de besarme.

—Ya te pedí perdón.

—Y te perdoné.

Le miró melancólica y se recordó así misma seis meses atrás. Una mujer insegura, amargada, triste que se obligaba a excluirse de todo y de todos, hasta que él llegó a su vida y la enseñó a ser feliz.

—¿Sabes que te debo mucho? —le dijo acariciando su mano.

—¿A mí?

—Sí a ti. Porque gracias a que te conocí, a que me enseñaste a amar de nuevo y a confiar en un hombre, ahora soy como soy.

—No cariño, yo solo te di el empujón, el mérito es solo tuyo

Alba sonrió. Sabía que sin Luis todo habría sido diferente en su vida. No hubiese salido de ese encierro que se había impuesto y continuaría prisionera en su pequeño mundo.

—No te quites mérito.

—Jamás olvidaré cuando me contaste lo que ese desgraciado te hizo —
tomó sus manos entre las tuyas.

Alba bajó la mirada, todavía los recuerdos de aquella época eran
dolorosos.

—Eso pertenece al pasado. Lo importante es que por fin he rehecho mi
vida, tengo ilusiones y ganas de conocer cosas, gente, de disfrutar de cada momento.

—¡Esa es mi chica!

—Todo lo que me ha ocurrido en la vida, me ha enseñado una lección; el
pasado es solo eso, algo que queda atrás y que por más que lo deseemos no se puede
cambiar.

—Me hace feliz pensar que yo he ayudado en ese cambio.

—Tú lo hiciste posible.

Capítulo 27

La sorpresa

(Mia)

La clase había terminado. Mia caminaba cargada de libros, apenas lograba sostenerlos y los brazos le comenzaban a temblar por el peso.

Llevaba un día de locos; a un examen de anatomía humana, le había seguido toda una tarde con las narices metidas entre los libros de la biblioteca, así que lo más natural al verle fue pensar que era producto de su imaginación.

Se paró en seco y estuvo a punto de tirar todos los libros al suelo.

Él la sonreía, tenía las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros y esa mirada tímida que tanto le gustaba.

Recolocó su carga y se acercó temerosa de que él desapareciese como si fuera un fantasma.

—¿Mario? —le dijo al posible espectro, fruto de su imaginación.

—Ho-hola.

Todos los libros cayeron al suelo dispersándose a su alrededor.

—¿Eres tú, de verdad que estás aquí? —Tocó su mejilla, rogando por

sentirla.

—Pu-pues claro qu-que soy yo. —Le tomó la mano y apoyó la palma sobre su cara, al sentir el roce de su piel cerró los ojos y presionó su mejilla para obtener mayor contacto.

—¡Oh, Dios mío! —gritó tan fuerte que unos estudiantes que estaban sentados en un banco próximo a ellos se volvieron a mirar.

Mia se lanzó con tal ímpetu a su brazos que casi le tiró al suelo y se aferraba a él como si le fuera la vida en ello.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —Se separó y le golpeó en el hombro enfadada—. Hubiese ido a buscarte al aeropuerto.

—Que-quería darte una sorpresa.

—¡Y vaya si me la has dado, casi me da un infarto! ¿Cuándo has venido?

—Hace unas po-pocas horas.

—Oh, Dios mío, Mario, estás loco de remate.

—Sí, estoy lo-loco por ti.

Sus miradas estaban conectadas, nada ni nadie podría romper ese nexo.

Mia sollozó. Lloraba, pero su llanto era de alegría, era ese llanto que nace de dentro y sale para demostrar de alguna manera todo lo que no se puede expresar con palabras. Ese llanto que a todos nos gusta derramar y que deseamos que sea en público para que todos puedan ver nuestra felicidad.

De nuevo se acurrucó entre sus brazos, pero esta vez fue un abrazo tierno, no tan efusivo como el anterior. Buscó su boca, esa con la que había soñado noche tras noche y de la que recordada su sabor pese al tiempo que había transcurrido desde su primer beso.

—Sí —dijo ella, cuando después de un largo beso separaron sus bocas.

—¿Sí? —preguntó sorprendido sin entender lo que ella quería decir.

—Me encantó tu beso en el aeropuerto.

Mario sonrió, ¡Mia todavía recordaba su carta!, esa que escribió sin pensar que en ningún momento se atrevería a dársela. Pero en un arranque de valor y en el último minuto corrió la distancia que les separaban y no solo fue capaz de entregarle su carta, si no que también la besó. En ella le lanzaba una pregunta, una que Mia deseaba contestar: «¿Te gustó mi beso?» Ahora tenía la respuesta, por fin después de tanto tiempo sabía lo que ella había sentido. Habían hablado muchísimas veces y de muchísimas cosas, pero nunca de ese beso.

Mario se agachó y comenzó a recoger los libros mientras Mia le miraba sin poder mover ni un dedo. Había soñado tantas y tantas veces en volver a verle, que ahora tenerle ahí agachado cogiendo sus libros le parecía un milagro.

Se puso de pie con la carga sobre sus brazos y la miró con esa sonrisa que hacía que le temblaran las rodillas.

—¿Va-vamos a tomar algo?

—Sí... claro.

Juntos caminaron hacia la cafetería situada cerca del campus. Escogieron una mesa que estaba separada de las demás que estaban ocupadas, deseaban tener un poco de intimidad.

Mario dejó los libros apilados sobre una de las sillas, ambos se sentaron y pidieron dos refrescos.

—¡Estoy tan sorprendida! Nunca imaginé que vendrías.

—Te-tenía tantas ga-ganas de verte.

—Y yo. Pero... ¿de dónde sacaste el dinero?

—El di-dinero que tenía ahorrado.

—¿Has gastado tus ahorros?

Él bajó la mirada con timidez. Llevaba tiempo guardando lo que Marta le pagaba y había conseguido unos ahorritos, ahora con la compra de los billetes habían disminuido mucho, pero valía la pena. Dean insistió hasta la saciedad en pagarle él el billete, pero él se negó.

—¿Cómo... cómo es que has decidido venir?

—Tu padre me or-ordenó venir. Me dijo que que estaba can-cansado de verme llorar por las esquinas aferrado a mi mi móvil.

—Tú, ¿llorando? —preguntó extrañada, ella sabía lo duro que él era para expresar sus sentimientos delante de la gente.

—Ya sa-sabes lo exagerado que que es tu pa-padre.

Mia y Mario se comunicaban por todos los medios habidos y por haber; *Whatsapp*, *Skype*, *Messenger*... Mario se tiraba horas y horas charlando con ella y tenía loca a toda la familia.

—Me da mucha alegría que hayas venido a verme —le tomó la mano con fuerza.

—So-solo voy a estar cu-cuatro días.

—¿Solo?, no pasa nada, los aprovecharemos a tope. Te enseñaré lo bonito que es Manhattan.

—Tan so-solo quiero estar contigo.

Esas palabras a Mia le sonaron como un coro celestial, le sonrió con ternura y le acarició el dorso de la mano.

—No pienso separarme de ti ni un solo segundo.

Capítulo 28

Cabalgando hacia el sol

Hacía poco que había amanecido. Tanto a Dean como a Patricia les gustaba madrugar, ensillar sus caballos y cabalgar hacia el sol.

— ¡Vamos, Dean, corre!

Duque galopaba veloz. Patricia reía sin parar y de vez en cuando miraba hacia atrás para ver si Dean la alcanzaba.

— ¡No podrás pillarnos! — Su trenza volaba y se movía caprichosa azotada por el viento.

— ¡Te voy a coger! — La risa atronadora de Dean resonaba por todo el valle. Azuzaba a su caballo e intentaba alcanzarla, pero ella era una buena amazona y conseguía sacarle ventaja.

Cuando ya iban llegando a la casa Patricia frenó a su caballo. *Inquieto* salió a su encuentro ladrando y dando saltos.

— ¡He ganado otra vez! — dijo cuando atravesó la meta que ambos se habían fijado.

Paró el caballo y se bajó.

— He ganado, he ganado — canturreó contenta.

Dean también desmontó y juntos llevaron a los caballos a las cuadras. Les quitaron las sillas, los cepillaron y les dieron de comer.

— ¡Siempre me ganas! — protestó.

—Porque eres muy malo, nunca montarás como yo —se carcajeaba sin parar y más al ver la nefasta interpretación que Dean hacía de su fingido enfado.

—¡Yo no soy malo!

—No que va, eres peor —entonces su risa se hizo más y más fuerte.

La tomó en volandas y la hizo girar en el aire, mientras que ella reía encantada. Cuando la puso en el suelo, comenzó a hacerle cosquillas. *Inquieto* saltaba entre sus piernas nervioso, él también quería atenciones y mimos. Dean tenía que sortearle a cada paso que daba si no quería terminar en el suelo.

—¡Mamá, mamá Dean ha vuelto a perder! —Patricia entró en la casa dando gritos.

—Oh, Dean, ¿otra vez has perdido? —Marta entró en el juego y se carcajeó.

—Sí. —Hizo un puchero y puso una cara cómica que tanto a la madre como a la hija les arrancó una carcajada.

—Voy a contárselo a Alba —dijo la niña entusiasmada y salió corriendo hacia la cocina.

Dean se acercó a Marta y la tomó entre sus brazos. Hundió su nariz entre su pelo y la olisqueó como lo haría un sabueso.

— ¡Uhm, qué bien hueles!

La besó y acarició su cuello.

—¿Ha llamado Mario? —preguntó cuando se separó de sus labios.

—Sí.

—Se me hace tan raro pensar en mi niña con... con un chico. —Solo de imaginarlo un escalofrío le recorrió la espalda.

—Te entiendo perfectamente. No quiero ni pensar cuando Patri alcance la edad en la que comience a fijarse en los chicos. Pero no te preocupes, Mia está en buenas manos. Mario es un chico sensato y la quiere mucho.

Dean la abrazó, ella apoyó la cabeza en su pecho y él posó su barbilla sobre su pelo.

—Lo sé y la verdad que no puedo imaginar a nadie mejor que él para estar con mi hija —suspiró—. ¿Crees que esa relación tiene futuro?

—No lo sé. El tiempo lo dirá. Será difícil, porque mucha distancia los separa, pero se quieren mucho y estoy segura que encontrarán la manera de unir sus

caminos.

—Como nosotros.

—Sí, como nosotros.

La besó con ternura. Todas las heridas de Dean habían cicatrizado. Su vida estaba completa, llena de risas y amor. Atrás había quedado su vida en blanco y negro, llena de sombras, miedo y dudas.

—¿Te he dicho alguna vez que te amo? —preguntó tomándola de la cintura y levantándola del suelo.

—Muchas veces, pero no me canso de escucharlo.

Hundió su boca entre su cabello y besuqueó su cuello.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ayudarme, por acogerme en tu casa, por tener ese gran corazón que tienes, por quererme, por aceptarme como soy, por...

Le calló con un beso.

Agradecimientos

Muchas gracias a ti que tienes este libro entre tus manos y que lo has leído.

A Mirian por prestarme su imagen para la portada, sabes que te quiero, eres mi princesa.

A Alba Ortiz, por la preciosa foto de la portada.

A Patricia por enseñarme todo lo que no sabía sobre los caballos, espero haberlo reflejado bien.

A dos amigas a las que adoro; Cecilia, Virginia y Noelia.

A los blogs: Corazón de tinta, Cristina Pardo, Vomitando mariposas muertas, Libros, Historias y Yo, Despertando sentimientos, Adicta a la Lectura y Promesas de Amor, por escribir sobre mis libros con tanto cariño.

A mis compañeros de la colección LCDE por apostar por mí, en especial a Feli.

A todas esas personas que me han hecho llegar su cariño y apoyo.

A mis compañeros escritores Carlos J. Benito y Gerardo, sois muy grandes.

Quiero dar las gracias especialmente a la Asociación amigos del caballo de Ajalvir porque gracias a ellos Patricia ama los caballos y su pasión por estos animales me llevó a escribir este libro. Mucha suerte amigos.



“ASOCIACIÓN AMIGOS

DEL CABALLO DE AJALVIR”

¿Quiénes somos?

La Asociación amigos del caballo de Ajalvir la constituimos personas directamente involucradas en el rescate de equinos en situación de riesgo, bien por maltrato, abandono o desnutrición, fomentando su posterior adopción por familias responsables, si ello fuese viable. Acogemos y cuidamos todo tipo de caballos según sus necesidades especiales, los damos todo nuestro cariño, cubrimos sus necesidades alimentarias, veterinarias y psicológicas, y lo más importante, gracias a la ayuda de voluntarios y padrinos, hacemos que se vuelvan a sentir queridos.

¿Dónde estamos?

Estamos ubicados en Ajalvir, un pueblecito a las afueras de Madrid, donde contamos con las instalaciones necesarias para poder llevar a cabo éste proyecto. Si el presupuesto lo permite, ocasionalmente alquilamos fincas de pasto en la sierra de Madrid para que algunos caballos se recuperen de sus lesiones o bien de daños psicológicos entre los suyos, que es como mejor se sienten...siendo MANADA.

¿Por qué es importante vuestra ayuda?

Somos una ONG independiente, no tenemos subvención estatal de ningún tipo, con lo que la única forma de financiarnos es a través de donaciones de particulares, apadrinamientos de los caballos, y desde hace poco damos clases para niños, con nuevos métodos sin embocadura, bitless bridle y barefoot, respetuosos con el caballo. Ésta última decisión nos costó bastante tomarla, puesto que muchos de nuestros rescatados proceden de hípicas en las que son explotados horas y horas, hasta que ya no pueden más, pero hemos considerado que, si no educamos a los niños desde pequeños, en que la base de la relación con los caballos sea el RESPETO, crecerán utilizando los métodos tradicionales que tanto daño están haciendo. Queremos sembrar la semilla del cambio. Los caballos son nuestros amigos, nuestros compañeros...no nuestros esclavos. Esa es nuestra filosofía. Cuando se llegue a ese punto de entendimiento, asociaciones como la nuestra no serán necesarias.

¿Y yo, cómo puedo ayudar?

Nos puedes ayudar de muchas maneras.

Puedes venir a ser voluntario a nuestras instalaciones. Esto implica cierto grado de compromiso. Podrás sacar a los caballos, ayudarnos a recuperarlos psicológicamente, y nos ayudarás en las tareas físicas que sean necesarias: limpieza de boxes, ayudar a darlos de comer, a echarles agua, a recoger paja cuando sea temporada...etc.

Apadrinando un caballo. Si quieres ser padrino de unos de nuestros caballos, solo tienes que elegir quién quieres que sea tu ahijado, y al aportar una cantidad mensual (no hay un fijo estipulado, cada quien aporta lo que puede) podrás sacarlos a pastar, cepillarlos, traerles chuches, y crear un vínculo con él/ella de lo más gratificante. No es en vano que dicen que los caballos sanan el alma.

Si no puedes venir pero quieres colaborar económicamente con nosotros, puedes hacer una donación cuando tú quieras al número de cuenta de la asociación:

IBAN ES58 2100 4121 68 2200112155.

También puedes hacer una transferencia por Paypal a

amigosdelcaballoajalvir@hotmail.com o bien, hacerte *teamer* nuestro, y colaborarás con un euro que se descontará de tu cuenta bancaria mensualmente. Es fácil y seguro, entra en el siguiente enlace y sigue los pasos que se indican: <https://www.teaming.net/asociacionamigosdelcabalodeajalvir>

Entra en nuestra página en Facebook “Asociación amigos del caballo de Ajalvir” y sigue nuestras vivencias del día a día, la evolución de nuestros rescatados, que son nuestra familia, los que ya han encontrado hogar, los que aún están esperando...

Difúndenos para llegar a más gente. Quizá uno de tus conocidos está esperando sin saberlo a uno de nuestros chicos.

Si tienes sitio puedes ser casa de acogida temporal. Esto es especialmente importante si están lejos de nuestras instalaciones. En ocasiones están tan débiles que no pueden viajar, y necesitan un tiempo de recuperación antes de venir aquí.

Y por supuesto....adopta.

Para contactar con nosotros:

amigosdelcaballoajalvir@hotmail.com

En Facebook “Asociación amigos del caballo de Ajalvir”

Teléfono: 689 689 937

[1] *New York Yankees*: fue un equipo profesional desde 1926, hasta 1928, fecha en la que desaparecieron.